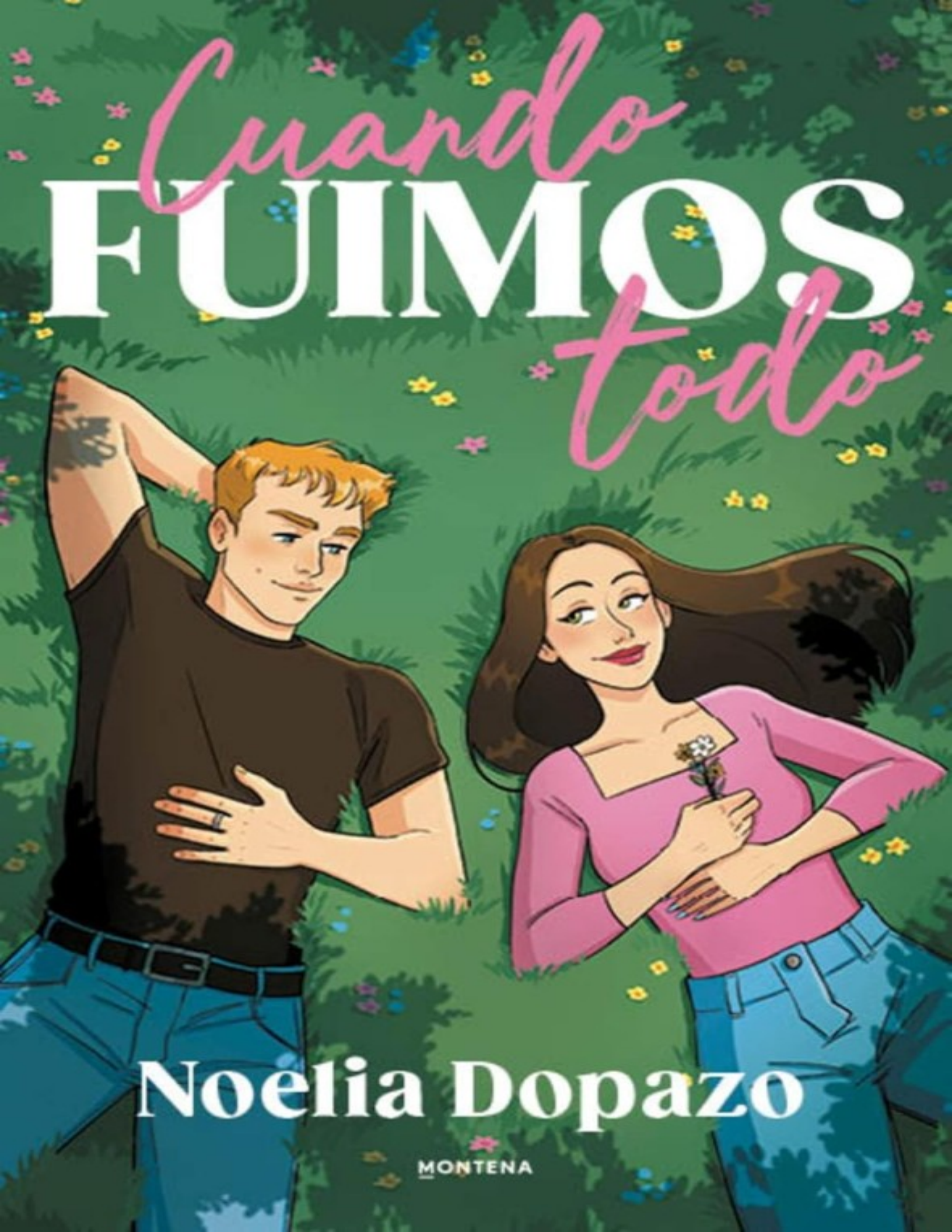

Cuando
FUIMOS
todo
Noelia Dopazo
MONTENA

Cuando FUIMOS todo

Noelia Dopazo

MONTENA

Prólogo

—Has roto nuestra promesa.

Y, con ella, Gael también nos ha roto el corazón a los dos. Porque, aunque soy yo la que más llora y la que menos entiende, él tiene la mirada perdida en ninguna parte y el cuerpo hundido, como si se hubiera vaciado de todo ese amor que hace ocho años me prometió que sería eterno.

Pero… es mentira.

Debe de ser una gran mentira, por mucho que Gael no deje de encogerse hasta querer desaparecer, porque ni siquiera tiene el valor de explicarme la auténtica razón por la que ha decidido traicionar la historia que construimos juntos.

Lo único que hace durante media hora es repetir excusas que no terminan de tener sentido. No hay forma de que encajen dentro de todo lo que somos y todo lo que íbamos a ser.

Y, al menos, me debe tener la valentía de decir en voz alta lo que, al parecer, siente desde hace tanto tiempo. Pero se vuelve a quedar callado. Tal vez por la culpa, o porque pensaba que romper nuestra relación no iba a doler y se ha tropezado con la verdadera realidad.

Triste y cruel.

—Así que esto es todo, ¿no? —digo, porque no aguanto su silencio ni un segundo más.

—¿Estás cortando conmigo?

—¿¿¿Yo??? Gael, ¡eres tú el que se marcha y el que no admite que estás dejándome atrás! —estallo sin remedio—. ¡He sacrificado muchísimo por ti! ¿O ya lo has olvidado? ¿Cómo has podido hacernos esto?

—¡Yo no te pedí que sacrificaras nada por mí, Emma! ¡Todo lo contrario! —estalla Gael también. Y, por fin, me mira. Sus ojos azules están llenos de lágrimas—. Es mi futuro.

—Se suponía que era *nuestro* futuro.

—No quiero hacerte daño.

—Haberlo pensado antes de ocultarme algo tan importante.

—Ya te he explicado por qué no he podido contártelo antes.

—¡No, Gael! «Tengo que irme», «La vida es así», «Te seguiré queriendo, pero…» no me aclara nada. Me prometiste que estaríamos juntos para siempre.

—¡Nada es para siempre!

—¿Ni siquiera nuestro amor?

—¡Ni siquiera tú y yo!

Nos gritamos como nunca, hasta que duele demasiado.

Soñaba con que estábamos predestinados, pero supongo que solo somos eso: un sueño que ha terminado en pesadilla. Un primer amor que no ha sobrevivido al tiempo.

Cuando Gael se va, lo hace definitivamente, y yo me quedo entre los restos de dos corazones que un día creyeron que existían los finales felices. Que un día empezaron a latir por el otro sin saber que iban a destrozar hasta la última promesa.

Déjame que te cuente nuestra historia.

Primera parte

ANTES DE ROMPERNOS

Capítulo 1

Los inicios de curso siempre olían igual: a cuadernos nuevos, al final del verano, a las ganas de reencontrarte con tus compañeros después de las vacaciones y a esa sensación de que algo importante podía ocurrir (o torcerse) en cuestión de segundos.

Aquel año yo tenía clarísimo cómo iba a ser mi 1.º de la ESO. De principio a fin. Me sentaría al lado de Helena, mi mejor amiga, como habíamos hecho durante toda la primaria. Compartiríamos apuntes, risas en voz baja y miraditas. Me organizaría superbién y les demostraría a mis padres que podía con todo: el instituto y la danza contemporánea.

Creía que lo tenía todo bajo control.

Pero me equivocaba.

—Emma —me llamó Marisa, nuestra nueva tutora, señalando el pupitre de la segunda fila junto a la ventana—. Siéntate aquí.

Fruncí el ceño. Ese no podía ser mi sitio. Mi sitio estaba con Helena, en los últimos pupitres al fondo del aula. Seguí la dirección del dedo de mi tutora y entonces vi quién estaba sentado en el pupitre contiguo.

Gael Luque.

Iba a mi antiguo colegio, como casi todos los que acabábamos de empezar el instituto. Y, aunque era la primera vez que nos tocaba en

la misma clase, ¡por supuesto que sabía quién era! Es imposible no ubicar a ciertas personas después de tantos años; da igual que jamás hayas cruzado una sola palabra con ellas. Yo ni siquiera había cruzado más de dos miradas con Gael en toda mi vida.

Además, Gael era de… *esos*. Extrovertido y popular. Siempre rodeado de gente, siempre riendo, siempre con un balón entre los pies o a punto de contar una anécdota graciosísima que terminaría con medio recreo pendiente de él.

Yo no formaba parte de ese mundo. El mío era más discreto. No teníamos nada en común. Ni los mismos amigos, ni los mismos gustos, ni los mismos planes de futuro.

—¿Por qué? —se me escapó, nerviosa.

—Es una decisión que hemos acordado tras una reunión con vuestros padres —me explicó Marisa—. Creen que Gael y tú podéis ayudaros mutuamente. Necesitáis centraros más en los estudios y distraeros menos con…

«La danza contemporánea». Aunque no lo llegó a decir, estaba segurísima de que se refería a eso. Toda aquella movida me pareció exageradísima. ¡Vaya vergüenza! ¡El instituto ni siquiera había empezado y mis padres ya le habían contado toda mi vida a mi profesora!

Sí, bailar era mi pasión y le dedicaba mucho tiempo. A veces demasiado, y eso me hacía descuidar un pelín los estudios. Sin embargo, eso no significaba que fuera mala estudiante. Solo… priorizaba lo que me hacía sentir más viva.

—¿Gael y yo vamos a sentarnos juntos todo el curso? —pregunté.

—Todo el curso.

Estaba alucinando: ¡me habían tendido una trampa! Porque sí, quizá no siempre sacaba las mejores notas, pero siempre aprobaba todas las asignaturas y, para colmo, aquel curso estaba dispuesta a mejorar. ¡A aplicarme como estudiante de la ESO que era!

No necesitaba ayuda. Y menos de Gael Luque…

—Tía —me susurró Helena—, tranqui. Haz lo que te dice la profe y luego ya veremos cómo lo apañamos.

Pero no tenía solución. Ya lo había dicho nuestra tutora: me iba a pasar tres trimestres seguidos compartiendo espacio, tiempo y oxígeno con Gael.

Aun así, le sonreí a duras penas a mi mejor amiga, porque la otra opción habría sido ponerme a gritar como una histérica. Suspiré y, cabizbaja, arrastré los pies hasta mi tutora.

—Ya verás, Emma. Los cambios siempre son buenos.

—Imagino —murmuré.

Como Gael había ocupado el pupitre que daba al pasillo, pasé por detrás de él y me dejé caer en la silla junto a la ventana. Bueno, al menos las vistas daban al parque que había junto al edificio. Si me aburría, podía entretenerme observando… ¿palomas?

—Ey —me saludó el chico. No lo miré enseguida, pero noté que sonreía mientras apoyaba un codo en su mesa—. Parece que ahora somos compañeros. —Su tono era ligero, casi divertido. Como si aquello fuera un juego.

—Eso parece —contesté, sacando el estuche de mi mochila con más brusquedad de la que pretendía.

Dos segundos después, me obligué a relajarme. Yo no era nada gruñona. Y Gael tampoco se merecía que pagara con él una decisión que nuestros padres y profesores habían tomado a nuestras

espaldas. Al fin y al cabo, él también estaba metido en aquello contra su voluntad. Aunque ¿por qué?

Por fin, lo miré a los ojos, de un azul superclaro. Nunca me había fijado mucho en él, y eso que era el *crush* de muchas de mis compañeras en el colegio. Además, tenía el pelo negro como la tinta y una sonrisa que, por el contrario, brillaba un montón.

—Soy Gael —se presentó, sacándome de mi ensimismamiento.

—Ya. Lo sabe todo el mundo.

—¿Todo el mundo? —rio—. ¡Guau! ¿Tan famoso soy?

—No te lo tengas tan creído. —Quise parecer muy seria, así que reprimí una sonrisa para no dejarlo ganar, y añadí—: Yo soy Emma.

—Lo sé.

A mí no me conocía todo el mundo, lo que tampoco me importaba, pero que Gael sí se acordara de quién era me sorprendió. Para bien.

La primera clase de Mates empezó. Intenté concentrarme en las operaciones que la profesora iba anotando en la pizarra, pero Gael volvió a captar toda mi atención. No tardó ni dos minutos en distraerse, dibujando algo en el margen de su libreta. Un balón, probablemente. ¿O una portería? Cualquier cosa que tuviera que ver con ese universo suyo que parecía girar a una velocidad distinta a la mía.

No. No teníamos nada en común.

Nada.

Las primeras semanas de instituto fueron… raras.

Si había creído que Helena y yo hablábamos por los codos, fue porque aún no había conocido de cerca a Gael. Porque Gael hablaba. Mucho. Hasta de la más mínima tontería.

—¿Siempre escribes tan recto? —me preguntó una mañana, inclinándose hacia mi cuaderno.

—Sí. —Me pegué completamente al respaldo, con fuerza, para que su pelo despeinado no me rozara la nariz. Y, aun así, sentí algo similar a una corriente eléctrica recorriéndome bajo la piel.

—Es casi hipnótico.

—Gracias. Supongo.

—Yo soy incapaz —añadió, alejándose de mí para enseñarme sus apuntes, llenos de líneas torcidas y garabatos sin sentido. Respiré de nuevo—. Me aburro a la mitad.

—Se nota.

Y Gael se rio. Ese era otro de sus grandes «problemas». Se reía por todo. Parecía tomarse la vida como si fuera algo fácil y siempre encontraba la forma de que yo le respondiera, aunque no quisiera.

Para colmo, no tenía muy claro que el plan de nuestros padres estuviese saliendo bien, porque cada uno seguíamos yendo a la nuestra.

—Me estás distrayendo —le dije una semana después, durante Lengua, señalando el bolígrafo con el que tamborileaba en su pupitre sin parar.

—¡Error! Yo te estoy *entreteniendo* —me corrigió, burlón—. En todo caso, eres tú la que está distrayéndose.

—No es verdad. —Aunque no tenía ni la mitad de los ejercicios de ortografía hechos.

—Estás pensando en otra cosa.

Me tensé. Era imposible que fuese tan transparente. Y mucho menos para Gael, que solo sabía mi nombre y poco más.

—¿En qué? —añadió, mucho más bajito, como convencido de que iba a contarle todos mis secretos.

Apreté los labios. Porque no, no iba a contárselos, aunque hubiera acertado. Tenía la cabeza en otra parte, muy lejos de mis deberes. En la danza.

Siempre era la danza.

Mi sueño desde pequeña.

—Nada —susurré.

Gael no me creyó. Lo supe por cómo me miró durante unos segundos de más, intentando descifrar algo que ni yo misma terminaba de entender.

Y eso me puso nerviosa. Muchísimo.

Porque odiaba que las cosas se me escaparan de las manos. Y todavía más la sensación que empezaba a removerse dentro de mí cada vez que Gael se inclinaba demasiado cerca, o pronunciaba mi nombre como si tuviera algún tipo de significado especial.

Aunque no era cierto.

No odiaba aquella sensación en absoluto.



—¡Chicos, trabajo en grupo! —anunció el profesor de Biología—. Cuatro personas.

—¿En grupo? —repetí. Casi me dio algo.

—Relax —susurró Gael a mi lado—. Seguro que no te toca conmigo.

Por un momento, me supo fatal que pensara que me caía mal. No tenía nada en contra él, de verdad que no. Lo que realmente me fastidiaba era que, al ser un trabajo en grupo, tendríamos que quedar por la tarde, y eso significaba cancelar, al menos, una de mis clases de danza.

Bailar era tan importante para mí que me costaba pasar más de un día sin hacerlo.

El caso es que, por supuestísimo, nos tocó hacer el trabajo juntos. Menos mal que Helena pudo unirse, y también Lucas, uno de los mejores amigos de Gael.

—¡Genial! —dijo Gael, chocando los cinco con Lucas—. ¡Equipo ganador! —y añadió, casi al instante—: Podemos quedar en mi casa. Hay espacio de sobra.

Obvio. Vivíamos en un pueblo de Galicia, ¡hasta el último vecino sabía que la casa de Gael era tan enorme que incluso tenía piscina! Por eso mismo, Helena aceptó enseguida, a pesar de haber pasado semanas y semanas aguantando mis quejas sobre el chico.

Lucas, evidentemente, también aceptó, así que yo no tuve más remedio que ceder.



La casa de Gael era exactamente como la imaginaba: gigantesca y moderna. Con decenas de habitaciones, un salón en el que habría cabido medio instituto y la famosa piscina en mitad de un jardín que parecía sacado de una revista.

—¿Veis? —nos dijo Gael, extendiendo los brazos—. ¡Es el sitio perfecto para estudiar!

Lo dudaba muchísimo, y con razón, porque nos instalamos en una mesa del jardín. O sea, peligrosamente cerca de la piscina.

La cosa empezó así: supermal. Gael se fue a la cocina a preparar algo de merienda mientras Lucas y Helena no paraban de cotillear sobre nuestros compañeros. No me sorprendió que los dos se llevaran tan bien desde el comienzo: eran igual de divertidos y alegres.

Cuando Gael regresó con la merienda, de la que no probé ni una sola galleta, propuse:

—Vale, a ver, si nos dividimos el trabajo…

—Pero, primero —me interrumpió Lucas—, podríamos descansar cinco minutos.

—Llevamos literalmente dos segundos trabajando, Lucas.

—Segundos, minutos… ¡El tiempo es un constructo, Emma! —bromeó el chico.

A Gael y Helena les hizo gracia. A mí no. De repente, era la única que parecía tomarse todo aquello en serio. Solo entonces, Helena se dio cuenta de que estaba empezando a mosquearme, así que intentó controlar a los chicos. Pero Lucas no tardó ni otro par de segundos en levantarse para poner música y, aunque conseguimos repartirnos las tareas, la situación terminó de descontrolarse.

Entre bromas, canciones mal cantadas y discusiones absurdas sobre quién hacía peor los resúmenes, el trabajo siguió exactamente igual que al principio.

Intacto.

—Voy al baño —dije, levantándome de golpe.

Necesitaba aire.

Espacio.

Silencio.

Hui del jardín tan rápido que ni siquiera le pregunté a Gael dónde estaba el baño. O cuántos tenía. Entré en la casa y cerré la puerta tras de mí. El ruido quedó amortiguado enseguida y, por fin, pude respirar tranquila.

La casa, en efecto, era una mansión. Crucé el salón y subí las escaleras porque abajo no encontré ningún baño. Casi todas las puertas estaban cerradas. Menos una. La habitación de Gael.

Lo sé. No debí husmear, pero… lo hice. Había fútbol por todas partes. Pósteres y camisetas oficiales colgadas en las paredes, balones y zapatillas tiradas por el suelo, trofeos alineados en una estantería… Y no de esos que te entregan por participar, no. Trofeos de verdad. De los de ganar competiciones importantes.

Fruncí ligeramente el ceño. Me había equivocado con Gael. No todo en él era risa fácil y despreocupación. Había algo más.

En ese momento, el eco de una canción se filtró por la ventana entreabierta del dormitorio. Y también las voces de Helena, Gael y Lucas, cantando totalmente desafinados. Sonreí sin darme cuenta y, de la misma manera, dejé que mi cuerpo respondiera.

Un paso. Luego otro. El ritmo se coló en mis venas y me dejé llevar. Cerré los ojos y bailé por toda la habitación, esquivando las cosas de Gael como si hubiese memorizado la estancia para no tropezarme.

Olvidé a qué había venido.

Olvidé por qué estaba tan enfadada.

Lo olvidé todo.

Hasta que… alguien me detuvo agarrándome por los codos. Abrí los ojos de golpe y, aunque la canción todavía no había terminado,

una de las voces que la cantaban ya no se oía.

La de Gael.

Porque Gael estaba allí. Delante de mí. Con sus manos sobre mis brazos.

—Vaya —dijo con una media sonrisa muy pícara, soltándome lentamente—. No sabía que bailaras tan bien.

El calor me subió a las mejillas.

—No estaba haciendo nada.

—Claro —rio—. Nada en movimiento. No conocía ese paso de baile, pero me lo apunto.

—¿Para bailar después de marcar un gol? —lo piqué.

—¿No has dicho que no estabas bailando, Emma? —me picó de vuelta, pronunciando mi nombre con ese tonito una vez más.

Le di un pequeño empujón para apartarlo.

—O sea que los profes te han juntado conmigo porque te distraes con el fútbol.

—¿Creías que me pasaba el día dándole pataditas al balón por marear al personal o qué?

—Yo qué sé. —Me encogí de hombros—. Siempre pareces tan… confiado.

—Tú también. Cuando bailas. Deberías hacerlo más.

¿Mostrarme confiada? ¿Bailar?

—¿El qué? —susurré.

—Si te lo digo, ¿qué gano a cambio?

Sonrió mucho más y yo le lancé una miradita recelosa. Gael se rio y levantó las manos en son de paz.

—Vale, vale.

Hubo un silencio entre nosotros. Distinto. Más suave.

—Oye, Emma. Pásame tu número.

—¿Para qué? —me sorprendí.

—Por si hace falta corregir algo del trabajo.

Lo dijo demasiado rápido. Menos confiado de lo normal. Como si realmente quisiera tenerlo para otra cosa. Y yo debería haberme negado. Debería haber salido de su dormitorio y regresado al jardín sin más.

Pero no lo hice, porque sentí una especie de curiosidad. Una impresión casi imperceptible de que lo nuestro podía convertirse en algo diferente.

Algo que no quería perderme.

—De acuerdo —contesté al fin.

Ese fue el instante exacto en que dejé de tenerlo todo bajo control.

Capítulo 2

A partir de aquel día en su habitación, Gael empezó a aparecer en todas partes. En mis apuntes, en la pantalla del móvil, en mis pensamientos a cualquier hora.

La primera notita llegó en mitad de una clase de Historia. ¿Entendía algo de la Revolución Francesa? Se me daba bien fingir que sí. El caso es que Gael me distrajo: coló una mano en mi estuche, pero no para robarme un boli (cosa que sucedía día sí y día también, porque a él siempre se le olvidaba el suyo), sino para dejar un trocito de papel mal doblado.

En cuanto la profesora nos dio la espalda para seguir apuntando datos en la pizarra, cogí el papelito y lo escondí bajo el pupitre para poder desdoblarlo sin que me pillaran. Gael me observaba desde su sitio, completamente serio. Bueno, todo lo serio que podía estar alguien que acababa de dibujar una guillotina rodeada de corazones. Intenté no reírme y fracasé en el intento.

—Emma, ¿quieres compartir con el resto de la clase qué te hace tanta gracia? —me riñó la profesora.

—Perdón —me disculpé mientras Gael ponía una cara de angelito que nadie debería haberse tragado.

La lección continuó y yo me atreví a arrancar la esquina de una hoja cualquiera para contestarle:

Copia y calla.

Gael dibujó media sonrisa tras leerlo y escribió algo más en otra notita:

¿Copiar? ¿Quieres que haga trampas? Pensaba que eras una chica responsable, Emma.

Y yo le escribí de vuelta:

Quizá no soy como te imaginas, Gael.

Mi propia respuesta me hizo sentir diferente, como si la Emma discreta y amable estuviese evolucionando a una Emma más valiente. Y Gael sonrió, satisfecho, porque aquella era, precisamente, la reacción que quería provocar en mí.

Pero, como te decía, la cosa no se quedó ahí. Gael empezó a enviarme mensajes al móvil. Primero eran tonterías relacionadas con los deberes.

Gael Luque

¿El ejercicio 4 era para mañana o prefieres verme catear?

Para mañana.

Gael Luque

Genial.

Estoy acabado.

Luego añadía una cantidad absurda de *stickers* todavía más absurdos. Perros bailando con gafas de sol. Un gato llorando y maullándole a un micrófono. Un muñeco lanzándose por una ventana con el texto: «Yo después de Mates». Y, como siempre, lo peor era que me hacían gracia.

Poco a poco, sin darme cuenta, empecé a esperar sus notitas dobladas dentro de mi estuche, sus mensajes en mi móvil… Esperaba con tantas ganas una señal de Gael que incluso me giraba automáticamente cuando escuchaba su risa en los pasillos del instituto.

Un día nuestras conversaciones dejaron de tratar solo sobre las clases y fueron centrándose en nosotros. En nosotros de verdad, y de una manera tan profunda que los mensajes y los audios se convirtieron en llamadas hasta altas horas de la madrugada.

—Odio sentir que decepciono a mis padres cuando no saco las notas que quieren —le confesé—. Les gusta que tenga una afición como la danza contemporánea, pero no que la anteponga a mis estudios.

Gael me escuchaba atentamente, igual que yo hacía cuando me contaba:

—Mis padres sí que piensan que el fútbol es una tontería total. Y yo… —Suspiró, y el silencio se alargó tanto que, por un momento, pensé que me había colgado. No era así, porque añadió—: Duermo fatal antes de cada partido.

—¿Tú? ¿El gran Gael Luque se pone nervioso? —bromeé para quitarle peso al asunto.

—Muchísimo.

—No te pega nada.

—Porque disimulo increíblemente bien.

—Eso sí te lo compro. —Otro silencio—. ¿Gael?

—Te estaba sacando la lengua. —Su risa fue tan vibrante que me hizo cosquillas en el oído.

—Bueno —carraspeé porque estaba poniéndome rojísima—, si te preocupa tanto es porque te importa de corazón.

—Supongo.

Pero yo no era la única que tenía razón. Por primera vez, pensé que quizá nuestros padres y nuestra tutora no se habían equivocado al ponernos juntos, aunque no por los motivos que ellos pretendían. Porque sí, Gael y yo nos ayudábamos, pero no para concentrarnos más en nuestros estudios. Más bien para seguir persiguiendo aquello que nos hacía felices.

Yo lo animaba con el fútbol y él me preguntaba cómo me había ido después de cada clase de danza.

Nos fuimos conociendo sin presiones ni expectativas y, por eso mismo, noté rapidísimo el momento en que Gael dejó de ser él mismo.

Seguía haciendo bromas, pero solo de vez en cuando. Seguía sonriendo, pero la alegría no le llegaba a los ojos. Seguía

contestando a mis mensajes, pero tarde.

Y, aunque me esforcé en disimular que no pasaba nada para no agobiarlo, no pude aguantarlo más. Mientras Lucas, Helena, Gael y yo nos dirigíamos al recreo, le pregunté:

—¿Estás bien?

—Sí…

—Gael, dime la verdad.

Lo cogí del brazo con cuidado, aunque él miró mi mano como si lo estuviese apretando un montón. Lo solté con una expresión arrepentida, pues caí en una realidad: Gael y yo siempre estábamos muy cerca, pero nunca nos tocábamos.

—Lo siento —me disculpé, deseando no haberlo molestado demasiado.

Gael pareció debatirse internamente, como si no supiera qué respuesta darme. Al final, suspiró y me dijo:

—Lo siento yo, Emma. El finde que viene tengo el partido más importante de la temporada y… estoy de los nervios. Mis padres ya me han avisado de que no lo jugaré si no apruebo todos los exámenes.

Intentó sonar tranquilo, pero noté la presión escondida bajo sus palabras. Lo comprendía porque estábamos en la misma situación: justo ese finde yo tenía la muestra de danza de final de trimestre. La que podía hacer que mis padres dejaran de mirarme como si estuviera desperdiciando mi futuro.

Ambos acontecimientos se nos habían juntado con los exámenes, y estaba siendo muy complicado sacarlo todo a la vez. Por eso me dolió tanto cuando aquella tarde nos repartieron las notas del último examen.

Yo lo había aprobado todo. Sin sobresalientes, pero sin suspensos. En cambio, Gael…

—He suspendido Historia —susurró.

Todavía recuerdo cómo dejó caer la cabeza contra el pupitre. Quise acariciarle el pelo revuelto y me contuve porque aún me ardía la mano por haberlo cogido del brazo antes del recreo.

—Mis padres me van a prohibir jugar el partido —añadió con la voz tomada por las lágrimas.

Yo me quedé muy quieta. Jamás lo había visto así. Tan derrotado.

—La recuperación es la semana que viene. Antes del partido —le dije.

Él soltó una risa muy seca y giró la cara sobre el pupitre para mirarme, aún encorvado.

—¿Y? No voy a convertirme mágicamente en un genio de la noche a la mañana.

—No necesitas ser un genio. Solo necesitas aprobar para que tus padres te dejen jugar.

—No puedo.

—Sí puedes, Gael, porque yo te voy a ayudar.

Abrió mucho los ojos y murmuró:

—¿Qué?

—Te ayudaré a estudiar todas las tardes y…

—No. —Se irguió, muy tenso—. No vas a cancelar todas tus clases de danza por mí, Emma.

Gael sabía lo importantes que eran para mí, y eso me llenó el corazón de un sentimiento que me aceleró los latidos.

—Nos organizaremos, y así no tendré que cancelar mis clases de danza, ¿vale? —insistí.

—No sé…

Se le veía tan inseguro que no le conté nada acerca de mi muestra. Estaba segura de que, si le confesaba que la tenía el mismo día que su partido, se negaría en rotundo a que lo ayudara. Además, estaba convencida de que lo tenía todo bajo control. De que podía con todo.

—Vas a aprobar esa recuperación, Gael. Y jugarás el partido.

Lo aseguré con tanta confianza que hasta yo me sorprendí, pero funcionó: por primera vez en toda la mañana, volvió a mirarme como el Gael de siempre.

—Así que estás dispuesta a soportarme más horas al día… —bromeó.

—No te emociones.

—Demasiado tarde, Emma.



La primera tarde que fui a su casa a estudiar casi me di media vuelta antes de llamar al timbre. No sabía por qué estaba tan nerviosa. Bueno, empezaba a sospecharlo, pero me negaba a admitir que lo que sentía en el estómago no era preocupación, sino mariposas.

Gael abrió la puerta con el pelo húmedo y una sudadera granate. ¿Acababa de ducharse…?

—Ey, profe.

—Como vuelvas a llamarme así, me voy —lo amenacé.

—Te arrepentirías. —Me puso ojos de cachorrito.

—Pruébame.

Entonces se rio de esa forma suya tan sencilla y feliz. Y otra vez tuve que recodarme cómo respirar.

A lo largo de aquellas tardes, descubrí dos cosas más. La primera era que Gael estudiando resultaba extrañamente adorable. Se concentraba muchísimo… durante siete minutos exactos. Luego empezaba a golpear el boli contra su escritorio, a mirar por la ventana o a inventarse reglas para memorizar fechas y datos históricos.

—¿Por qué lo relacionas todo con el fútbol?

—Porque me funciona. Estoy aprendiendo, ¿no?

Sí, sí que lo hacía.

Y eso tenía que ver directamente con la segunda cosa que descubrí: me gustaba enseñar. Me encantaba explicar algo y ser testigo del instante exacto en que la otra persona lo entendía. Me encantaba encontrar otra forma de decir las cosas y compartir lo que sabía.

Nunca me lo había planteado. La danza seguía siendo mi actividad favorita, pero la enseñanza… La enseñanza también me hacía sentir genial.

De todas maneras, Gael me lo ponía muy fácil. Bajo toda aquella fachada despreocupada, había alguien atento, cariñoso y caóticamente encantador. Alguien que siempre cerraba la ventana junto a mi pupitre cuando hacía frío. Que traía mis chocolatinas preferidas al recreo. Que buscaba mi aprobación con una sonrisa cada vez que conseguía resolver él solo un ejercicio.

Y yo estaba empezando a tener un problema muy serio con eso.

Porque me gustaba.

Me gustaba un montón.

Gael aprobó la recuperación. Con un cinco raspado, pero lo consiguió.

—¡He aprobado! —gritó en medio de nuestra aula, levantándome del suelo con un abrazo.

—¡Gael, bájame! —le pedí con una carcajada.

—¡ERES INCREÍBLE, EMMA!

Nuestros compañeros nos miraron entre cuchicheos. ¿Sinceramente? Me dio bastante igual. Estaba muy contenta por Gael. Cuando mi amigo me dejó en el suelo, seguía sonriendo como si acabara de ganar un mundial.

—Voy a jugar el partido de este finde —dijo, todavía incrédulo—. Voy a jugarlo de verdad —repitió con los ojos brillantes, sin dejar de mirarme ni un segundo. Y, de repente, soltó—: Tienes que venir a verme.

—¿Al partido?

—Quiero que estés allí, Emma.

Tragué saliva. Gael aún no sabía nada de mi muestra. No sabía que llevaba todos esos días durmiendo poquísimo para compaginar el instituto, mis clases de danza y sus tardes de repaso.

Y… tampoco quería contárselo. No antes del partido. Estaba segura de que le añadiría más presión, así que me obligué a sonreír y le contesté:

—Allí estaré.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo, tía? —me preguntó Helena de camino al estadio donde Gael iba a disputar el partido más importante de la temporada.

—Solo será una hora. Me da tiempo. La muestra de danza empieza más tarde.

—Ajá.

—Deja de mirarme así.

—¿Así cómo?

—Te estás imaginando cosas que no son.

A Helena se le escapó una risita.

—Emma, todo el mundo sabe cosas menos vosotros dos.

—No hay ningún «vosotros dos».

—Claro, claro.

Ignoré su indirecta. O lo intenté. Por suerte, las gradas estaban tan llenas de gente que enseguida nos olvidamos del tema. Escogimos unos asientos cercanos al campo y busqué a Gael entre los jugadores que calentaban en medio del césped. Lo encontré enseguida.

Siempre lo encontraba al momento.

Parecía más vivo allí abajo (si es que eso era posible), corriendo de un lado a otro, concentrado y brillante. Entonces levantó la vista y me vio. Lo supe porque trastabilló y después sonrió. Una sonrisa enorme. De las auténticas.

—Madre mía —murmuró Helena—. Qué cara de tonto se le ha puesto al verte.

—Chis —le chisté con las mejillas encendidas.

Aunque yo también estaba sonriendo.

Desde el segundo uno de partido, no pude quitarle los ojos de encima a Gael. ¡Era buenísimo! ¿Así fue como él me vio cuando me pilló bailando en su dormitorio? Porque yo no podía parar de alucinar con su velocidad, su precisión, su…

—¡GOOOOOOOOOOOL!

Gael acababa de marcar, y me levanté de un salto para celebrarlo. Abracé a Helena y grité el nombre de mi amigo hasta casi quedarme afónica. Gael corrió por la banda y, justo cuando pasó frente a nosotras, me señaló directamente a mí.

—¡Te ha dedicado el gol, tía! —chilló mi mejor amiga, zarandeándome.

El corazón me latió tan fuerte que podría haberme atravesado el pecho.

La hora se me pasó volando y Helena casi tuvo que sacarme de allí a rastras. De camino al Gran Teatro del pueblo, donde iba a realizarse mi muestra de danza, le envié un mensaje a Gael para disculparme por irme antes de que se acabara el partido. Esperaba que lo entendiese o, al menos, que no sacara conclusiones antes de que pudiese explicarle bien el motivo.

—¡Emma! —dijo mi madre, plantada frente a la entrada del Gran Teatro—. ¡Tu profesora está buscándote por todas partes!

—Sí, sí, ¡ya voy!

—¡Suerte, tía! —me animó Helena.

Entré en el *backstage* del teatro con la emoción vibrándome por dentro. Ver a Gael volcándose al máximo en lo que amaba solo me daba fuerzas para darlo todo encima del escenario. Me cambié y me uní a mis compañeras entre bambalinas.

El telón se abrió. Los focos se encendieron de forma gradual. La canción de apertura empezó a sonar y yo… bailé.

Bailé como nunca. Clavé cada paso, cada salto, cada expresión de la cara. La música me atravesó y me moví a su son. Intenté demostrarles a mis padres que valía para aquello. Que ese sueño tenía sentido porque me sentía libre. Me sentía yo. El final de la actuación me pilló tan de sorpresa como el aplauso que nos envolvió por completo. ¡Apenas podía respirar de la adrenalina!

Mis compañeras y yo le agradecimos al público su asistencia y entusiasmo con varias reverencias. Regresamos al *backstage* completamente eufóricas, aunque yo estaba deseando irme para preguntarles a mis padres qué les había parecido. Si estaban orgullosos de mí.

Salí del Gran Teatro buscándolos con la mirada, pero me topé con un par de ojos azules muy claros.

Gael.

Llevaba la equipación puesta, el pelo más desordenado que de costumbre y una flor en la mano que tenía toda la pinta de haber sido arrancada de algún jardín público.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, pasmada.

Gael se acercó a mí casi sin aliento. ¿Había venido directamente al terminar el partido?

—¿Cómo que qué hago aquí?

—¿Habéis ganado?

—3 a 0. —No me dejó felicitarlo, porque enseguida añadió—: Aunque ahora mismo eso me importa bastante poco. —Me miró de arriba abajo. Yo todavía llevaba puesto el maillot y el pelo negro

recogido en un moño prieto—. Emma, ¿por qué no me contaste lo de tu muestra de danza?

El calor me estalló en el pecho y empezó a subirme por el cuello.

—¿Cómo te has enterado? —le pregunté en respuesta.

—Helena me ha enviado un mensaje justo después del tuyo.

Solté un quejido. Traidora.

—Gael, necesitabas concentrarte en la recuperación de Historia y en el partido de hoy…

—¿Y tú qué? ¿Has estado compaginándolo todo?

—No quería distraerte.

—Tú nunca me distraes. O sí, pero no como crees.

La insinuación me cortó el aliento.

Entonces Gael se acercó hasta que estuvimos a un palmo de distancia.

—Solo quería ayudarte —murmuré.

—Y te lo agradezco, pero la próxima vez cuenta conmigo, ¿vale? Tú eres… —Respiró hondo—. Eres demasiado importante para mí, Emma.

—Y tú para mí, Gael.

El planeta entero enmudeció. O tal vez fui yo la que dejó de oírlo solo para escuchar la confesión de Gael:

—Emma, estoy enamorado de ti. ¿Es pronto? Quizá me la estoy jugando. Quizá debería haber comprobado primero que tú sientes lo mismo, o haber esperado para hacerlo mejor. Al menos, con una flor que no parezca robada. —No pude evitar reírme, y él sonrió un poco, nervioso por primera vez desde que lo conocía—. Pero no lo soportaba más. Cada día que pasa me gustas más y más y… —Se

llevó una mano al pecho, como si su corazón no pudiese sostener tantos sentimientos—. ¿Quieres salir conmigo?

Me tendió la flor y la cogí con el pulso tembloroso por la emoción. Miré sus pétalos rojos antes de mirarlo a él. Era tan amable, divertido, guapo, perfecto…

Solo entonces entendí que me había pasado semanas y semanas tratando de reprimir algo que ya era imposible de detener. De controlar. Gael me gustaba un montón. Tanto que, si me dejaba llevar, acabaría enamorándome de él.

—Sí —susurré.

—¿Sí?

—Sí, Gael. Quiero salir contigo.

Jamás olvidaré la forma en que se rio después, como si acabara de ganar algo mucho más importante que un partido.

Capítulo 3

Dos años dan para muchas cosas.

Para aprenderte de memoria la forma en que escribe tu nombre cuando te deja una notita dentro del estuche. Para saber exactamente el tiempo que tarda en contestar a tus mensajes cuando está ocupado de verdad o cuando solo está haciéndose el interesante. Para distinguir su risa normal de esa otra más suave que reserva para los momentos que solo son vuestros.

Dos años también dan para crecer muchísimo.

Y eso fue justo lo que nos ocurrió a Gael y a mí.

Cuando empezamos a salir con doce años, todo era nuevo y emocionante. Una especie de juego secreto que nos hacía sonreír a todas horas. Cogernos de la mano al volver del instituto. Videollamadas que se alargaban hasta la madrugada. Rozarnos los dedos bajo el pupitre mientras la profesora explicaba sintaxis.

Era dulce.

Sencillo.

Seguro.

Pero a los catorce años empiezas a darte cuenta de que el tiempo no se queda quieto para nadie. Y nosotros ya no éramos aquellos niños que se picaban por cualquier tontería, aunque siguiéramos haciéndolo.

Dos años después, había algo más. Más profundo, más intenso, más urgente. Lo notaba en la manera en que Gael me miraba. En cómo sus dedos se entrelazaban con los míos. En el enorme vuelco que me daba el corazón cada vez que nos quedábamos a solas.

Y, por supuesto, Gael y yo no éramos los únicos que habíamos notado que nuestra relación había evolucionado: nuestros amigos parecían haber desarrollado un radar para detectar cualquier momento romántico y arruinarlo al instante.

—A ver, pregunta seria —soltó Lucas durante un recreo, después de zamparse la mitad de su bocata de un solo mordisco—: ¿ya os habéis besado o seguís en modo aburridos?

Casi me atraganté con el zumo. En cambio, Gael se rio por lo bajo al decirle:

—Qué obsesión tienes, tío.

—Se llama curiosidad científica.

—Pues tu duda existencial se va a quedar sin respuesta —contesté.

Al ver que Lucas iba a insistir, Helena puso los ojos en blanco con un:

—Déjalos en paz, pesado.

—¿En serio? —replicó el mejor amigo de Gael—. Esto nos concierne a los cuatro.

—¿Desde cuándo?

—Desde que lleváis dos años siendo novios y avanzáis más lento que un caracol, Emma.

Esta vez, a Gael se le escapó una carcajada mucho más fuerte, pero Lucas había conseguido ponerme muy nerviosa con sus indirectas (muy directas), así que le solté:

—Eres idiota.

—O sea, que no os habéis liado.

—O sea —repetí, imitando su tonito—, que no te importa.

—Vaya…

Helena le dio un manotazo en el brazo.

—¡Ay! —se quejó Lucas, sonriendo de manera burlona porque, en realidad, no le había hecho ni pizca de daño—. Gracias, Helena. Yo también te quiero.

—Por desgracia.

A pesar de todo, fue inevitable: los cuatro terminamos riéndonos a pleno pulmón. Y, aun así, la pregunta se quedó flotando entre Gael y yo, como siempre: «¿Ya os habéis besado? ¿Ya os habéis besado? ¿Ya os habéis besado?».

La respuesta era no.

Y nunca había supuesto un problema… hasta que lo fue. No porque faltara algo entre él y yo, sino porque, de repente, parecía que todo el mundo lo esperaba menos nosotros.

Esa presión empezó a colarse en silencios que antes no nos pesaban. En miradas que sosteníamos más de la cuenta. En esa extraña sensación de saber que queríamos más… sin saber cuándo ni cómo debía pasar.

Todo llegó al límite una noche de octubre, durante una fiesta de pijamas en casa de Gael.

Sí, con los años, su casa se convirtió en nuestro cuartel general. A sus padres no les importaba tenernos por allí y su salón era el único

que podíamos invadir con nuestros sacos de dormir sin acabar como anchoas en lata.

El caso es que decidimos jugar a verdad o reto. Y, hazme caso, jugar a esto nunca sale bien.

Nunca.

—Lucas, ¿verdad o reto? —le preguntó Helena, mordisqueando un regaliz de fresa con una sonrisa maliciosa.

—¡Reto! —contestó él, ¡cómo no!

—Haz veinte flexiones mientras cantas ópera.

—Eso no es un reto, tía. ¡Es una tortura física y musical!

—Exacto.

Mientras Lucas se arrastraba dramáticamente por la alfombra desafinando en un idioma irreconocible, Gael se inclinó hacia mí:

—¿Te lo estás pasando bien?

—Muchísimo mejor que Lucas —bromeé.

—No seas cruel.

—Solo soy realista.

Gael me dedicó esa sonrisa que, incluso dos años después, seguía haciéndome perder el hilo de todo. Pero Lucas se incorporó de golpe, cogió aire bruscamente y soltó:

—¡Fin! ¡Ya me he cansado! Cambiemos de juego… Hum, ¡el escondite!

—¿Qué tenemos? ¿Cuatro años? —resopló Helena.

—¡Pillo yo! —Lucas se tapó los ojos.

—Pero ¿tú no estabas reventado? —le preguntó Gael.

—Cincuenta. Cuarenta y nueve…

Helena, Gael y yo nos miramos y, a punto de echarnos a reír por enésima vez, ¡salimos corriendo en direcciones opuestas! Yo di mil

vueltas hasta que decidí esconderme en el dormitorio de Gael. Concretamente, dentro de su armario.

Fue un error.

Para empezar, porque Gael había pensado lo mismo que yo y ya estaba dentro: nos tropezamos entre sus camisetas y pantalones. Enseguida me tapó la boca con una mano para que no chillara y cerró la puerta del armario.

—Chisss —me chistó Gael. No lo veía. Estábamos totalmente a oscuras—. Creo que está cerca.

—No lo oigo —dije contra su palma, lo bastante alto para que me escuchara.

Él y, por desgracia, Lucas también. Pero este, en vez de abrir las puertas del armario para pillarnos, las cerró con llave. Escuchamos el cerrojo y después:

—No saldréis hasta que os hayáis besado. ¡De nada, tortolitos!

—¡Lucas! —protestó Gael soltándome.

La risa satisfecha de nuestro amigo se alejó y, de repente, se hizo el silencio total.

Solo entonces me di cuenta de lo ridículamente pequeño que era el armario. Notaba el aliento de Gael sobre mi frente y, nerviosísima, me aparté tanto como pude para sentarme en el extremo opuesto. Él hizo lo mismo, como si cualquier tipo de contacto pudiera provocar una explosión. Aun así, las puntas de nuestras zapatillas casi se rozaban.

Durante lo que me pareció una eternidad, ninguno dijo nada. Luego Gael soltó una de sus risitas… y me la contagió.

—Voy a matar a Lucas —murmuré.

—Puedo ayudarte.

—El crimen perfecto.

Otra pausa silenciosa, aunque esta ya no fue incómoda. Daba igual cuánto forzara la vista, no distinguía nada en la oscuridad. Y, sin embargo, podía sentirlo todo: la respiración profunda de Gael, la intensidad de su mirada, la electricidad que desprendía su cuerpo…

—No pienso besarte por culpa de Lucas —solté sin pensarlo.

—Menos mal —suspiró, nervioso, aunque luego bromeó—: Sería un detalle bastante feo por tu parte.

—Además —le seguí el juego, sonriendo—, seguro que tu técnica es horrible.

—Qué poca fe me tienes.

—La justa.

—En cambio, yo estoy seguro de que debes ser muy mandona.

—¿Besando?

—Ajá.

—¿Y qué significa eso? A ver…

—Que probablemente me corregirías todo el rato.

No pude evitar reírme otra vez, más alto, y entonces pasó. Ese instante raro. Ese en que mi risa se apagó poco a poco para dejar espacio a una sensación mucho más densa. No nos movimos, pero el ambiente entre nosotros se tensó. Como si ambos estuviésemos pensando exactamente lo mismo y ninguno se atreviera a confesarlo.

A confesar que deseábamos darnos nuestro primer beso, pero… no así. No porque alguien nos hubiera presionado. No porque tocara hacerlo.

De repente, las puertas del armario se abrieron de par en par.

—¡Lucas! —chilló Helena al descubrirnos encerrados—. ¡Esta noche duermes en el felpudo!



Nos fuimos a dormir poco después. Nos desperdigamos por el salón entre sacos y mantas, pero yo no tenía sueño. Cada vez que cerraba los ojos me imaginaba qué habría pasado si Helena no nos hubiera interrumpido.

Si hubiéramos seguido atrapados.

Si Gael se hubiera acercado.

Si yo hubiera hecho lo mismo.

Estuve dando vueltas durante una hora, hasta que me rendí. Salí del interior de mi saco de dormir y crucé el salón de puntillas para llegar al jardín sin despertar a nadie.

Aquella madrugada olía a césped húmedo y estaba iluminada por la luna llena. Me senté en la esquina más alejada de la piscina, rodeada de setos altos, y respiré tranquila por primera vez en toda la noche.

No tardé en escuchar unos pasos acercándose a mí. Ni siquiera necesité girarme para descubrir quién era: había memorizado hasta el último detalle de Gael. Se sentó a mi lado con cuidado.

—Yo tampoco podía dormir.

—Pensaba que era la única que estaba volviéndose loca —susurré con media sonrisa.

Gael permaneció muy callado, mirando al frente.

—Emma.

—¿Sí?

—Lo de antes…

Se le quebró un poco la voz, y eso me hizo girarme hacia él. Aparte de preocupado, parecía ansioso.

—No quiero besarte por obligación —admitió—. Ni porque Lucas sea un idiota, ni porque todo el mundo crea que ya debería haber pasado.

El pecho se me encogió, porque era lo que yo había estado pensando durante todo ese tiempo.

—Yo tampoco —coincidí.

Gael tragó saliva y, por fin, me miró. El azul de sus iris se oscureció cuando me confesó:

—Pero sí que me muero por besarte.

Las palabras se me escaparon junto con todo lo que sentía por él:

—Yo también.

Su sonrisa se extendió despacio. Muy despacio. Como si quisiera asegurarse de que seguía teniendo permiso, alzó una mano y me acarició la mejilla con las yemas. Esperó. Me esperó. Y yo asentí porque no podía aguantarlo más.

Nos acercamos al mismo tiempo, y nuestro primer beso fue… torpe. ¡Claro que lo fue! Nuestros labios chocaron antes de encajar, pero los dos nos echamos a reír a mitad. Luego volvimos a intentarlo, más relajados, y esa vez sí fue un beso delicado. Cálido. Real.

Un beso perfecto que supo a nervios y a promesas cuyo significado todavía no entendíamos.

—No me has corregido —bromeó suavemente.

—Has aprobado por los pelos —lo piqué.

—¿Puedo hacer la recuperación para subir nota?

Nos quedamos allí escondidos entre las flores y el silencio, repitiendo ese beso perfecto una y otra y otra vez, como si nada ni nadie pudiera romper nuestro amor.



Los siguientes meses después de nuestro primer beso fueron fáciles entre Gael y yo, aunque la vida siguiera avanzando y nos pusiera nuevos retos en el camino. Nuevos retos que no tenían que ver con nuestra relación, sino… con nuestro futuro.

En cuanto cumplimos los quince, las palabras «decisiones», «responsabilidad» y «carrera universitaria» empezaron a repetirse todo el rato. En el instituto, en casa, en conversaciones que me rondaban por la cabeza incluso después de acabarse.

Mis padres seguían preocupados. Aprobaba, pero no destacaba. Y, aunque ellos no me exigían un nivel demasiado alto, necesitaban que yo tuviera muy claro qué iba a hacer después de graduarme.

«¡Quiero dedicarme a la danza contemporánea!», gritaba siempre mi corazón. Sin embargo, no confiaba en que fuesen a apoyarme en esa decisión. ¡Se habían pasado toda mi vida quejándose de que no me centraba en mis estudios por culpa de la danza! Estaba convencida de que me aconsejarían elegir una carrera más segura y estable. «Una que tenga salida», insistían, al fin y al cabo.

Pero ¿y si no me hacía feliz? ¿O ser feliz ya no importaba cuando te convertías en un adulto?

A veces miraba a Gael y me preguntaba si él también sentía esa presión. Ese vértigo extraño de crecer demasiado deprisa y no saber

responder a la duda más grande de todas: ¿podíamos tenerlo todo cuando el mundo nos obligaba a elegir un solo camino?

Capítulo 4

Hay un momento exacto en el que una se da cuenta de que crecer no es un juego.

No ocurre de golpe, ¿eh? No suena ninguna alarma, ni siquiera se oye una voz atronadora anunciando que se ha terminado el periodo fácil de tu adolescencia. Esa en la que todavía puedes fingir que las decisiones importantes pertenecen a una versión muy lejana de ti misma.

Como digo, sucede poco a poco. Los cambios van colándose por pequeñas grietas de tu interior y en preguntas que se repiten en bucle: «¿Qué vas a hacer en cuanto termines la ESO?», «¿Qué bachillerato vas a elegir?», «¿Y qué carrera?», «¿En qué te especializarás cuando te gradúes de la universidad?», «¿Cuál es tu plan de futuro de aquí a ciento cincuenta años?». Como si a mi edad debiéramos tener un mapa de nuestra vida perfectamente dibujado.

Como si no bastara con vivir el presente.

El caso es que todo aquello que empecé a sentir con quince (la presión, las expectativas, el tiempo corriendo más rápido que yo) se intensificó cuando apenas me faltaba un mes para terminar 4.º de la ESO.

Mi mundo, de repente, se puso del revés. Y lo peor era que, aun así, todo parecía perfecto.

Gael y yo seguíamos juntos. De hecho, estábamos más unidos que nunca. Nuestro amor se había llenado de costumbres pequeñas y apacibles: mensajes absurdos al despertarnos, notitas escondidas entre sus apuntes, tardes eternas haciendo los deberes, besos rápidos en la puerta del instituto, y en el parque, y en su habitación…

Seguíamos riéndonos muchísimo.

Seguíamos buscándonos sin darnos cuenta.

Seguíamos siendo el hogar del otro.

Y, sin embargo, yo tenía la sensación de estar mirando una cuenta atrás invisible. E imposible de detener.

No dejaba de pensar en mi futuro. Tal vez lo hacía demasiado. Y la culpa la tuvo Gael. O, mejor dicho, apoyar a Gael: aquella recuperación de Historia que lo ayudé a aprobar en 1.º de la ESO no fue la última. Después, vinieron muchos más exámenes en los que me volqué para que no suspendiera.

En los que esa sensación de que me encantaba enseñar no paraba de aumentar.

No solo era explicarle cómo resolver ecuaciones imposibles o ayudarlo a esquematizar fechas históricas hasta que se las aprendiera. Era esa emoción bonita de ver cómo algo encajaba en otro. Como si ayudar a alguien a entender algo también ordenara una parte dentro de mí.

—Emma, sálvame de Geografía —protestó Gael, desplomándose sobre su pupitre.

—No has estudiado.

—He pensado muy fuertemente en estudiar.

—Eso no cuenta.

—Depende de la intensidad.

—Gael.

—Vale, vale.

Y así empezaba a explicarle aquello que no entendía. Aunque ya contaba con que se distrajera cada dos por tres, siempre lo reñía:

—¿Estás escuchándome?

—Sí.

—A ver, ¿qué acabo de decir?

—Que soy guapísimo e inteligente.

Pero, entre broma y broma, aprendía. Y, cada vez que aprobaba una asignatura, yo sentía una satisfacción maravillosa. De hecho, cuando Gael se sacó la ESO, fue la primera vez en que lo pensé seriamente: quizá ir a la universidad y cursar Educación Infantil podría hacerme feliz.

Ya, no era como la danza contemporánea. Nada podría compararse con ella. Pero enseñar también tenía algo luminoso, e intentaba convencerme de eso cada vez que la otra opción aparecía en mi cabeza: entrar en el Conservatorio de Danza de Madrid.

Ese sueño enorme que me perseguía desde pequeña.

Las dudas no hicieron más que complicarse cuando, durante una clase de danza, mi profesora me pidió que me quedara al terminar. El aula olía a madera encerada y sudor. A esfuerzo y ganas. No debería haberme sorprendido que mi profesora sacara el tema. Llevaba asistiendo a su escuela de baile desde que tenía cinco años. Me conocía muy bien.

—Emma, ¿has pensado qué harás el año que viene?

—Más o menos.

Asintió con cautela, pero esa respuesta no fue suficiente para ella, porque de inmediato dijo:

—Voy a ser muy sincera contigo: si de verdad quieres profesionalizarte en la danza, no puedes esperar más.

Se me heló el cuerpo entero, por mucho que ya supiera lo que iba a añadir después:

—Debes presentarte ya a las pruebas de acceso del Conservatorio de Danza de Madrid.

Ahí estaba. Pronunciado en voz alta. Más real e inevitable que nunca.

—Tienes muchísimo talento, Emma. Uno excepcional. Te aseguro que es el mejor sitio para ti. —Una pausa—. ¿Es que tus padres todavía no te apoyan?

No contesté. No podía. Una parte de mí quería llorar de emoción y la otra quería huir en dirección contraria.

—Piénsalo —insistió con suavidad—. Es tu futuro, y el de nadie más.

Salí de la escuela con el corazón desbocado.

No se lo conté a nadie.



El mismo día en que recibimos las notas de 4.º de la ESO, justo antes de empezar un verano que prometía ser increíble, Helena me dio una noticia terrible:

—Me mudo.

Me pilló por sorpresa y, por un momento, pensé que estaba gastándome una broma, pero mi mejor amiga estaba tan abatida

como irreconocible.

—¿Te mudas? —pregunté—. ¿De casa?

—De ciudad —soltó, cabizbaja—. A Sevilla.

—Pero eso está… lejísimos de aquí.

—Es por el trabajo de mi madre. La trasladan. Ha sido muy repentino. Nos vamos definitivamente en una semana.

Me costó bastante procesarlo. Helena había sido clara, directa, y, aun así, aquello me pareció una pesadilla difícil de comprender.

—No.

Fue lo único que pude decir y, solo entonces, Helena me miró. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y, al instante, los míos también se empañaron.

Era verdad.

Mi mejor amiga, la chica divertida y caótica que había estado a mi lado desde siempre, se marchaba. No a un pueblo vecino, no a la ciudad, sino a la otra punta del país.

Mi mundo, ese que pensaba que ya estaba completamente del revés, se torció un poquito más.

—Emma…

—No —repetí, sacudiendo la cabeza con fuerza.

Ella fue la primera en derrumbarse. Yo, un segundo después. Helena no estaría conmigo en Bachillerato. No nos graduaríamos juntas. No nos veríamos en la universidad.

Helena se iba para siempre.

Nos abrazamos, todavía sujetando las notas y rodeadas de compañeros felices.

Ese día aprendí que el amor tenía muchas formas, tanto de ser… como de romperte el corazón.



Lo de Helena fue un mazazo tan enorme que aquella misma noche exploté. Como había aprobado el curso con buenas notas, mis padres me dejaron salir y ni siquiera lo dudé cuando me planté en casa de Gael.

Mi novio me recibió con una sonrisa enorme que fue borrándose a medida que se dio cuenta de mi tristeza. No tardó nada en abrazarme por los hombros, darme un beso en la sien y conducirme hasta la piscina. Hasta el rincón donde nos habíamos dado nuestro primer beso.

Nos quitamos las zapatillas, nos sentamos en el bordillo y metimos los pies en el agua tibia. Gael no me presionó. Dejó que el silencio nos envolviera con delicadeza y, cuando no pude sostenerlo más, se lo conté todo.

La mudanza de Helena.

Las expectativas de mis padres.

La posibilidad de entrar en la universidad y estudiar Educación Infantil.

Mi sueño de entrar en el Conservatorio de Danza de Madrid y convertirme en bailarina profesional.

El miedo a equivocarme y separarnos.

La sensación de no tomar a tiempo ninguna decisión correcta.

La angustia de crecer sin un manual de instrucciones.

Gael me escuchó sin interrumpirme, con esa tranquilidad que a veces era capaz de mantener para que yo también pudiese

calmarme. Cuando terminé, tenía las mejillas empapadas, y Gael me las acunó con las manos para poder secármelas y acariciarme.

—Debes ir, Emma.

—¿Ir adónde? —murmuré con el ceño fruncido.

—A Madrid. Al Conservatorio de Danza.

Negué de inmediato.

—¿Sabes lo que eso significa? Las pruebas de acceso son en agosto, y si lograra entrar…

—Entrarás —afirmó.

—Si lograra entrar —repetí—, me marcharía a Madrid en septiembre. En tres meses, Gael. No estaríamos juntos en Bachillerato. Tendríamos una relación a distancia y…

—Bailar es tu sueño. Es para lo que estás hecha.

—¿Y nosotros qué?

La pregunta me salió rota y débil, aunque Gael no apartó la mirada.

—Te quiero, Emma.

—Y yo a ti, Gael.

—Pues es suficiente. Nuestro amor podrá con la distancia, con el tiempo…, con todo.

—Eso no lo sabes.

—De acuerdo —suspiró—, pero sí sé que no puedes renunciar a tus sueños por mí.

Se me hizo un nudo asfixiante en la garganta.

—No quiero perderte. No *puedo* perderte.

Su gesto confiado vaciló un poquito, aunque me cogió ambas manos para asegurarme:

—No vas a perderme. Pase lo que pase.

—Juntos.

—Siempre.

Sellamos aquella promesa con un beso, pero el miedo ya había echado raíces dentro de mi corazón. Y, al final, decidí quedarme a su lado.

Elegí permanecer en nuestro instituto.

Elegí entrar en el Bachillerato Humanístico.

Elegí que la Educación Infantil sería mi futuro.

Elegí el camino seguro y correcto, según mis padres.

Me repetí tantas veces que todo aquello me haría más feliz que la danza contemporánea… que terminé creyéndomelo.

O fingiendo que lo hacía.



Los dos años siguientes pasaron volando.

Seamos sinceros: el Bachillerato te absorbe por completo. De hecho, Helena y yo dejamos de escribirnos. Era muy difícil dedicarle tiempo al móvil, y tanto sus audios como los míos empezaron a quedarse sin respuesta.

Los silencios se volvieron tan largos que al final ninguna supo cómo llenarlos.

Eso es lo que consigue la distancia: desdibuja las relaciones y los recuerdos hasta que lo hace desparecer todo.

Fui incapaz de hacer otra amiga como Helena. Me llevaba genial con otras compañeras de clase, incluso quedaba algún sábado con ellas, pero no era lo mismo. Así que terminé orbitando alrededor del grupo de Gael. Lucas, por cierto, continuaba siendo insoportable.

—Emma —me decía—, admítelo: sin mí, vuestra historia de amor sería aburridísima.

—Sin ti, habría paz en el mundo —le contestaba yo.

A Gael le encantaban nuestros piques. Siempre se reía y me recordaba:

—Lucas te cae bien.

—Me caen bien los cactus, y no por ello quiero abrazarlos.

La dinámica con el resto de sus amigos era similar. Ellos me aceptaron enseguida y nos los pasábamos superbién. Yo lo sabía. Y, aun así, muchas veces seguía sintiéndome «la novia de Gael», como si mi sitio allí dependiera de él. Como si mi vida se hubiera mezclado tanto con la suya que ya no supiera dónde terminaba una y dónde empezaba la otra.

Sin embargo, lo que me había ocurrido con Helena solo reforzó la convicción de que había tomado la decisión adecuada.

La decisión de que nunca me alejaría de Gael.

Y todavía bailaba, ¿eh? En la escuela del pueblo, por supuesto. Mi profesora aún me decía que tenía un talento enorme, pero yo ya había dejado de mencionar el Conservatorio de Danza en Madrid. Aunque, vale, lo confieso: a veces no podía evitar imaginarme allí. En las salas de ensayo repletas de cuerpos en movimiento y música. Viviendo exactamente la vida que yo había soñado.

Pero entonces salía del instituto cogida de la mano de Gael y aquel escenario se evaporaba. Nuestra promesa seguía intacta y yo iba a darlo todo para que jamás se rompiera.

Por su parte, Gael había dejado de jugar al fútbol para centrarse al máximo en sacar más de un sobresaliente. No parecía disgustado por abandonar un deporte por el que había dado tanto. «Al final, mis

padres tenían razón —decía—, solo era una afición». Él quería estudiar Derecho y, aunque la nota de corte no era muy alta, sabía que era una carrera complicada en la que yo no podría ayudarlo a estudiar.

Y así continuamos hasta la graduación. Recuerdo perfectamente aquella noche. Las luces. La música. Los gritos emocionados de la clase entera. Estábamos cerrando una etapa importantísima. Llevábamos juntos desde primero. Seis años. Toda una vida cuando solo tienes dieciocho.

Gael, por cierto, estaba guapísimo con la camisa remangada y la corbata medio desanudada. No dejó de mirarme en toda la noche, sonriéndome como si todavía tuviera doce años y acabara de pedirme salir con una flor robada.

Aquello no era el final. Solo el cierre de un capítulo. Nada podía romper aquel amor que había crecido con nosotros. Teníamos muchos planes.

Dos futuros esperándonos. Una promesa que seguir cumpliendo.

Lo creía de veras.

Pero creí mal.

Capítulo 5

Feliz. Muy feliz. Así me sentía, porque lo habíamos conseguido. Tras tantos años soñándolo, Gael y yo nos habíamos mudado a la ciudad para empezar la universidad.

Juntos. Siempre. Como nos prometimos.

A veces me parecía ridículo pensar que todo aquello había ocurrido porque nuestra tutora y nuestros padres habían decidido sentarnos juntos en 1.º de la ESO. Y, sin embargo, allí estábamos: Gael entrando en Derecho y yo, en Educación Infantil.

Las cosas estaban saliendo tal como debían salir.

O eso me repetía.

—Emma, ya has comprobado quince veces que no te has olvidado nada, ¡vamos! —me dijo Gael, apoyado en la puerta de mi habitación.

De mi habitación en la residencia del campus. No pude convencer a mis padres de mudarme a un piso con Gael y sus amigos. Su norma principal no solo seguía siendo la misma, sino que se había vuelto todavía más estricta: «No distraerse con nada ni nadie. Tu prioridad es aprobar, aprobar y aprobar». Por eso mismo pensaron que una residencia era el lugar ideal para que me centrara solo en la carrera.

En cambio, Gael había tenido suerte por partida doble: sus padres accedieron enseguida a que se instalara en un piso cerca del campus universitario y, además, con sus mejores amigos. Lucas y el resto de su grupo. Los del instituto, sí. De hecho, Lucas también había entrado en Derecho.

Intenté no acordarme de Helena. No imaginar cómo estaríamos mi antigua mejor amiga y yo en ese momento si no hubiésemos perdido el contacto después de que ella se mudara.

El caso es que, pese a las protestas de mi novio, volví a revisar el contenido de mi mochila. Libreta, estuche, portátil, cargador, botella de agua y ansiedad.

Sí, lo tenía todo.

—Dieciséis veces —lo corregí.

—Adorable —me contestó con una sonrisa.

—No, no lo es para nada. Solo estoy siendo precavida.

—Adorablemente.

Le lancé una mirada asesina y su sonrisa se transformó en una carcajada que me vibró en el pecho. Gael estaba insoportablemente tranquilo para ser nuestro primer día de universidad. Llevaba una sudadera azul (a juego con sus ojos), la mochila colgada de un hombro y esa despreocupación con la que parecía gritarle al universo: «¡Haz lo que te dé la gana! ¡Yo fluyo!».

Sentí ganas de zarandearlo solo para comprobar si debajo de tanta calma había una persona normal.

—¿En serio no estás nervioso? ¿Ni un poquito? —pregunté cerrando la puerta de mi habitación con llave.

Gael se encogió de hombros y, mientras nos dirigíamos a la salida de la residencia, me contestó:

—Tengo a Lucas en clase, ¿recuerdas? Y a la pandilla en el piso. Y, más importante, a ti aquí mismo. —Me envolvió la cintura con un brazo y me susurró al oído, haciéndome cosquillas—: Si me pierdo, estoy seguro de que me encontrarás.

—No creas —lo piqué, pero solo conseguí hacerlo reír una vez más —. Qué injusto, de verdad.

—¿El qué?

—Yo no tengo a nadie.

En medio de la calle, Gael se detuvo y me hizo girar hasta colocarme frente a él. Con la mano libre, me apartó un mechón de la cara. Fue tan delicado que consiguió relajar el ritmo de mi corazón.

—Me tienes a mí —dijo con tanta seguridad que me temblaron hasta las piernas.

—A dos facultades de distancia.

—A cinco minutos andando. Dos, si corro y pillo todos los semáforos en verde. Lo he comprobado.

—Por supuesto que lo has hecho. —Reí quedamente.

—Puedo ser un chico muy metódico.

—Si quisieras, pero nunca quieres.

—¿Para qué? Si ya me quieres tú.

—Eso es debatible —volví a picarlo, porque nuestros tira y afloja siempre han sido una de mis cosas favoritas.

Intenté apartarme, pero Gael me atrajo mucho más hacia él con un: «¡Te vas a enterar, listilla!». Me besó antes de que pudiera soltarle otra tontería y, si me hubiesen dado a elegir, me habría quedado en sus labios en vez de ir a clase.

Fue un beso largo y perfectamente nuestro.

—Luego te veo —murmuró, todavía contra mi boca.

Luego me guiñó un ojo antes de dar media vuelta en dirección a su facultad. Yo lo observé alejarse, respiré hondo y también me di media vuelta para dirigirme a la mía.

Caminos opuestos, pero unidos por el hilo del destino.

O eso deseaba.



El primer día de universidad no estuvo tan mal. No al principio. Mis nuevos compañeros sonreían mucho, quizá porque todos tenían ganas de empezar y, a la vez, todos estábamos igual de perdidos.

Ya en la primera clase, nos propusieron realizar varias dinámicas de grupo para conocernos. Una chica llamada Irene me preguntó si creía en el horóscopo, mientras que un chico muy alto insistió en que hiciésemos un grupo de WhatsApp que tituló como: «Pedagogía o muerte». Lucía, otra compañera, se sentó a mi lado todo el día y pensé que quizá podríamos llevarnos bien.

Todo parecía prometedor, pero a veces la universidad tiene una manera muy rápida de deshacer nuestras ilusiones.

Los grupos se formaron casi sin darme cuenta, ya fuera porque mis compañeros coincidían en planes improvisados después de clase o porque lo hacían sus horarios. Yo nunca terminaba de encajar. Y no porque les cayera mal, sino porque simplemente… no estaba. Siempre tenía prisa por irme con Gael, o por ponerme a estudiar en la biblioteca, o porque sentía el impulso de regresar a mi habitación y encerrarme allí un rato.

Así que, más pronto que tarde, me fui quedando al margen.

No sola del todo, pero sí lo bastante como para notarlo.

Dos semanas después, estaba más desanimada de lo que quería reconocer. No sé por qué se lo ocultaba a Gael. Quizá porque no quería empañar su experiencia universitaria, que estaba siendo todo lo contrario a la mía: divertida e intensa.

Recuerdo perfectamente la primera noche en que Gael se atrevió a colarse en mi residencia. Yo había terminado de estudiar en mi escritorio junto a la cama y me sorprendió muchísimo que alguien llamara a mi puerta.

No había hecho ningún ruido y…

Me quedé pillada cuando abrí la puerta y vi a Gael. Lo metí deprisa dentro del dormitorio para que ninguna compañera lo descubriera y se chivara a nuestra supervisora. Gael estuvo a punto de soltar una de sus carcajadas estruendosas. Por suerte, le tapé la boca a tiempo y su risa se desinfló contra mi palma, despertando todos mis nervios.

—No puedes estar aquí a estas horas —le chisté.

Por toda respuesta, él miró hacia abajo. Seguí la dirección de sus preciosos ojos azules y entonces descubrí lo que sostenía entre las manos: una maceta diminuta. En ella, había una flor roja. La reconocí enseguida y me hizo sentir como si nada hubiera cambiado. Como si siguiésemos siendo el Gael y la Emma que dejamos atrás en el pueblo.

—¿Y eso?

—Una flor.

—Gracias por la lección exprés de botánica, pero vas para abogado —bromeé.

—Es como la primera que te regalé, ¿recuerdas?

Que no me devolviera la pullita me llenó el corazón de un sentimiento muy cálido. Sin duda alguna, Gael había notado que yo no estaba del todo bien y se había arriesgado a colarse en mi residencia para animarme.

Para estar a mi lado.

—He pensado que podrías ponerla aquí. —Colocó la flor en el escritorio—. Para que nunca la olvides.

Nuestra promesa.

El beso que me dio después borró todas mis dudas de un plumazo. Al menos, por esa noche.



Las siguientes semanas fueron perfectas. Gael y yo nos las arreglamos para comer juntos casi todos los días. A veces en nuestras facultades y otras, en el parque del campus con pícnics improvisados. A veces solos y a veces con el pesado de Lucas.

—Emmaaaaaa —me llamó por enésima vez, tirado en el mantel de uno de nuestros pícnics improvisados—, necesito que me expliques una cosa.

—No.

—¡Ni siquiera sabes qué voy a preguntar!

—Porque estoy segura de que no tiene que ver con estudiar y sí con alguna de mis compañeras de clase.

—No, no, no. —Lucas se llevó una mano al pecho, fingiendo que lo había ofendido, para luego soltar—: Bueno, sí.

Suspiré dramáticamente.

—¿Cómo es posible que sigas aguantándolo? —le pregunté a Gael.

—Porque soy fascinante —contestó Lucas, el muy creído.

—Y porque llevo desde los cinco entrenando mi paciencia —bromeó Gael.

—Tío, qué romántico. —Lucas se lanzó sobre mi novio para darle un abrazo y los tres nos echamos a reír a carcajadas.

Además, Gael y yo también íbamos al cine o descubríamos cafeterías escondidas. En una ocasión, nos pasamos caminando más de una hora porque Gael juraba y perjuraba que existía un sitio con «los mejores bollitos de crema del mundo». ¿Crees que lo encontramos? Por supuesto que no, pero terminamos comprando unas hamburguesas y nos las comimos en un banco cualquiera mientras él defendía que, en realidad, ese había sido su plan desde el comienzo.

Lo besé para que dejara de hablar y porque lo quería muchísimo. Parecía que lo nuestro iba a funcionar, a pesar de los obstáculos. Parecía que habíamos ganado, pero…

—Hoy no puedo comer contigo —me dijo Gael en un audio—. Lucas ha organizado un plan secreto con los de clase. ¡Te quiero!

Yo le contesté que no pasaba absolutamente nada y que disfrutara mucho. Era lógico. Gael estaba haciendo amigos y construyendo una nueva vida. Estaba muy feliz con que lo estuviese logrando.

Al día siguiente, tampoco nos vimos, aunque la excusa fue diferente. De nuevo, no me importó. Ni tampoco cuando la cosa se repitió durante casi toda la semana, hasta que, por fin, pudimos vernos el viernes por la tarde.

Lo que no pude evitar que me doliera un poquito fue que sus audios se convirtieran en mensajes cortos y rápidos: «Estoy

liadísimo», «Perdona. Mañana te hablo», «Cena sin mí, se me ha complicado».

En serio, nada grave. Nada definitivo. Solo pequeñas ausencias que, sin embargo, se acumularon. Y, con ellas, regresó una duda que creía enterrada.

¿Qué tenía más allá de Gael?

La respuesta me daba tanto miedo que siempre la esquivaba.

Y mis días empezaron a asemejarse demasiado entre sí. Madrugaba. Bajaba a desayunar a la cafetería de la residencia entre caras conocidas que nunca terminaban de ser amigas. A veces me sentaba con una chica de Arquitectura que siempre parecía al borde del colapso.

—He dormido dos horas —se quejaba mientras repasaba unos planos llenos líneas y cálculos.

—¿Otra vez?

—Creo que mi edificio —señalaba el plano— me odia.

—Un dibujo no puede odiarte —bromeaba yo.

—Lo que demuestra que no estudias Arquitectura.

Después me iba a clase. Tomaba apuntes impecables. Participaba. Sonreía cuando tocaba. Luego comía sola. Pasaba horas y horas en la biblioteca, repasando el temario y haciendo trabajos. Algunos días salía antes de que cerraran y paseaba por la ciudad sin rumbo. Me gustaba entrar en papelerías y comprar materiales que no necesitaba.

Una tarde entré en una tienda de artículos de danza. No sé por qué. Bueno, en el fondo sí lo sabía. El olor a tela nueva y madera encerada me golpeó de lleno. Había zapatillas, maillots,

calentadores… También un tablón con un montón de carteles y folletos de clases de danza, audiciones y espectáculos.

Sentí un vértigo horrible. ¿Desde cuándo no bailaba? Y es que no solo había abandonado mi sueño de dedicarme profesionalmente a ello: ni siquiera me atrevía a bailar sola en mi habitación.

—¿Buscas algo? —me preguntó la dependienta.

—No, gracias.

Ya no volví a pasar por aquella calle.

Llegué especialmente agotada a la residencia. Y, cuando cerré la puerta de mi dormitorio, la corriente de aire movió algo en el suelo. Un papelito. Lo recogí con el ceño fruncido, porque solía ser bastante ordenada, pero reconocí la letra al instante: pequeña, algo inclinada, con las erres torcidas.

La letra de Gael.

Sonreí incluso antes de leer.

Emma:
Sigo pensando en ti cada día, aunque
últimamente sea un desastre
organizándome.
Mañana desayuno contigo.
Lo prometo.
Y, si hace sol, buscamos otra flor juntos.
Te quiero,
Gael

Sentí como si llevara semanas respirando mal y por fin pudiera hinchar los pulmones del todo. Nuestra relación estaba bien, claro que sí. Simplemente nos estaba costando más de lo previsto acostumbrarnos a aquel nuevo ritmo de vida.

Nuestro amor podía con eso. Con los horarios imposibles, con las facultades separadas, con los días largos, con los cambios, con todo.

Dejé la notita sobre el escritorio, junto a la flor que Gael me había regalado. Después me senté frente al portátil y suspiré. Todavía debía terminar un trabajo sobre teoría del aprendizaje. Abrí el documento y me concentré tanto en acabarlo, en creer que todo seguía intacto en mi vida, que no vi lo que tenía justo delante.

Aquella flor roja había empezado a marchitarse.

Capítulo 6

Hay épocas que recuerdo como una sucesión de momentos exactos: conversaciones, fiestas, risas… Aquellos dos primeros años de universidad no. Los recuerdo como una sensación.

La de correr sin parar y, aun así, no llegar a tiempo.

La de estar cansada y, al mismo tiempo, feliz.

La de mirar a Gael desde el extremo opuesto de una biblioteca abarrotada y sonreírle como si eso bastara.

Seguíamos queriéndonos, pero quizá… de un modo distinto. De una manera más adulta. Ya no necesitábamos pasar cada minuto del día al lado del otro para sentirnos cerca.

Nos habíamos adaptado a las circunstancias.

A veces me quedaba embobada observándolo y aún veía al chico de doce años que me había sonreído el primer día de instituto como si nadie nos hubiese tendido una trampa para que estudiásemos más y mejor. Aún encontraba al Gael que me había besado de madrugada en la piscina de su casa y al que me había prometido que siempre estaríamos juntos, pasara lo que pasara.

Todavía creía en ello, porque, cuando amas a alguien durante tanto tiempo, acabas confundiendo el amor con una especie de ley natural. Nada parecía poder romperla ni hacerla desaparecer.

Era mentira.

Al terminar segundo de carrera, regresamos al pueblo durante las vacaciones de verano. Todo continuaba en su sitio, como siempre: las calles, la plaza principal, el instituto, la escuela de danza…

Nunca me enorgullecía el rodeo que daba para que mi antigua profesora, que seguía impartiendo clases allí, no me viera y me preguntara qué tal me iba con la carrera. Si echaba de menos bailar.

De nuevo, me metí dentro de una burbuja en la que solo cabía junto a Gael y las cosas buenas que habíamos construido. ¿Sabes? Disfrutamos tantísimo de aquel verano que ahora me parece hasta cruel, porque mi vida entera se derrumbó la última tarde de agosto.

Acababa de comer con mi familia y estaba tranquilamente viendo una serie cuando Gael me envió un mensaje: «¿Puedes venir a mi casa? Tenemos que hablar».

Recuerdo haber sonreído al leerlo y pensar que quizá quería sorprenderme con algo. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que en las películas ese «tenemos que hablar» nunca precedía a nada bueno.

Fui a su casa dándole vueltas a qué podía ser. ¿Un viaje? ¿Algún plan espontáneo y chulísimo antes de empezar tercero de carrera?

En serio, no sospeché nada. Ni por un segundo. Cuando llegué a su casa, me abrió desde el portero automático y me dirigí directamente a la piscina. Allí estaba él: sentado en el bordillo, con los pies metidos en el agua, rodeado de aquellos setos y flores que tantas veces nos habían visto besándonos.

Solo entonces, mientras me acercaba a él, empecé a notar que algo fallaba. Gael estaba encorvado, con los codos apoyados en las rodillas y los ojos clavados en las pequeñas ondas que surcaban la superficie azul.

Me tensé.

—¿Gael?

Levantó la vista y, definitivamente, entendí que algo malo había pasado. No por lo que vi, sino por lo que faltaba. Su sonrisa. Esa luz brillante y despreocupada que siempre desprendía.

Parecía derrotado.

El miedo me atravesó como un rayo, pero, como Gael no me contestó, me armé de valor, me descalcé y me senté a su lado.

—¿Qué ocurre? —susurré.

Aunque esa vez sí me contestó, tardó demasiado en hacerlo. Y, cuando lo hizo, su voz me sonó extraña, como si no le perteneciera:

—Me voy a Madrid.

—¿Qué…?

—Mis padres quieren que termine Derecho allí.

Me costó unos cuantos segundos ordenar sus palabras dentro de mi cabeza. Y, sobre todo, dentro de mi corazón.

Madrid.

Derecho.

Irse.

—¿Cómo que te vas? —insistí.

—Dicen que tendré más oportunidades en la capital. Que haré buenos contactos y progresaré más rápido laboralmente cuando termine la carrera.

Parecía un discurso. Uno muy ensayado, hasta convencerse de ello. Yo era un experta en hacerlo, por eso lo noté junto con un escalofrío horrible bajándome por la espalda.

—¿Desde cuándo lo sabes, Gael?

Giró la cara hacia el otro lado, y ese gesto me destrozó incluso antes de escuchar su respuesta:

—Desde hace unas semanas.

—¿Semanas?

No pude decir nada más porque el aire se quedó atrapado en mi garganta. Gael tampoco parecía muy por la labor de explicarme cómo había podido ocultarme algo tan importante mientras disfrutábamos del verano. De hecho, apretó la mandíbula y terminé de entenderlo: no solo lo sabía, no solo lo había meditado.

Estaba decidido.

Iba a marcharse sin mí; daba igual lo que yo pensara, creyera o sintiera.

Me puse en pie de golpe.

—¿Y cuándo tenías planeado contármelo?

—Emma…

—¿Cuando estuvieras haciendo las maletas? ¿Después de irte? A lo mejor no tenías pensado contármelo…

—No sabía cómo hacerlo.

Se me escapó una carcajada muy rota. Decepcionada.

—Qué alivio.

—Emma… —repitió, levantándose poco a poco y sin mirarme del todo.

—No.

Retrocedí un paso y, aun así, lo descubrí de golpe: había muchísima más distancia entre nosotros. Un abismo enorme. Y lo peor era que no era nada nuevo. Gael llevaba lejos de mí mucho más tiempo del que parecía en ese momento.

Entonces, le solté con mi primera lágrima:

—Has roto nuestra promesa.

Y, con ella, Gael también nos había roto el corazón a los dos. Porque, aunque era yo la que más lloraba y la que menos entendía, él tenía la mirada perdida en ninguna parte y el cuerpo hundido, como si se hubiera vaciado de todo ese amor que ocho años atrás me había prometido que sería eterno.

Pero… era mentira.

Debía de ser una gran mentira, por mucho que Gael no dejara de encogerse hasta querer desaparecer, porque ni siquiera tuvo el valor de explicarme la auténtica razón por la que había decidido traicionar la historia que habíamos construido juntos.

Lo único que hizo durante media hora fue repetir excusas que no terminaban de tener sentido. No había forma de que encajaran dentro de todo lo que éramos y todo lo que deberíamos haber sido.

Y, al menos, me debía la valentía de decir en voz alta lo que, al parecer, sentía desde hacía tanto tiempo. Pero se quedó callado. Tal vez por la culpa, o porque pensaba que romper nuestra relación no iba a doler y se había tropezado con la verdadera realidad.

Triste y cruel.

—Así que esto es todo, ¿no? —dije, porque no aguantaba su silencio ni un segundo más.

—¿Estás cortando conmigo?

—¿¿¿Yo??? Gael, ¡eres tú el que se marcha y el que no admite que estás dejándome atrás! —estallé sin remedio—. ¡He sacrificado muchísimo por ti! ¿O ya lo has olvidado? ¿Cómo has podido hacernos esto?

—¡Yo no te pedí que sacrificaras nada por mí, Emma! ¡Todo lo contrario! —estalló Gael también. Y, por fin, me miró. Sus ojos

azules estaban llenos de lágrimas—. Es mi futuro.

—Se suponía que era *nuestro* futuro.

—No quiero hacerte daño.

—Haberlo pensado antes de ocultarme algo tan importante.

—Ya te he explicado por qué no he podido contártelo antes.

—¡No, Gael! «Tengo que irme», «La vida es así», «Te seguiré queriendo, pero…» no me aclara nada. Me prometiste que estaríamos juntos para siempre.

—¡Nada es para siempre!

—¿Ni siquiera nuestro amor?

—¡Ni siquiera tú y yo!

Nos gritamos como nunca lo habíamos hecho, hasta que dolió demasiado.

Soñaba con que estábamos predestinados, pero supongo que solo éramos eso: un sueño que terminó en pesadilla. Un primer amor que no sobrevivió al tiempo.

Cuando Gael se fue, lo hizo definitivamente. Me dejó plantada en medio de la piscina, en silencio total. No miró atrás. Ni siquiera titubeó.

Allí, sola y destrozada, entendí algo terrible: a veces el amor no se acaba de golpe, sino que se vacía despacio, entre decisiones que no se comparten y corazones que crecen en direcciones distintas.

Aquella fue la noche en que Gael rompió nuestra promesa y nuestra historia de amor llegó a su final. La noche en que el pasado dejó de ser un refugio para convertirse en herida. La noche en que dejé de ser la Emma que había vivido un «para siempre» para ser solo Emma.

Y es que no solo había perdido a Gael.

También me había perdido a mí misma.

Segunda parte

DESPUÉS DE NOSOTROS

Capítulo 7

Esta es mi historia de (des)amor con Gael.

Algunas rupturas son inesperadas. Nadie te avisa de en qué momento exacto tu corazón se partirá en mil pedazos. Tampoco emite un crujido limpio cuando lo hace, ni se oye un estruendo dramático como en las películas.

Solo hay silencio.

Un silencio molesto, pegajoso, que te invade sin permiso y lo envenena todo, hasta que te cuesta respirar. Eso es lo que me queda de Gael. Una especie de nada que, sin embargo, pesa toneladas de dolor. Ya ni siquiera puedo aferrarme a nuestros recuerdos más bonitos, porque no puedo evitar sentir que todos son falsos.

Me echo a llorar en la cama por enésima vez. Apenas he salido de ella, aunque debo empezar a hacerme a la idea de retomar mi vida, porque pasado mañana empiezo tercero de carrera en una facultad que ya no estará a cinco minutos andando (o dos corriendo si todos los semáforos están en verde) de la facultad de Gael.

Porque Gael se ha marchado a Madrid.

No sé si se ha ido ya. Desde la ruptura, no hemos vuelto a hablar, y eso que me he sentido tentada a cada segundo de enviarle un mensaje. Y diez. Y cientos. Quizá, si me arriesgara, me contestaría con que todo ha sido una broma horrible, que se disculpa, que no

hablaba en serio, que Madrid puede esperar y que seguimos siendo nosotros dos.

Pero yo no le hablo y el silencio se expande.

Tengo la sensación absurda de que, si sigo desahogándome de esta manera, me vaciaré por completo y, entonces sí, ya no quedará nada de mí. Y quizá eso sea cierto, porque ¿qué queda realmente?

¿Quién soy yo sin Gael?

La pregunta me dispara como un dardo y se clava en el centro de mis pensamientos. «¿Quién soy?». «¿Quién soy?». «¿Quién soy?». «¿Quién soy?». Me la repito tanto, hasta que amanece, que termina sonando hueca, como si estuviese pronunciándola en otro idioma. Como una verdad que debería asimilar y ni siquiera comprendo.

Durante ocho años, todo lo que he sido… ha sido con él. Mis rutinas. Mis planes. Mis decisiones. Mi futuro. Incluso mis amistades han girado siempre a su alrededor. Gael estaba en cada rincón de mi vida, incrustado en ella, y ahora ya no está. Y, donde debería haber algo sólido, algo muy mío, solo hay huecos.

Me siento incompleta.

De repente, me llega un mensaje. Cuando leo el nombre de Gael, el corazón se me acelera. Pulso enseguida sobre la notificación y entro en nuestro chat para… encontrarme un solo mensaje: «Deberíamos mantener la distancia durante un tiempo, ¿vale? Un abrazo, Emma».

Es decir, contacto cero.

Por primera vez en todos estos días, lo que siento no es tristeza, sino rabia. Porque ni siquiera ha sido capaz de decirme un último «te quiero». Porque ha destrozado ocho años de relación como si no fuesen (casi) la mitad de nuestra vida.

Así que borro la conversación (que tarda varios minutos en eliminarse por entero, porque hay miles de mensajes acumulados) y lo bloqueo. También lo hago en redes. Guardo nuestras fotos en una carpeta oculta que, lo sé, nunca me atreveré a abrir de nuevo.

Me levanto de la cama en un impulso, hecha un mar de lágrimas y furia.

Me lanzo contra la pared, donde colgué algunas de nuestras fotos juntos, y las arranco para luego romperlas y tirarlas. No es lo único: todo lo que me recuerda a Gael en mi habitación termina en el fondo de la papelera. Las notitas que él metía entre mis apuntes y que yo guardé en el cajón de mi escritorio. Aquella recuperación de Historia que lo ayudé a aprobar y que él me regaló como si fuese un trofeo. Incluso la rosa con la que me pidió salir frente a la escuela de danza.

Y, aun así, cuando he arrasado con cada recuerdo, todavía pienso en Gael. En desbloquearlo y escribirle, o llamarlo, para confesarle que estoy rota y no sé qué hacer conmigo misma, porque él era mi refugio y ahora ya no existe para mí.

Mi madre me llama para desayunar. Me limpio las lágrimas y trago saliva porque la garganta me arde de tanto llorar. Arrastro los pies fuera del dormitorio, como si mi cuerpo ya no pudiese sostenerse por sí mismo.

Cuando llego a la cocina, mis padres me observan con pena. Tuve que contarles por encima lo que había ocurrido con Gael porque, cuando regresé a casa después de que él me dejara plantada en la piscina, me fue imposible disimular que mi mundo había saltado por los aires.

—Son cosas que pasan, cariño —dice mi madre mientras remueve su café.

Asiento, aunque no me consuela. No se pueden resumir ocho años de relación con un «son cosas que pasan». No esperaba que mis padres me entendieran, de todas maneras. Nunca han llegado a hacerlo del todo. Si no, jamás habría abandonado la danza contemporánea.

Aun así, mi padre me aprieta el hombro y añade con afecto:

—Eres fuerte, Emma.

Me esfuerzo por sonreír para que no se preocupen más y engullo el desayuno sin apetito. En cuanto termino, friego los cacharros y regreso a mi habitación para encerrarme ahí otra vez.

Me siento tan sola que hasta me da vergüenza, porque tengo veinte años y no sé estar conmigo misma. Es tan ridículo, tan infantil, que vuelvo a enfadarme. ¿Cómo he permitido que ocurra esto? ¿Cómo he construido una vida entera en torno a la de mi (ex)novio, hasta el punto de no reconocerme sin él?

La respuesta es fácil y dolorosa: porque creía que lo nuestro era para siempre. Porque nunca pensé que hiciera falta prepararme para sobrevivir sin Gael.



Durante las primeras semanas de tercero de carrera, todo parece ligeramente descolocado. Como si alguien hubiera movido unos centímetros cada objeto del mundo y yo fuera la única capaz de notarlo.

Todo está igual y, a la vez, extraño.

La facultad sigue en el mismo sitio, pero Gael ya no volverá a esperarme en la entrada al terminar las clases. El parque del campus

sigue tan verde como siempre, pero Gael y yo ya no improvisaremos ningún pícnic en él. Lo mismo con la biblioteca, y mi residencia, y su piso…

Todo lo que era nuestro permanece. Menos nosotros.



Un jueves por la tarde, mientras intento concentrarme en atender a la profesora de Metodología, me doy cuenta de que no sé cómo empezar de nuevo. No tengo ni idea. Mi vida ha perdido el ritmo porque ya no lo marca la vida de Gael.

—Emma —me dice Lucía en un susurro, esa compañera que, al empezar la universidad, se sentó a mi lado durante la iniciación. Siempre he creído que nos habríamos llevado bien… si yo le hubiese dado un oportunidad—. ¿Tienes planes para esta noche?

La propuesta me sorprende. No es la primera vez que me la hace. Mis compañeras de clase son muy simpáticas y alguna que otra vez han intentado incluirme en sus planes, pero yo siempre priorizaba mi tiempo junto a Gael. Sin excepciones.

—¿Pasa algo? —me pregunta al ver que no le respondo—. No me digas que tengo chocolate en la cara…

—Chisss —nos chista alguien desde la fila de delante.

—En serio, ¿tengo algo en la cara? —me insiste Lucía—. Me he zampado media tableta de chocolate de postre al mediodía y…

—No, no. —Reacciono por fin—. Tu pregunta me ha sorprendido. Nada más.

—Nos apetecería mucho que te unieras a alguna cena de clase, Emma. —Sonríe de forma amistosa, ligera, como si no me hubiesen

juzgado ni una sola vez durante todos estos años aislándome. Y eso me tranquiliza.

Vuelvo a sorprenderme, y a Lucía se le escapa media carcajada que, en esta ocasión, sí llama la atención de la profesora. Por suerte, la clase se termina justo en ese instante. ¡Salvadas por la campana!

—Bueno, ¿qué? ¿Te animas? Vaaaaaa, ¡di que sí! Nos lo vamos a pasar increíble.

Ni siquiera llego a dudar. Algo en mi interior me empuja a contestar:

—Vale.

—¿En serio?

—En serio.

—¡Toma! Te juro que pensaba que ibas a inventarte algún virus tropical para escaquearte otra vez. ¡Me alegra que no haya sido así!

Nos intercambiamos los números de teléfono y, al minuto, recibo la ubicación del italiano donde voy a cenar por primera vez con mis compañeros de clase. También es la primera vez en semanas que el corazón me late con otra emoción que no sea dolor.

Ilusión.



Mi dormitorio se ha convertido en un caos de ropa, complementos y maquillaje. ¿Sinceramente? No tengo claro a qué clase de cena (¿o fiesta?) voy a asistir, así que tampoco soy capaz de intuir el *dress code.*

Se me ocurre husmear en los perfiles de Instagram de mis compañeras. No es que vaya a copiarles el estilo, solo voy a

inspirarme. Desde Helena que no he vuelto a tener una amiga cercana, y la sola posibilidad me pone nerviosa. Para bien (por si lo consigo) y para mal (porque creo que se me ha olvidado cómo relacionarme con otras personas).

Al final, decido ponerme unos vaqueros negros, una blusa de cuello de barca y dejarme el pelo suelto. Me estudio en el espejo y no me reconozco del todo, pero tampoco me disgusto. Ojalá verme bien por fuera pudiera arreglar lo horrible que me siento por dentro.

Sacudo la cabeza. No es momento de centrarse en lo malo.

Salgo de la residencia y llego muy rápido al italiano, porque está bastante cerca del campus. Es un restaurante pequeño, de modo que, en cuanto entro, me topo con una mesa gigante donde la mitad de mi clase ya está sentada.

—¡Emma! —me llama Lucía desde una esquina—. ¡Aquí!

Por el camino, voy saludando al resto de mis compañeros y me siento al lado de Lucía, que me ha guardado un sitio.

—Mira, esta es Irene —me presenta a otra chica, y la reconozco enseguida porque fue la compañera que, durante el primer día de universidad, me preguntó si creía en el horóscopo—. Sabía que vendrías, Emma.

—Mentirosa —bromeo.

—Vale, pero ¡tenía todas mis esperanzas puestas en que sí! ¡Prometido!

Me río y ambas me presentan al resto de su grupito. Lo cierto es que tardo poquísimo en engancharme a la conversación caótica que mantienen.

—Te juro que es verdad —insiste otra de mis compañeras, que acaba de contar un chisme sobre un profesor.

—Eso es superilegal, ¿no? —digo.

—Si no se entera nadie, no. —Lucía encoge un hombro como si lo pensara seriamente y nos volvemos a reír a carcajadas.

Es fuerte, pero consigo relajarme. Dejar de pensar en lo que no tengo que pensar y, simplemente, pasármelo bien. Incluso cuento alguna anécdota divertida de mi pasado en la que, por supuesto, no menciono a Gael. Es difícil no sacarlo a relucir, porque está en cada uno de mis recuerdos.

Después de la cena, entramos en una discoteca donde las luces parpadean sin parar y la música está altísima. Mientras algunas del grupo van a por bebidas en la barra, Lucía me sujeta por las muñecas y tira de mí hacia el centro de la pista. Ella menea las caderas, pero mis pies se quedan clavados en el suelo pegajoso.

—Estás en Educación Infantil, tía —ríe Lucía—, no en un club de estatuas vivientes. ¡Baila!

Voy a protestar, a explicarle que yo *ya* no bailo, pero entonces cambia la canción. Y algo ocurre. Sucede en apenas un segundo. Un chispazo diminuto. Las primeras notas me vibran bajo la piel con un cosquilleo eléctrico y mi cuerpo reacciona antes de que mi cabeza pueda siquiera pensarlo.

Mis pies marcan el compás, mis hombros los acompañan y mis brazos se alzan solos, fluidos, como si hubiesen recordado de pronto que son capaces de moverse de esa manera.

Estoy bailando.

No meneándome sin más para seguir una coreografía tonta entre desconocidos. No. Estoy bailando con ganas, a sabiendas de lo que estoy haciendo. Mis músculos se despiertan uno a uno y siento esa conexión poderosa entre la música y yo.

De hecho, Lucía se queda boquiabierta justo antes de decir:

—¡Tíaaaaaa! ¡Bailas superbién!

Giro sobre mí misma casi por instinto, dejo que el ritmo me atreviese y, durante lo que queda de canción, todo desaparece.

Gael.

La ruptura.

La culpa.

La versión rota e incompleta de mí misma.

Todo.

Me siento invencible. Como aquella adolescente que se subía a un escenario sin importarle que el mundo entero se viniese abajo siempre y cuando ella pudiera seguir bailando.

Cuando la canción termina y las demás llegan con las bebidas, no paro de bailar. El corazón me golpea fuerte contra las costillas. No de tristeza, sino de euforia y reconocimiento. Acabo de reencontrarme con una pasión que llevaba demasiado tiempo enterrada en el fondo de mi corazón y ahora no puedo alejarme de ella.

La danza sigue dentro de mí.

No había desaparecido, solo… estaba esperando a que regresara a por ella.

Durante el resto de la noche, lo doy todo. Y, aunque me lo paso genial con mis compañeras de clase, noto que no termino de encajar. No porque ellas no sean simpáticas, porque lo son. ¡Muchísimo! Es solo que… lo noto. Llego tarde para convertirlas en mis mejores amigas. Su grupo está formado desde primero de carrera.

Lo entiendo del todo al final de la noche, cuando nos despedimos con cariño, pero yo soy la única que se vuelve sola a la residencia.

—Tenemos que repetir, ¿eh? —me advierte Lucía, subida a caballito sobre Irene.

—¡Claro!

Lo digo en serio. Sé que lo repetiremos y que, a partir de ahora, podré juntarme con ellas en la universidad. Pero nuestra relación no llegará a más. Y la verdad es que tampoco me duele, todo lo contrario: he salido de fiesta con mi clase por primera vez en la vida y lo he disfrutado un montonazo.

—¡Buenas noches, chicas!

—¡Buenas noches, Emma!

Al cabo de pocos minutos, estoy de vuelta en la residencia. Entro en mi habitación sin encender la luz y me acuesto en la cama con un suspiro. La felicidad todavía me late en el pecho, pero me hace pensar en todo lo que he dejado pasar.

Mi amistad con Helena.

La danza contemporánea.

El Conservatorio de Danza en Madrid.

Las decisiones que no tomé por pensar siempre en plural.

Las relaciones que no he construido en la universidad.

A mí misma.

Y, de repente, lo veo claro. Si esta noche he conseguido bailar como si nunca hubiese dejado de hacerlo, significa que todo lo demás también continúa ahí fuera. A la espera. Mi vida no se ha acabado. Todavía puedo alcanzarla. Nadie va a decidir por mí ni a completarme, eso me ha quedado claro, así que… tengo dos opciones.

O me recupero a mí misma.

O me pierdo para siempre.

Capítulo 8

El dolor no desaparece de repente y solo por simple fuerza de voluntad. Eso sería demasiado fácil, puro y amable para lo que suele ser la vida. ¡Qué va! El dolor de verdad se instala contigo como un compañero pesadísimo al que no has invitado, pero que está dispuesto a ocupar todo el espacio durante mucho tiempo.

¿Y lo peor? Persiste. Por eso aprendes a moverte con él. A respirar alrededor de su presencia. A dejar que esté sin permitirle que te devore del todo. Eso es lo que hago durante las siguientes semanas: no estoy bien, pero empiezo a estar menos rota. O quizá solo estoy consiguiendo sostener mejor mis propios pedazos.

De todas maneras, me concentro en las clases y en presentar los trabajos a tiempo. En las pequeñas rutinas que me empujan a seguir avanzando, aunque todavía haya días en los que me sienta atrapada en aquella última discusión junto a la piscina.

En los ratos muertos, quedo con mis compañeras para tomar un café, compartir apuntes y cotillear sobre nuestros compañeros y profesores. De todas ellas, Lucía e Irene son con quienes mejor me llevo. La primera tiene una energía caótica, capaz de arrastrar a cualquiera a su órbita. En cambio, la segunda es más tranquila, aunque a veces habla con una ironía inesperada que siempre me hace reír.

—¿Habéis empezado ya el trabajo de Didáctica? —les pregunto entrando en el aula.

Lucía pone cara de absoluta ofensa y me dice:

—Emma, son las nueve de la mañana.

—Y llevamos despiertas desde las siete —comenta Irene antes de apurar su café.

—Una decisión profundamente errónea por nuestra parte, amiga.

—El placer de la productividad. —El sarcasmo de Irene, como he dicho, nos hace reír al grupo entero bien a gusto.

Verlas a todas tan unidas siempre provoca que me acuerde de Helena. De la facilidad con la que encajábamos. De todo lo que perdimos por no saber lidiar con la distancia.

Ese pensamiento me ronda durante días. Cada vez con más y más insistencia. Hasta que una tarde, sentada en la biblioteca frente al portátil y habiendo leído la misma frase unas diez veces en un minuto, tomo una decisión: abro WhatsApp y busco el chat de Helena.

Es triste, pero tampoco debo bajar mucho en las conversaciones para encontrarlo. Me tiemblan los dedos cuando escribo: «¡Hola, Helena! Tal vez este mensaje te pille un poco de sorpresa, pero hoy he vuelto a acordarme de ti y me encantaría saber cómo te va todo».

Lo releo tres veces y estoy a punto de borrarlo. ¿Y si no me contesta? Pero se lo envío y luego me guardo el móvil en el bolsillo a toda prisa, como si se fuera a autodestruir por haberme atrevido a tanto.

Intento concentrarme de nuevo en el temario. No puedo. Mi cabeza no para de repasar una y otra vez el mensaje…

Brrrrrrrrrrr.

Es mi móvil, vibrándome en el bolsillo. Lo saco enseguida y ni lo medito cuando miro la pantalla con el corazón a mil. Helena me ha contestado. ¡Así de rápido! «¡Emma! ¡Qué alegría leerte! Yo estoy genial. ¿Y tú?», es su mensaje. Puedo escuchar perfectamente su voz en mi cabeza, sin importar el tiempo que haya pasado.

Intercambiamos varios mensajes algo torpes que incluso suenan formales, como si estuviésemos en una entrevista de trabajo. Hasta que, de pronto, Helena me dice: «¿Hacemos una videollamada?».

La propuesta deshace el nudo de mi garganta y sonrío de oreja a oreja. Recojo todos mis trastos y salgo de la biblioteca a zancadas mientras le contesto que sí, ¡que adelante! Helena no tarda ni cinco segundos en llamarme.

—¡Emma! —Su sonrisa también le ocupa toda la cara… y la pantalla—. ¡Te veo fantástica!

—¿Sí? —Me sorprendo, porque todavía no consigo dormir del tirón, ni mucho menos usar adecuadamente el corrector para taparme bien las ojeras—. ¡Tú sí que estás increíble!

Al principio se nos hace un poco raro, aunque creo que es por la falta de costumbre. Y es que Helena sigue siendo Helena. Con sus ojos oscuros despiertos y su pelo tan rizado como alborotado. A ver, está más mayor y se ha hecho un *piercing* en la nariz, pero sigue igual de alegre y parlanchina.

—Al final convenciste a tus padres para que te dejaran ponerte un *piercing*, ¿eh?

—Ya llevo cinco, y ellos solo conocen la existencia de uno —contesta, dándose con el índice en la punta de la nariz.

Saltamos de un tema a otro con ganas y sin seguir ningún orden coherente. Ni siquiera abordamos la razón por la que dejamos de hablar: ambas entendemos que la distancia pudo separarnos físicamente, pero que no logró romper nuestra conexión.

Del mismo modo que nos alejamos, nos volvemos a encontrar, como si solo hubiesen pasado unos días y no años.

Helena me cuenta que sacó matrícula de honor en Bachillerato y que ahora está estudiando Psicología en la Universidad de Sevilla. Que le encanta y que el próximo curso se va de Erasmus a Ámsterdam.

—Estoy asustadísima, ¿sabes? —admite—. Sacarme cuarto en el extranjero no va a ser sencillo.

—Pero seguro que también estás que te mueres por estudiar en el extranjero.

—¡Obvio!

Me alegro tanto de que le vaya tan bien. De que esté construyendo la vida que siempre se ha merecido. Por mi parte, le hablo acerca del instituto y la universidad. No menciono a Gael ni la danza contemporánea, deseando que Helena se haya olvidado de lo importantes que eran para mí. O, al menos, esperando haber conseguido que no sé de cuenta de que los omito cada dos por tres.

Sin embargo, su ceño va frunciéndose por momentos a medida que se lo cuento todo y, cuando me callo, soy consciente de que no la he convencido.

—Emma, ¿qué ha pasado? —me pregunta con delicadeza, pero muy seria.

Y me derrumbo.

Así de simple, aunque no lo sea en absoluto. Quizá porque Helena me conoce desde hace más años de los que hemos estado separadas. Porque ella sí conoció a la Emma que bailaba y a la Emma antes de Gael. Porque esta es la primera vez que siento que podría desahogarme con alguien que sí me entiende.

No puedo evitar llorar, e intento disculparme, pero Helena me interrumpe antes:

—No te disculpes, porfa. Y háblame de todo lo que necesites. Estoy aquí para ti.

Lo hago. No me dejo ni un detalle por confesar. La promesa entre Gael y yo. Los años luchando por nuestra relación. La esperanza de seguir juntos. La inesperada ruptura. Madrid. También mi abandono total de la danza contemporánea y el miedo profundo a haberme equivocado en cada decisión relevante de mi vida, y la sensación de no saber quién soy.

De que no haya vuelta atrás y me quede así para siempre.

Las palabras me salen atropelladas, desordenadas, empapadas en lágrimas. Helena no me interrumpe, al contrario: me escucha con paciencia y, cuando termino, guarda silencio unos segundos. Más por mí que por ella, estoy segura.

Y entonces me dice:

—Vale. Lo primero de todo, y aunque no te lo creas: vas a estar bien.

Me seco las mejillas y me río un poco al contestarle:

—Eso lo dices porque estudias Psicología y queda de lo más profesional.

—Pues justamente por eso deberías tomarme muy en serio. Pero, sobre todo, porque te conozco. Siempre has sido mucho más fuerte

de lo que crees, Emma.

—No sé si voy a superarlo…

—¡Ya te digo yo que sí! Y no solo porque confío en ti, sino porque, entre Gael y tú, no eres tú quien ha salido perdiendo. Tremendo idiota…

—¡Helena!

—Perdón, perdón. —Aunque añade en un murmullo—: Pero lo es.

—Lo echo de menos.

—Es lógico. —Suspira, a pesar de todo—. Erais los mejores amigos…

—No. Tú eras mi mejor amiga, Helena.

—Bueeeeeeno, tienes toda la razón. Pero Gael también se convirtió en alguien muy especial para ti, al margen del amor, ¿o no? —Asiento—. No solo has roto con tu novio, también con un amigo, y eso es superduro.

—¿Y qué puedo hacer? Aparte de un maratón de las películas más románticas de todos los tiempos con un kilo de helado… cada noche —bromeo (aunque no tanto).

—Escribe un diario.

La propuesta me pilla desprevenida.

—¿Un diario?

—Ya. Ya sé que suena un pelín trillado, pero no me refiero a un diario corriente.

—¿Y funciona?

—¡Muchísimo! Mira. —Se aparta un poco de la pantalla y rebusca algo en su bolso. Al poco, saca una libreta azul—. Yo tengo uno desde que empecé la carrera.

—¿Escribes tus secretos ahí? —La miro, escéptica.

—A veces. Otras solo escribo cosas como: «Hoy he comido macarrones con tomate y estaban espectaculares».

—¿Qué? —Se me escapa media carcajada—. Suena muy… *random.*

—La cuestión es sacar lo que tienes dentro. Volcarlo en el papel para que te pese un poquito menos en el corazón y para ver los problemas desde una perspectiva más externa. Te aseguro que ayuda mogollón a tomártelo todo de una manera más relativa y, sobre todo, a sanar.

Ahora mismo la tarea me suena complicadísima, pero acepto el consejo de Helena:

—Lo intentaré.

—¡Así me gusta!

Cuando nos despedimos, prometemos mantener el contacto. No volveremos a ser aquellas niñas inseparables, lo sé. Las versiones que fuimos ya no existen, pero nos hemos reencontrado en el camino. Y, aunque sea de una forma nueva, me alegra tanto que no pienso perderla de nuevo.

Al principio, la relación con mi diario es un auténtico desastre. Me compré una libreta preciosa en una de mis papelerías favoritas de la ciudad, pero hasta ahí. ¿Por qué? Pues porque volcar todo mi interior en él se me da fatal.

Por mucho que me empeñe, nunca me sale nada. Absolutamente nada. Ni siquiera escribir el menú de la cafetería de la residencia. Y eso que, como he dicho, lo he intentado varias veces. Por desgracia,

mis pensamientos y emociones siguen hechos un lío y no tengo ni idea de qué hilo tirar para empezar a desenredarlos.

Aun así, no quiero despreciar el consejo de Helena, así que aprovecho el finde que viajo al pueblo para sentarme frente a mi diario una vez más. Lo abro sobre la cama y me quedo mirando la primera página en blanco. Respiro hondo. Estoy en mi habitación de siempre, con las mismas paredes, la misma ventana y la misma lamparita que tantas noches me alumbró mientras terminaba los deberes del instituto a última hora.

Todo parece detenido en el tiempo y, tal vez por eso, por fin sale: «No sé qué hacer sin ti». En otro impulso, añado: «Me apetece bailar». Y después: «Echo de menos la versión de mí que nunca llegué a ser».

Releo las frases y sigo escribiendo. Sin pensar demasiado, como me recomendó Helena. Y, cuando me quiero dar cuenta, he llenado tres páginas. Están repletas de tachones, círculos y flechas. No son bonitas ni brillantes, pero son mías.

Y, a partir de entonces, es como tirar una puerta abajo: empiezo a escribir en todas partes. En la residencia, durante las clases, en medio de los almuerzos y antes de dormir. A veces son pensamientos sueltos de una línea. A veces son emociones que necesitan párrafos y párrafos.

Hoy he entendido algo horrible y liberador: durante años, creí que querer a alguien significaba entregarlo todo de ti. Como si vaciarme en la otra persona fuera necesario para

demostrar mi amor. Pero querer así no es amar.

Es desaparecer.

Aún no sé si estoy aprendiendo a encontrarme o a descubrirme. Quizá ambas cosas están más entrelazadas de lo que creo...

Helena tenía razón. El diario funciona. No elimina el dolor, pero lo aligera. Me obliga a ponerme cara a cara con mi realidad sin filtros. A enfrentarla y superarla. Y, al hacerlo, lo malo deja de parecer infinito.

Aparte de escribir un montón, he retomado mis paseos solitarios por la ciudad. Al salir de clase, echo a andar sin rumbo. A veces, pienso que ya lo conozco todo y, de repente, me topo con algo nuevo: una cafetería mona, una librería pequeña…

Estoy en medio de uno de esos pasos cuando, ¡pum!, me encuentro de frente con ella. La Academia de Artes. La conozco, obvio. Es la más importante de la ciudad. De hecho, me he pasado todos estos años evitando activamente pasar frente a ella.

Hoy estaba distraída. O tal vez no es casualidad que haya llegado hasta aquí sin pensarlo, lo que hace que el corazón me dé un vuelco. Observo la fachada de piedra antigua. Tiene un aspecto inspirador y romántico, pero mi mirada se desvía enseguida hacia un cartel colgado en sus puertas de cristal:



Bum-bum, bum-bum. Mis latidos se multiplican por mil, pero no solo eso. Esa emoción que llegué a sentir cuando bailé en la discoteca con mis compañeras de la universidad despierta de nuevo.

Es una señal.

Debe serlo.

No lo medito ni siquiera un segundo; solo persigo el deseo de mi corazón: subo las escaleras que conducen a la entrada de la academia, cruzo las puertas acristaladas y, en recepción, pido el formulario de inscripción para la audición.

Lo relleno y lo entrego sintiendo la adrenalina recorrerme como un impulso eléctrico. Vivo, muy vivo. Sonrío cuando salgo de la

academia y me invade la sensación de que esta no será la última vez que cruce sus puertas.

No se lo cuento a mis padres. En parte, porque tengo miedo de que crean que vuelvo a las andadas de soñar con convertirme en bailarina profesional y eso me haga descuidar la carrera. Ya lo haré en otro momento… Eso no es lo que importa ahora mismo.

Lo que importa ahora mismo es que al fin estoy haciendo algo sin pensar en cómo afectará a los demás. Solo he pensado en mí, y me invade ese sentimiento reconfortante de estar recuperando un pedazo de mi ser que nunca debí abandonar.

Capítulo 9

Desde que me apunté a la audición de danza contemporánea, siento que existo a contrarreloj. Solo faltan doce días para presentarme, clavar una coreografía que deje a un tribunal de bailarines expertos con la boca abierta y saber si he conseguido una plaza en la Academia de Danza. Me he informado sobre ella: los alumnos que entran tienen un nivel altísimo, por eso hacen pruebas de acceso.

No lo consigue cualquiera.

Así que, sí, eso es lo que me queda: doce días para demostrarme que todavía soy capaz. Doce días para descubrir si la danza todavía es mi pasión o solo un sueño bonito que de pequeña idealicé demasiado.

Me paso todo mi tiempo libre ensayando, antes y después de clases. Las primeras veces que intento encadenar más de cinco movimientos seguidos son un desastre. Mi cuerpo recuerda más de lo que esperaba (como ya descubrí en esa discoteca), pero también protesta. Los músculos me arden, me agoto al momento y parece que apenas conservo una pizca de sentido del equilibrio.

Durante la tercera noche practicando en la sala común de la residencia, acabo tumbada en el suelo, escuchando la canción que he escogido repetirse en bucle, jadeando y mirando el techo. Estoy

intentando montar una coreografía original y, de momento, el resultado está siendo…

—Humillante —suspiro.

Lo bueno es que, a estas horas, la sala está completamente vacía, de modo que nadie puede darme la razón. Y menos mal. Es probable que me hubiera echado a llorar. Pero mi falta de práctica y experiencia no hacen que me derrumbe. Al día siguiente, vuelvo a intentarlo. Y al siguiente. Y al siguiente.

Al sexto día, considero que por fin he montado una coreografía bastante chula. Tiene movimientos fluidos, saltos, caídas controladas, una pirueta final bastante arriesgada que no siempre me sale perfecta y, sobre todo, expresividad. Sin artificios, pero con toda la intención de que transmita una sensación exacta: la de reconstruirse a una misma.

Pensaba que, dado que me estaba costando sacarla adelante, no podría deshacerme de ese pequeño miedo a fracasar. Otra vez. Pero lo único que me produce bailar y luchar por lo que quiero es orgullo.

Un orgullo infinito.

Y es que practicar vuelve a cambiar mis días. Ya no camino arrastrando los pies y con la cabeza gacha. Ya no regreso a la residencia con esa sensación gris pegada a la espalda. Hay algo latiendo dentro de mí, junto a mi corazón. Algo que me impulsa incluso cuando no estoy bailando.

Lo noto en cómo sonrío al salir de la facultad. En cómo me sorprendo tarareando canciones en medio de la biblioteca. En cómo mi cuerpo desea a todas horas moverse y fluir a través del espacio.

Y lo compruebo: no idealicé la danza, realmente es mi pasión.

El día de la audición llega demasiado rápido. Me despierto antes de que suene la alarma con un nudo en el estómago. Me acerco al calendario donde he ido tachando un día tras otro hasta alcanzar este sábado, rodeado con un círculo rojo.

A pesar de los nervios, me preparo un desayuno que me dé la suficiente energía e intento arreglarme lo mejor que puedo con lo que tengo.

Hacía tanto tiempo que no bailaba que toda mi ropa deportiva me viene un pelín pequeña o está muy desgastada. Me recojo el pelo en una trenza larga de raíz, me preparo una mochila con lo imprescindible y salgo de la residencia repitiéndome que voy a lograrlo.

Voy a lograrlo.

Voy a lograrlo.

¡Voy a lograrlo!

En la Academia de Artes se respiran nervios. Muchos más de los que me corretean por todo el cuerpo. Me acerco al mostrador de la recepción y le digo a la recepcionista:

—Hola. Soy Emma Sanz. Vengo a la audición de danza contemporánea.

—¿Has traído la canción en un USB, como pedíamos?

—Sí.

La entrego el USB y la recepcionista me sonríe. Luego busca mi nombre en un listado. Cuando me encuentra, comprueba mi número de inscripción y rebusca en una carpeta hasta encontrarlo impreso en una pegatina.

—Póntela en un lugar visible, ¿de acuerdo? —Me la da. Soy el número 58. Madre mía, ¿tantos somos?—. Las pruebas van a realizarse en esta planta. Entra por ese pasillo de ahí —me señala una puerta de madera al fondo— y sigue a la gente.

—Perfecto.

—¡Buena suerte!

—¡Gracias!

Porque la voy a necesitar. Y es que, cuando atravieso la puerta del fondo…, me topo con decenas de bailarines concentrados, calentando, escuchando música, repasando secuencias mentalmente, hablando entre ellos en susurros, moviendo los brazos y las piernas con esa elegancia automática de quien lleva toda una vida haciendo esto.

Es instantáneo: me siento diminuta y ridícula, fuera de lugar. ¿Qué hago aquí? Claramente, llego tarde a esto de la danza. Y encima estoy oxidada.

Me detengo en mitad del pasillo y respiro hondo. No puedo dar marcha atrás ahora. Y, de repente, recuerdo algo que escribí en el diario: «A veces pertenecer a un lugar consiste justamente en atreverse a entrar cuando todavía no sabes si querrás quedarte».

Eso es. Tengo que lanzarme al vacío con la esperanza de que habrá una red al fondo. De que la caída no me asustará porque es justo lo que busco: la adrenalina de la caída. Asiento con decisión y avanzo por el pasillo hasta encontrar un hueco libre cerca de la

puerta en la que hay colgado un papel que dice: «Audiciones de danza contemporánea». Me pongo la pegatina con mi número en la parte alta del brazo y empiezo a estirar los músculos.

Después, repaso algunos movimientos de mi coreografía una y otra vez, sobre todo la pirueta final. Esa dichosa pirueta que me sale bien dos de cada tres veces. Lo intento una vez: perfecta. A la segunda: torpe. A la tercera: pierdo el equilibrio.

—No te creo —susurro, sintiendo que la ansiedad empieza a treparme desde el estómago.

¿Qué hago? ¿Y si fallo durante la prueba? Puedo intentar arriesgarme y, si noto que no me va a salir frente al tribunal de jueces, improvisar otro paso, aunque no sea un cierre tan espectacular.

—Te estás echando demasiado hacia atrás.

Alzo la vista. Una chica morena, alta y de ojos grises me observa con una sonrisa ladeada. A su lado hay otra chica pecosa y pelirroja de rizos alborotados que me dedica una expresión dulce.

—Perdona, ¿qué? —le suelto.

—La pirueta —aclara la morena—. Estás cargando mal el peso.

—Victoria tiene razón —asiente la pelirroja—. Prueba a impulsarte desde los empeines, no desde la cadera.

—Ah… Gracias —digo—, eh…

—Victoria —se presenta la morena, aunque la otra ya haya dicho su nombre.

—Miriam —añade la pelirroja.

—Soy Emma.

—Pues venga, Emma, prueba otra vez —me anima Victoria.

Obedezco. Corrijo la postura tal como me ha indicado Miriam y concentro todo mi peso en los pies. Giro, me impulso y aterrizo limpiamente en el suelo. Sin decir nada, lo repito y… vuelve a salirme a la perfección.

Abro los ojos como platos mientras Miriam aplaude con suavidad y Victoria cabecea varias veces como una maestra satisfecha:

—Una pirueta brutal.

Las miro, sorprendida. No muestran ni un gramo de rivalidad o superioridad, y eso que este mundillo es extremadamente competitivo. Pero han sido honestas a la hora de ayudarme. Y ese gesto, tonto en apariencia, me conmueve más de lo que debería.

—Muchas gracias, en serio.

—Puede que compitamos por un puesto en la academia, pero las bailarinas siempre debemos estar las unas para las otras —asegura Victoria, encogiéndose de hombros.

—¡Esa es mi Vicky! —chilla Miriam, que se lanza sobre su amiga para achucharla con ganas.

Volvemos a concentrarnos porque de verdad que el ambiente está tensísimo. Irrespirable. Y la cosa no mejora cuando empiezan a llamarnos por nuestros números de inscripción, uno a uno, y algunos bailarines tardan en salir del aula, mientras que otros no duran dentro ni quince segundos.

Victoria y Miriam entran antes que yo y, cuando terminan sus pruebas, las veo salir bastante satisfechas.

Estoy arreglándome la trenza cuando escucho:

—Número 58.

Soy yo.

Es mi turno.

Cuando cruzo la puerta, el mundo se reduce a tres personas sentadas tras una mesa y al suelo de madera bajo mis pies. Dejo mi mochila y mis zapatillas en un rincón. Enderezo la espalda y me dirijo al centro del aula con pasos seguros.

—Número 58 —repite la jueza de la izquierda—. Cuando quieras.

Asiento. Me coloco en la primera posición de mi coreografía y espero a que mi canción empiece. Cuando suenan las primeras notas, mi cuerpo responde. Me noto en tensión y, aun así, los movimientos iniciales me salen limpios, de modo que acabo soltándome. Acompaso la respiración al ritmo y bailo como si nadie me observara.

Pero entonces, hacia el final, algo falla. Un paso a destiempo. Una emoción que se me escapa. La pirueta final me sale correcta, pero quizá algo rígida por miedo a trastabillar. Técnica sin alma. Lo sé en cuanto aterrizo.

La coreografía me ha salido genial, pero no brillante. Y en esta academia, precisamente, hace falta brillar. De todas maneras, cuando me incorporo para despedirme, sonrío, porque me he dejado la piel. Porque no me he acobardado ni he huido del conflicto. Porque, sea cual sea el resultado, siento que ya he ganado lo más importante.

—Muchas gracias.

—Gracias a ti —me responde el juez del centro.

Recojo mis cosas y salgo temblando del aula. No puedo negarlo: mi primer impulso, incluso a estas alturas, es sacar el móvil y escribirle a Gael.

«Me he atrevido a bailar de nuevo y soy feliz», me gustaría decirle; porque las costumbres no desaparecen de un mes para otro.

Sin embargo, cuando entro en WhatsApp, el chat que abro es el de Helena.

¡Tía!

He salido viva de la audición.

No he clavado la coreo, pero tampoco ha sido horrible.

Helena

¡Sabía que lo lograrías!

(manifestando para que te acepten)

El tribunal va a deliberar en cuanto se termine la audición y anunciarán a los seleccionados hoy mismo, de modo que me dirijo a la cafetería de la academia para hacer tiempo.

—¡Emma! —escucho que me llaman al entrar. Es Miriam—. ¡Ven con nosotras!

La pelirroja y Victoria están tomando un zumo y una bebida isotónica respectivamente en la mesa del fondo. Les hago un gesto para que esperen, me compro un agua bien fresquita y me siento con ellas.

—¿Qué tal ha ido? —me pregunta Miriam, todo un torbellino de energía.

—Anticiparlo da mala suerte —comenta Victoria.

—¿Qué? ¿En serio?

—¡Y tanto! Venga, hablemos de otra cosa —nos ruega la morena —. Si vuelvo a escuchar la palabra *plié*, me mudo a otro continente

para el resto de mis días.

Me río y enseguida cambiamos de tema para despejarnos. La universidad, otras aficiones, alguna anécdota graciosa. La espera se hace más ligera, hasta que alguien entra en la cafetería gritando que ya está la lista de alumnos definitiva.

—Adelantaos —les pido con una sonrisa nerviosa—. Creo que… necesito un minuto.

—Y estar sola cuando veas si lo has conseguido o no, ¿verdad? —adivina Victoria.

—Por si acaso.

—¡Claro, Emma! Como mejor te sientas. —Miriam me da un abrazo antes de que ambas salgan disparadas.

Me termino el agua lentamente, calculando cuántos minutos necesitarán todos los que hemos audicionado para comprobar si han accedido a la Academia de Artes. Es cierto que preferiría estar sola frente a la lista por si no encuentro mi nombre.

Por si eso me duele demasiado.

Media hora después, regreso al pasillo del aula donde hemos realizado las pruebas de acceso. Me cruzo con un par de bailarines que intentan aguantarse las lágrimas de tristeza, y la probabilidad de terminar como ellos me encoge el estómago. Al menos, el pasillo está completamente vacío.

Me acerco al aula de la audición y, pegada en la pared opuesta, diviso la lista de los alumnos seleccionados. No me hago de rogar. Es mejor arrancar la tirita de una vez: empiezo a leer.

Primer nombre. No soy yo.

Segundo. Tampoco.

Tercero. Nada.

Bajo, y bajo, y bajo. Veo a Victoria y, dos alumnos después, a Miriam. Sigo bajando por inercia, porque ya no puedo evitar convencerme de que no lo he conseguido. Era demasiado bonito para ser…

N.º 58
Emma Sanz

Leo mi nombre otra vez, parpadeo y vuelvo a leerlo por si estoy alucinando. Pero no. Ese es mi número de inscripción. Ese es mi nombre y mi apellido. Soy yo. He superado la audición y he entrado en la Academia de Artes.

¡He superado la audición y he entrado en la Academia de Artes!

Se me escapa una carcajada mezclada con un sollozo. Emoción. Incredulidad. Me tapo la boca para no ponerme a chillar como una loca y unas cuantas lágrimas me empapan las mejillas y los dedos. No lloro de tristeza, ¡para nada! Sino de alivio y, una vez más, de orgullo.

Ese hueco que sentía dentro de mí ya no está tan vacío. En él ahora hay movimiento, música e infinitas posibilidades. Salgo de la academia con el corazón latiéndome tan fuerte, tan vivo, que parece renovado.

Quizá sanar sea esto. Probar cosas nuevas. Moverse, aunque todo tiemble. Confiar en que, si sigues avanzando, terminarás encontrándote en el camino.

Sí, todavía estoy a tiempo de convertirme en la Emma que siempre debí ser.

Capítulo 10

¿Sabes? Es rarísimo cómo algo importante, aunque sea una sola cosa, puede cambiarlo todo. Solo llevo una semana y poco bailando en la Academia de Artes, pero siempre salgo de la universidad pensando en llegar cuanto antes a la academia. Camino deprisa hasta la parada del autobús, aunque no vaya a llegar antes solo porque me muera de ganas. Y todo eso lo hago sonriendo. Repleta de sentimientos bonitos y, al mismo tiempo, ligera porque sé que, pase lo que pase durante el día, lo terminaré bailando.

A lo mejor es pronto para asegurarlo, pero empiezo a imaginarme mi futuro sin miedo. Graduándome en Educación Infantil para impartir clases a niños pequeños y descubrir nuevas maneras de enseñar. Bailando por las tardes, dejándome llevar por esa plenitud pura que solo me desborda cuando hago algo porque me nace. No porque deba hacerlo.

En serio, me noto… completa. O casi completa. Ya, ya, no debería precipitarme. Pero, relax, he aprendido la lección de sobra: es peligroso planificar demasiado rápido toda una vida, así que paso a paso.

Respiración a respiración.

Este martes, sin embargo, el universo parece haberse levantado con ansias de ponerme a prueba. Y de que no respire. La última

clase de la universidad se alarga veinte minutos porque el profesor ha decidido improvisar una reflexión grupal imprescindible sobre… ¡yo qué sé! Lo único que soy capaz de hacer durante ese tiempo añadido es reprimir la urgencia de morderme las uñas, mirar el reloj compulsivamente y maldecir a la facultad entera por secuestro académico.

Cada minuto aquí es un minuto menos en la Academia de Artes. Y, cuando por fin nos libera, guardo los apuntes a toda velocidad tan bruscamente que la cremallera de la mochila se me rompe de lado a lado.

El estuche, la mitad de mis apuntes, mi ropa deportiva… Todo se desparrama encima de la mesa.

—No puede ser verdad —protesto por lo bajo.

—Te ayudamos —me dice Lucía al momento.

—¿A conseguirme otra vida? —bromeo, porque la frustración que siento por llegar tardísimo a mi clase de danza me está llevando al borde de las lágrimas.

—Primero esto. —Me sonríe mientras recogemos mis cosas y las apiñamos dentro de la mochila.

—Gracias, gracias —le repito antes de abrazar mi mochila con fuerza—. Nos vemos mañana.

—¡Claro! ¡Ánimo, Emma!

Salgo disparada del edificio, intentando no perder el equilibrio por culpa del peso de la mochila y no tropezarme con mis propios pies. Pierdo el autobús que me lleva a la academia por cuestión de segundos. Lo veo alejarse mientras trato de recuperar el aliento.

Genial.

Acabo cogiendo el siguiente. Durante el trayecto, repaso mentalmente la coreografía que Carmen, nuestra profesora, nos enseñó el primer día y que debemos aprendernos a la perfección. Cuando el bus se detiene frente a la academia, después de pararse en todos los semáforos rojos de la ciudad, voy tan tarde que cruzo corriendo las puertas de cristal.

Ya en el vestuario, estoy tan nerviosa que me pongo el top deportivo del revés. Después, trastabillo en las escaleras y casi derrapo cuando enfilo el pasillo que conduce a mi aula de ensayo. Ni siquiera estoy mirando al frente cuando giro la esquina…

¡Pum! Me choco con alguien. El golpe es tan repentino que caigo hacia atrás. Sin embargo, unas manos me sujetan por los brazos antes de que toque el suelo. Son firmes y cálidas.

—Perdón, yo… —Me quedo callada en cuanto alzo la vista.

Es un chico, más o menos de mi edad. Me da la sensación de que tiene unos ojos algo extraños. No porque sean especialmente oscuros, sino porque transmiten una emoción difícil de describir. Una especie de atención total.

No puedo fijarme en nada más porque, entonces, una vocecita aguda nos interrumpe a grito pelado:

—¡¡¡Profeeeeee, que llegamos tarde!!!

Detrás del chico hay un pequeño ejército de niños. Rondarán los seis o siete años y todos van con mochilas diminutas y parecen tener la energía de un huracán.

El chico sonríe apenas, sin apartar los ojos de mí.

—Eso es porque me he chocado contra una montaña.

—¿Y la montaña soy yo? —suelto con ironía, porque él debe de sacarme dos cabezas por lo menos.

Aun así, no sé por qué, me río. Los ojos del chico descienden un instante a mis labios.

—¿Seguro que estás bien? —Su voz tiene un tono ligeramente grave.

—Sí, sí. —Señalo el pasillo detrás de él—. Es que llego tarde.

Entonces se aparta antes de que pueda descifrar la sensación fugaz que me atraviesa la espalda de arriba abajo. Luego se gira hacia los niños para pedirles:

—Dejad paso.

—Pero ¡no se puede correr por los pasillos! —protesta una niña.

—Toda la razón. —Él me observa de reojo y, creo que bromeando, me dice—: No corras.

Lo intento. Prometido. Pero aprieto el ritmo de mis zancadas en cuanto los dejo atrás. Y, aunque no vuelvo a mirar al chico, siento sus ojos siguiéndome hasta que entro en mi aula.

En el interior, todos mis compañeros y compañeras ya están en posición. La música está sonando, pero nuestra profesora se detiene en seco. La mirada que me dedica podría congelar un volcán en segundos.

—Emma, llegas *muy* tarde.

—Lo siento muchísimo, yo… —Suspiro. Las excusas aquí no valen —. No volverá a pasar.

—Eso espero. En esta academia, no toleramos la impuntualidad. Y esta es una advertencia general. —Mira a mis compañeros con severidad.

Ocupo enseguida el hueco que Victoria y Miriam me hacen entre ellas y trato de concentrarme, pero siento mi cuerpo cargado de adrenalina, la respiración acelerada y mi cabeza en otra parte. No

consigo fluir con la música ni atender bien a las indicaciones de Carmen.

Fallo un giro. Luego otro, en el que, además, le doy un pisotón a Miriam. Entro tarde en el estribillo y salto en dirección opuesta al resto.

La profesora nos pide parar y esta vez ni siquiera disimula su decepción:

—Emma, ¿qué ocurre?

Siento quince pares de ojos clavándose en mí.

—Nada —murmuro.

—Pues hoy tu técnica opina lo contrario. —Hace una pausa larguísima—. Esta es una academia seria. Creo que os quedó claro durante la audición: exigimos compromiso y mucho nivel. No entrasteis por suerte, sino por vuestro talento y esfuerzo, pero quienes no lo lograron no se quedaron fuera por ser peores. Solo fuisteis un poco mejores en un momento concreto, ¿entendéis?

Sí. Significa que tampoco somos tan irremplazables. Y tiene razón. Los bailarines que no superaron la audición también eran buenísimos y quizá solo se quedaron fuera porque tenían un mal día, o no escogieron la coreografía adecuada para la prueba, o solo les habría hecho falta rendir un poquito más para destacar por encima de cualquiera de nosotros.

Nuestro puesto en la academia nos lo hemos ganado, pero no debemos confiarnos.

—Pretendía anunciaros esto al final de la clase, pero… —Carmen hace otra de sus pausas tensas—. En dos meses, antes de las vacaciones, se celebrará una exhibición en el auditorio de la academia. Los alumnos de cada curso y disciplina actuaréis frente a

un gran público, pero quienes no cumplan con el nivel exigido se quedarán fuera. —Todos contenemos el aliento—. En danza contemporánea, presentaremos dos actuaciones. Una grupal, que corresponde a la coreografía que estáis aprendiéndoos ahora mismo, y un solo. Como es evidente, la coreo individual solo podrá realizarla un alumno: el mejor de vosotros. Una decisión que recae únicamente en mí. —Nos observa uno a uno con intensidad—. Es hora de que decidáis qué clase de bailarines queréis ser.

No me echo a llorar de milagro. Aguanto hasta el final de la clase. En cuanto terminamos, salgo sin decirles nada a Victoria y a Miriam para esconderme en una esquina del vestuario y, entonces sí, derrumbarme.

Lloro en silencio, con la cara entre las manos. Lloro por el esfuerzo que no parece notarse. Por la vergüenza de verme tan torpe. Por la sensación constante de no estar a la altura. Por todas las veces en que siento que llego tarde a mi propia vida.

—¿Emma?

Alzo la cabeza, sobresaltada. Victoria y Miriam están asomadas a la esquina. En cuanto me ven, sus expresiones se suavizan.

—Ay, no —suspira Miriam, arrodillándose delante de mí.

—Tía —Victoria se sienta a mi lado—, ya sé que no sirve de consuelo, pero Carmen es superestricta.

—Creo que no te diste cuenta la semana pasada, pero a mí me hizo llorar tres veces —me cuenta Miriam—. El primer día.

—La verdad es que no lo recuerdo —murmuro, limpiándome las lágrimas.

—Porque, por suerte —dice Victoria—, todos somos mayorcitos y estamos más metidos en nuestros asuntos que en los asuntos de los

demás.

Se me escapa una sonrisa.

—¡Eso está mejor!

Miriam me da un abrazo que me sorprende. Para bien, por supuesto. Es agradable que puedan reconfortarme tanto con sus palabras y gestos, pese a que todavía no tengamos demasiada confianza.

—Estás exigiéndote demasiado —opina Victoria.

—Solo quiero hacerlo bien.

—Y lo harás. Como todas.

Entonces las dos se ponen en pie e intercambian una mirada traviesa, como si estuviesen leyéndose la mente y maquinando un plan alucinante.

—¡Decidido! —Victoria da una palmada.

—¿Decidido el qué? —les pregunto, levantándome.

—La solución a todos tus males es… ¡irnos de compras! —me explica Miriam, entusiasmada.

—¿Irnos de compras?

—Lo dice la ciencia —asegura Victoria, como si realmente lo creyera.

Su amiga asiente con insistencia y me río a carcajadas.

—La verdad es que a mi armario le hacen falta una o dos actualizaciones. —Me miro los *leggins* prestados y el top descolorido.

—Eres guapa y también increíble, pero vamos a fingir que no puedes bailar sin ropa deportiva nueva —bromea Miriam.

Media hora después, estamos recorriendo las tiendas del centro comercial. Victoria camina por delante con la seguridad de una sargento.

—¡No más dramas ni ropa triste! —anuncia.

—No existe la ropa triste —comento entre risas.

—¡Y tanto que sí! Esa sudadera gris que llevas es prácticamente un pañuelo de lágrimas con capucha.

—¡Oye!

—No es personal, Emma. —Miriam encoge un hombro, divertida —. Todas tenemos una sudadera así y todas la hemos quemado en algún momento.

—¿¿¿Quemado???

—¡Es una exageración! Creo…

—Bueno —suspiro—, gracias por vuestro apoyo emocional.

—Para eso están las amigas —me contesta Victoria con total tranquilidad.

La palabra «amigas» me golpea suavemente por dentro. O quizá se haya convertido en un latido de mi corazón. *Amigas.* No les pregunto si de verdad me consideran como tal en tan poco tiempo. Solo sonrío agradecida mientras ellas siguen avanzando como si no acabaran de hacerme superfeliz.

Primero compramos una mochila nueva donde meter todas mis cosas. Después, entramos en una tienda deportiva y, antes de que pueda reaccionar, Victoria me lanza unos *leggins* negros con transparencias a la altura de los gemelos.

—Pruébatelos.

—El negro no es mi color.

—El negro es el color de todo el mundo. Hazme caso.

Mientras me dirijo a los probadores, no muy convencida, Miriam me corta el paso con un top azul eléctrico.

—Y esto. —Me lo tiende—. ¡Vas a estar divina!

—O quizá pareceré la Barbie deportista.

—¿Y? Todas queremos ser Barbie. Tiene casa propia y un descapotable.

—No te lo voy a negar.

—¡Obvio! ¡Va, va! ¡Pruébate el conjunto!

Ya dentro del probador, las chicas no dejan de traerme más y más prendas. ¡Casi la tienda entera!

—¿Sigues viva? —pregunta Miriam al otro lado de la cortina.

—¿Puede? —contesto, observándome en el espejo con inseguridad.

—¡Queremos verte! —me ordena Victoria.

—No sé…

—¡Va, Emma!

Abro la cortina con la vista clavada en la punta de mis pies.

—Madre mía —suelta Victoria.

—Estoy horrible. Ya te he dicho que el negro no es…

—¡Estás espectacular! —me interrumpe Miriam.

—¿En… en serio? —Las miro por fin. Están realmente boquiabiertas.

—Muy en serio. —Victoria asiente—. El negro hace juego con tu pelo y el azul del top destaca el tono de tu piel.

Cuando vuelvo a girarme hacia el espejo del probador, me asombro al observarme de nuevo. No por la ropa, sino por mi postura. De repente, estoy más erguida. Más confiada. Veo todos esos detalles bonitos que Victoria y Miriam ven en mí. Y no sé si es porque me lo han contagiado, pero decido creérmelo.

Después de probarme otros siete *outfits* y comprarme cuatro, terminamos en una cafetería, rodeadas de bolsas y con tres batidos

delante.

Miriam le echa dos sobres de azúcar al suyo y Victoria le suelta con horror:

—Deberían multarte.

—Se llama disfrutar de la vida —contesta Miriam.

—Y de una muerte lenta y azucarada.

Me entra la risa mientras estoy bebiendo y me atraganto.

—Genial… —Toso un par de veces más—. Ya no podré volver a hablar.

—Ah, ¿que antes sí lo hacías? —se burla Victoria.

—¡Serás mala!

Ella me sonríe, orgullosa, y entiendo la razón cuando me dice:

—Mírala, ¡qué confianzas! Ya insulta y todo. Estás evolucionando, Emma.

—No le hagas caso —me defiende Miriam—. Vicky y yo nos conocimos en la escuela de baile infantil y, a pesar de ser tan pequeña, fue insoportable conmigo durante semanas.

—Yo diría adorable.

—El segundo día me dijiste que parecía sacada de una peli de terror porque no paraba de sonreír.

—Quería romper el hielo.

—Casi me rompes la autoestima.

—No es verdad.

—¡Vale, no! —admite Miriam—. Pero te esfuerzas muy poquito por hacerte querer a la primera.

—Ese es mi don. —Victoria me guiña un ojo—. La gente se resiste, pero acaba enamorada de mí.

—Entonces —Miriam la apunta con su pajita, sarcástica— ¿por qué no tienes novio?

Yo suelto una carcajada tan brusca que varias personas nos miran y Victoria finge que se ofende llevándose una mano al corazón.

—Traidora.

Las dos continúan con la tontería mientras yo las observo con una sonrisa. A Victoria, sacándole la lengua a su amiga. A Miriam, gesticulando como si tuvieran que verla incluso desde el espacio exterior.

De nuevo, me asalta una emoción cálida. Se expande gracias a ellas y, entonces, me doy cuenta: no necesito reconstruir lo que se rompió para volver a estar bien. Puedo construir un nuevo futuro que quizá, solo quizá, sea todavía mejor que el que imaginé.

Capítulo 11

Mi vida se ha convertido en una especie de puzle en el que cada pieza tiene su hueco milimétricamente diseñado.

Clases, trabajos, exposiciones y exámenes de la universidad por la mañana.

Ensayos en la Academia de Artes todas las tardes, incluidos los sábados.

Estudiar por las noches.

Escribir en el diario antes de dormir.

Intentar descansar ocho horas (aunque nunca lo consiga).

Al principio, creía que no iba a poder mantener ese ritmo. Había días en los que llegaba a la residencia con las rodillas temblando y me quedaba varios minutos sentada en el borde de la cama, mirando la pared como si mi cerebro hubiera decidido desconectarse sin avisar.

Pero, incluso así, estoy contenta. Estoy contenta porque estoy viviendo. No sobreviviendo. Y eso cambia por completo la forma en que me tomo las cosas, por pesadas que se me puedan hacer.

El viernes por la tarde, Carmen determina que nuestro sufrimiento aún no ha alcanzado niveles suficientes y nos somete a una clase de danza que es probable que infrinja algún tratado internacional.

A la media hora, siento que mis piernas ya no me pertenecen. A la hora, me suda hasta el pelo. Dos horas después, estoy bastante segura de que he muerto y mi espíritu sigue en el aula de ensayo por pura dignidad.

Cuando por fin terminamos, Victoria, Miriam y yo nos tiramos en el suelo como si fuésemos las supervivientes de un naufragio.

—Oxígeno, oxígeno —pide Victoria, intentando recuperar el aliento.

Miriam ni siquiera abre los ojos cuando dice:

—A lo mejor venden en la máquina expendedora.

—¿Oxígeno embotellado? —digo a duras penas.

—¿Por qué no? Si venden hasta cepillos de dientes.

—Os lo juro —suspiro—, creo que he visto pasar mi vida entera por delante de mis ojos durante la caída rodada tras la quinceava pirueta.

—¿Salía yo? —bromea Victoria.

—Salíais las dos. De fiesta. Ha sido bonito. —Suelto media carcajada.

—¡Eso es! —Miriam se incorpora como un resorte—. Esta noche nos vamos de fiesta.

—¡¿Qué?! —exclamo—. De eso nada. Lo que yo necesito es una ambulancia. O tres.

—Muy bien. Luego ponte un vestido y vente con nosotras a la discoteca.

—No.

—Sí.

—Chicaaaaaaaaas…

—Emmaaaaaaaaa —corean las dos al unísono.

—¡Sin discusión! —ataja Victoria poniéndose en pie y señalándome como si no tuviera escapatoria. Porque, en realidad, no la tengo—. De hecho, las tres nos arreglaremos en tu habitación de la residencia para que no te escaquees, ¿vale?

—Vale —cedo. La verdad es que sí me apetece salir con ellas, aunque lo único que desee mi cuerpo es una ducha calentita, un pijama cómodo y un maratón de comedias románticas—. Pero no tengáis las expectativas muy altas conmigo porque…

—Demasiado tarde.

Efectivamente, Victoria y Miriam se plantan en mi residencia unas cuantas horas después. Ya se han duchado y cenado, pero cargan una bolsa enorme repleta de ropa de fiesta, maquillaje y complementos.

Nunca llegué a hacer algo parecido con Helena. ¿Fiesta de pijamas? Un montón. Pero ella se mudó antes de que empezáramos a tener edad para salir de madrugada. Así que… es como si volviera a tener dieciséis y, esta vez sí, un par de amigas con las que prepararme para pasar una noche increíble.

Mientras las dos se disputan un top de lentejuelas, yo saco un vestido de tirantes, corto y plateado, de mi armario. Lo estrené hace dos Nocheviejas y no he vuelto a ponérmelo, de modo que parece nuevecito.

—Tía, es chulísimo —me dice Miriam, ganadora del top de lentejuelas, mientras se hace el *eyeliner* con una precisión envidiable.

—¿Sí? ¿No es demasiado?

—Nunca es demasiado —opina Victoria, que ha terminado escogiendo un vestido de encaje negro precioso.

Entro en el baño para cambiarme y, de paso, terminar de arreglarme. Me plancho el pelo y me lo dejo suelto por la espalda. Luego me hago un maquillaje sencillo, pero que resalta el verde de mis ojos. Cuando salgo, mis amigas me miran como si me hubiese salido un tercer ojo en la frente.

—¿Estoy mal?

—Estás todo lo opuesto a mal, tía —contesta Victoria.

—Es decir, ¡guapísima! —aclara Miriam.

—Vosotras también, chicas.

Y es verdad. Miriam destaca tanto como las lentejuelas de su top y Victoria impresiona incluso más con las botas altas de tacón que se ha puesto.

—Somos las mejores —dice Victoria, abrazándonos con fuerza.



La discoteca a la que me han traído Victoria y Miriam está a rebosar. No tiene nada que ver con el local al que fui con mis compañeras de universidad: este es más pequeño y los clientes están más centrados en bailar que en beber o hablar. Y es que, de hecho, nos cruzamos con mogollón de compañeros de la Academia de Artes.

—¡Aquí suelen venir todos los bailarines de la ciudad! —me explica Miriam al verme tan sorprendida—. Mola, ¿eh?

—¡Un montón!

—¿Ves como yo nunca me equivoco? —Victoria se cruza de brazos, satisfecha.

Justo entonces, el DJ cambia de canción y Miriam grita que es su favorita, lo que se traduce en que nos arrastra a Victoria y a mí

hasta la pista. Nos mezclamos entre conocidos y desconocidos y bailamos durante horas. También cantamos (fatal, por cierto). Nos divertimos tanto que, al menos yo, termino con dolor de mejillas de tanto reír.

Llega un punto en el que ya no puedo soportar la sed que tengo, así que les pregunto a mis amigas:

—¿Os apetece algo? ¡Yo invito!

—¡Oleeeeee! —grita Victoria, eufórica.

—¡Lo que quieras tú, nosotras también! —dice Miriam.

—¡Vuelvo enseguida!

—¡No nos moveremos!

Intento abrirme paso entre la masa de gente que se contonea, que salta, que disfruta sin importarle lo que piensen los demás. Estoy tan metida en el ambiente que no puedo evitar ponerme a bailar de camino a la barra, aunque esté sola y…

¡Pum! Choco con alguien, trastabillo y un brazo firme me rodea la cintura y me sostiene. Otra vez. Porque, cuando alzo la vista, ahí está: el chico de la Academia de Artes. El chico alto de ojos atentos perseguido por una manada de niños.

—Es la segunda vez que te salvo de caerte —me dice.

El corazón me da un vuelco. Nada, diminuto. Una tontería que, sin embargo, también me cuesta el aliento. Por eso no consigo contestarle enseguida, aunque sí fijarme un poco más en él. Va vestido con una camiseta básica y unos vaqueros anchos. Todo tan oscuro como su expresión seria. Parecería enfadado si no fuera porque sigue sujetándome con cuidado.

—Eres tú. —Es la única respuesta que soy capaz de formular.

La comisura de sus labios se curva solo unos milímetros:

—Sí, suele pasarme.

¡Tierra, trágame! Me muero de la vergüenza, en serio. Me yergo para escapar de esta situación tan bochornosa y para que me suelte, pero, cuando apoyo los pies del todo en la pista, una punzada me atraviesa el tobillo izquierdo.

Hago una mueca y el chico no solo lo interpreta de inmediato: vuelve a cogerme por la cintura.

—¿Te has hecho daño?

—No, solo… ¡Ay!

—Ven.

Antes de que vuelva a intentar convencerlo de que estoy genial (mentira), me guía hacia uno de los sofás que hay en las esquinas de la discoteca. Uno se acaba de quedar libre, así que puedo sentarme sin tener que pedírselo a nadie. En cuanto lo hago, el chico se acuclilla frente a mí y me observa el tobillo.

—¿Puedes moverlo?

—Sí. —Lo muevo de un lado a otro varias veces.

—Al menos, no está roto.

—¡Qué alivio! Pensaba que deberían… Ya sabes —bromeo, haciendo un gesto de tijeras.

Y, por fin, consigo arrancarle una sonrisa de verdad. Sigue siendo pequeña, pero ahí está: dientes blancos, rectos y perfectos. ¿Mi humilde opinión? Este chico debería sonreír más. Le cambia la cara por completo.

—Gracias por ayudarme. Soy Emma —me presento.

—Adrián.

—El profe-canguro de la academia.

—Eso ha sonado… ¿innecesariamente despectivo? —Alza una ceja.

—Ha sido admiración mal expresada, ¡te lo juro!

Madre mía, ¿cuántas veces más voy a ponerme en evidencia? Pero la sonrisa de Adrián se ensancha otro centímetro y todas y cada una de mis preocupaciones se esfuman de un plumazo.

—Imparto las clases de hip-hop a los más pequeños —me cuenta.

—¿Y te gusta?

—Sí.

Es escueto, aunque el tono suave que ha empleado me hace sonreír, porque lo entiendo.

—A mí también me gusta mucho enseñar.

—¿Baile?

—¡No, no, qué va! Yo no… —Y una idea aparece tan clara en mi mente que la suelto sin pensar—: ¿Podrías darme clases? —Adrián parpadea, pillado por sorpresa—. Clases extra de baile. Necesito ponerme al día. Mejorar mi técnica, mi resistencia, todo. La academia es superexigente, y si tú ya eres profesor…

—No.

Su expresión cambia al instante a una muy muy seria.

—¿Por qué no? —replico, pasmada por su rotunda negativa.

—Porque doy hip-hop a niños de siete años.

—Yo fui una niña de siete años bastante aplicada —bromeo para destensar el ambiente, pero no lo consigo—. Podría pagarte —insisto, porque, de repente, veo muy necesario esas clases extra para progresar y eliminar cualquier duda que mi profesora pueda tener hacia mí.

—No es eso… —murmura Adrián sin mirarme a los ojos.

—¿Y qué es, si no?

Suspira y, por primera vez, parece incómodo.

—La danza contemporánea y el hip-hop no tienen nada que ver.

—¿Y tú cómo sabes que yo hago danza contemporánea?

—El día que nos conocimos. Vi en qué aula entrabas.

—Ah, vale, bueno… Sí, tienes razón, no son lo mismo, pero lo que necesito mejorar es común en cualquier disciplina. —Me armo de más valor para pedirle con una pizquita de súplica—: Solo serían unas clases, te lo prometo. Me ayudarían muchísimo porque yo…

Voy a contarle mi historia. La razón por la que abandoné la danza contemporánea. Pero entonces Adrián me mira y ahora sus ojos parecen… apagados.

—No puedo, Emma. Lo siento.

Me sabe mal que sea él quien se disculpe porque, estoy segura, soy yo quien ha cruzado una línea que no debería. Estoy a punto de disculparme por todo cuando Adrián se levanta y se despide con un:

—Cuídate ese tobillo, ¿vale?

Y se marcha sin más. Lo observo perderse entre la gente y las luces parpadeantes con una mezcla de confusión y arrepentimiento.

Qué desastre.

Capítulo 12

Me despierto hecha un lío emocional. Aunque no en un mal sentido. No un lío del tipo que te deja el pecho hueco y la cabeza llena de recuerdos que preferirías eliminar. Es otro tipo de lío… Una mezcla confusa entre felicidad, vergüenza, inquietud y algo que no termino de identificar.

Tardo un par de segundos en acordarme por qué: Adrián negándose a darme clases extra y marchándose del local sin mirar atrás.

Pfff, genial.

Lo incomodé. Claramente lo incomodé. ¿Por qué se me ocurrió insistir tanto cuando él ya se había negado con aquella mirada tan apagada? ¿Por qué mi cerebro pensó que sería razonable y no extremadamente intrusivo? Me estampo la almohada contra la cara y gruño.

Vale. Sí. Metí la pata hasta el fondo, pero también sé lo que percibí anoche. No fueron imaginaciones mías: reconocí esa chispa en Adrián, la que misma que noto cuando bailo. Esa forma de vivir la danza como algo más que una secuencia de pasos bien ejecutados.

Como si fuera incluso más importante que respirar.

Adrián siente eso. Y alguien así podría ayudarme muchísimo. La cuestión es… ¿cómo voy a convencerlo sin volver a parecerle una

pesada emocionalmente inestable? No puedo darme por vencida.

Reto aceptado.

Muevo el tobillo que anoche me torcí al chocar con Adrián. De un lado a otro y en círculos. Ya no me duele y tampoco está hinchado. Perfecto. Luego miro la hora en el móvil y me incorporo como un resorte. ¡Es tardísimo! Bueno, si consideramos que las nueve de la mañana lo es. Pero es que anoche Victoria, Miriam y yo quedamos para desayunar juntas en una cafetería cercana a la Academia de Artes y, si no me pongo en marcha ya, no llegaré puntual.

No sé cómo lo consigo, pero entro en la cafetería con un solo minuto de retraso. Es monísima: de madera, con plantitas repartidas en cada rincón y sillones que parecen ideales para echarse una siesta. De hecho, Victoria está a puntito de quedarse dormida mientras remueve su café. Por el contrario, Miriam está despiertísima y hablando por los codos.

Me acerco al rincón en el que se han sentado y les digo:

—¡Perdón, chicas, perdón! —Me siento en el sillón libre. ¡Es comodísimo!—. No me ha sonado la alarma.

—Tranqui, tía —me contesta Miriam—. Nosotras no hace ni cinco minutos que estamos aquí. ¿Cómo va ese tobillo?

—Fantástico.

—Ir a danza un sábado a estas horas debería considerarse un castigo —protesta Victoria.

—Pues yo tengo ganas —digo.

—¡Y yo! —se suma Miriam.

—¡Sois lo peor!

Pido un café con leche y un cruasán antes de ponernos a comentar lo bien que nos lo pasamos en la discoteca. Anoche,

cuando volví a la pista medio cojeando, no les expliqué que Adrián me ayudó. A ver, puede que ni siquiera lo conozcan y… De repente, caigo en que quizá Victoria y Miriam sí lo conozcan, dado que todos los bailarines de la ciudad parecen conocerse. Lo que significa que tal vez puedan echarme una mano con todo el tema de convencer a Adrián para que me dé clases extra.

—Os voy a contar una cosa…

—¡Uuuuuuuuuy, se viene chisme! —me interrumpe Miriam, emocionada.

—No es un chisme.

—Eso lo decidiremos nosotras —interviene Victoria, que parece espabilarse de golpe—. Venga, dispara.

—¿Qué sabéis de Adrián?

—¿Qué Adrián?

—Imparte clases de hip-hop en…

—¡¿Te refieres a Adrián Vega?! —vuelve a interrumpirme Miriam, casi hiperventilando.

—Emma, ¿te has ligado a Adrián Vega? —Victoria está boquiabierta.

—¿Qué? ¡No, no, no! —Pero me pongo más roja que un tomate y, lentamente, mis amigas intercambian una mirada antes de soltar un chillido histérico—. En serio, parad. Estáis sacando conclusiones precipitadas. —Carraspeo—. Escuchadme primero, ¿vale? ¡Y no me cortéis! —Señalo a Miriam para que controle sus arranques eufóricos.

Mi amiga se cierra la boca con una cremallera invisible y, cuando estoy segura de que ambas están bajo control, se lo cuento todo.

Las dos veces que Adrián y yo nos hemos tropezado y la propuesta que le hice la noche anterior en la zona de los sofás.

—Esto es un chisme en toda regla, Emma —suelta Victoria, boquiabierta—. Adrián es el *crush* de media academia.

—¿En serio?

—Y tan en serio. ¿No te has fijado en lo bueno que está? —me pregunta Miriam como si yo hubiera estado viviendo en Marte hasta ahora.

—Es muy alto —pruebo.

—¡Venga ya, Emma! —se ríe Miriam.

—Que, por cierto, nosotras podemos ayudarte con lo que necesites. Lo sabes, ¿verdad? —apunta Victoria, algo preocupada de repente.

—¡Sí, sí! Lo sé, pero… las tres soportamos la misma presión en los ensayos, y no quiero que os agotéis demasiado —les explico—. Mucho menos teniendo la exhibición de danza en poco menos de dos meses. En cambio, Adrián es profesor. Me pareció lógico, aunque está claro que me equivoqué.

—En realidad, diste en el clavo —asegura Miriam—. Se dice que Adrián es de los mejores profes de la academia.

—Y también que se niega a enseñar a adultos —añade Victoria.

—¿Por?

—Nadie lo sabe. —Miriam encoge un hombro.

—Bueno, hay teorías.

—¿Hechos o rumores? —Intento que Victoria especifique.

—Rumores.

—Prefiero no saberlo, entonces.

—¡Vale, vale! Aunque te aviso de que uno incluye espionaje internacional y una exnovia miembro del *ballet* ruso.

No puedo evitar reírme, pero mis amigas por fin se lo toman completamente en serio.

—Adrián es bastante misterioso. Va mucho a su bola, no tiene amigos en la academia (que se sepa) e interactúa lo justo con todo el mundo. Da clases a los críos y se pira enseguida —cuenta Victoria —. Es por ese rollito inaccesible que la mitad están coladas por él.

—Nunca he entendido por qué eso gusta tanto —comento—. A mí me atrae mil veces más la gente sincera…

Aunque la sinceridad te lleve a romper con tu primer amor. Trago saliva, ahogando cualquier pensamiento referente a Gael.

—Tendrás que seguir preguntándole, Emma. —Miriam me da unas palmaditas de ánimo en mitad de la espalda.

Y eso es exactamente lo que hago antes de que empiece nuestra clase de danza. Subo las escaleras y, en vez de girar por el pasillo que conduce al aula de ensayo, tuerzo a la izquierda y me cuelo en la zona de los más pequeños.

Encuentro el aula de hip-hop enseguida. Y no solo porque la música enérgica se escape a golpes, sino porque las paredes son de cristal y dejan ver el interior perfectamente.

Al primero al que distingo es a Adrián. Lleva un pantalón deportivo ancho y una camiseta de manga corta ajustada. Todo oscuro, como siempre. Nada llamativo. Y, aun así, me resulta imposible apartar la mirada de él. No porque haga grandes demostraciones, al contrario: se mueve lo justo, pero con precisión. Corrige la postura de uno de sus alumnos y marca el ritmo con varias palmadas.

Todo en él parece natural, como si el baile formara parte de su cuerpo incluso cuando está quieto.

Además, se nota que los niños lo adoran. Le hacen caso al instante, se ríen cuando bromea con ellos y lo observan con esa confianza absoluta que solo se deposita en quien te hace sentir seguro.

No voy a mentir: hay algo en Adrián que, de repente, me conmueve. La ternura inesperada con la que le explica un paso a una niña. La paciencia con la que repite una secuencia hasta que todos la interiorizan. La manera en que sonríe, escueto pero real, cuando uno de ellos lo consigue.

Adrián no solo es profesor. Es alguien haciendo exactamente eso para lo que nació. Y esa visión me da fuerzas.

Todavía quedan quince minutos para que empiece mi clase y, por suerte, la de los niños se termina por fin, así que espero. Los pequeños alumnos salen en estampida (una muy adorable, por cierto) y me coloco frente a la puerta para cortarle el paso a Adrián.

Frena antes de chocar conmigo por tercera vez y, en cuanto se da cuenta de quién soy, suspira.

—Emma.

—Adrián.

—¿Cómo tienes el tobillo?

No me espero la pregunta, ni mucho menos la preocupación y delicadeza con que la hace. Me quedo tan pillada que me observo los pies como una tonta, pero ellos no van a responder por mí, ¡obviamente!

—Bien, bien —contesto, algo aturdida aún—. Vengo a…

—Insistir.

Noto la diversión en su tono de voz y, solo por eso, me atrevo a mirarlo otra vez a los ojos. «¿No te has fijado en lo bueno que está?», resuena la voz de Miriam en mi cabeza. Y me fijo en él con más detenimiento. Tiene los iris marrones como el chocolate, a juego con su pelo. El sudor le riza los mechones sobre las orejas y en sus mejillas destaca la sombra de dos hoyuelos.

De acuerdo, lo reconozco: es guapo. Es muy guapo. Pero ¿y? Descubrirlo no va a conseguir que me dé clases extra, porque tampoco tiene pinta de ser de los que ceden por soltarle cuatro piropos.

—Emma —vuelve a decir mi nombre, cruzándose de brazos. Está fuerte. Por bailar tanto, supongo. Un escalofrío me baja por la espalda—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

—¿Eh? ¡Ah, sí! Aquí estoy. Insistir —balbuceo, y Adrián deja escapar el inicio de una carcajada que le marca los hoyuelos.

—Tengo prisa, así que…

Respiro hondo. Debería haber aprovechado todo este tiempo para preparar un discurso que lo convenza de que me ayude y no para fijarme en lo mono que está enseñando o cuánto se le marcan los hoyuelos al reír.

¡Emma, concéntrate, por favor!

—Sé que ayer me pasé de la raya —empiezo—. Y lo siento muchísimo, pero voy muy en serio. Necesito mejorar. Me falta práctica, resistencia, fuerza… Aunque tengo técnica, me bloqueo porque llevo demasiado tiempo sin bailar. Ni siquiera entiendo aún cómo conseguí pasar la audición, y por eso mismo no quiero perder esta oportunidad.

Como siempre, Adrián me escucha con atención. Guarda silencio cuando termino y entonces dice:

—Sigo sin poder ayudarte.

—¿Porque no das a clase a adultos? —pregunto, sintiendo que la decepción me burbujea en el estómago.

—Porque no confías en ti misma.

—¿Perdona? —La indignación sustituye rápidamente a la decepción.

—Tú misma lo has dicho: tu problema no es técnico. Tienes miedo.

—No tengo miedo. Solo estoy preocupada.

—Estás aterrada, Emma.

No suena cruel, sino honesto. Y eso me molesta incluso más.

—Te contienes todo el rato. Meditas cada movimiento como si alguien fuera a castigarte por equivocarte.

—No tienes ni idea… —murmuro.

—Sí la tengo, porque te vi en tu clase el día en que nos chocamos por primera vez. En cuanto dejé a mis alumnos aquí, regresé para disculparme por no haber sido más cuidadoso. Te vi, Emma —repite. Me vio fallar y desmoronarme. Algo dentro de mí se retuerce con saña—. Hasta que no decidas ser más valiente, no hay nada que pueda enseñarte. Es algo que debes conseguir por ti misma, no porque nadie te lo diga, y menos yo.

Como ya pasó en la discoteca, Adrián se marcha y yo me quedo quieta. Noto algunos pinchacitos en el corazón, pero, sorprendentemente, esta vez no me derrumbo. Porque, al analizar bien sus palabras, me doy cuenta de que, en realidad, no me ha rechazado.

Tras unas cuantas horas intensivas de danza y de comer unas ensaladas del súper, sentadas en uno de los pasillos de la academia, Victoria nos pregunta:

—¿Os apetece salir a cenar por ahí?

—Yo voy a quedarme y practicar un poco más —digo.

—¿Un poco más cuánto es? —se sorprende Miriam.

—No sé. ¿Un par de horitas?

—Emma, no es bueno presionarte tanto, ya te lo dije. —Victoria suspira—. Un par de horitas y ya, ¿de acuerdo?

—Y de aquí te vas a la residencia a descansar —añade Miriam.

—¡A sus órdenes, mis capitanas!

Me dan un abrazo y me piden que me cuide mucho. Yo les aseguro que lo haré… para llevarles la contraria poco después, porque el par de horitas se convierten en cuatro. ¡Prometo que no me doy ni cuenta!

Repito la coreografía una y otra y otra vez. No estoy cansada, de verdad. De hecho, me siento plena, porque estoy haciendo justo lo que quiero. Solo me detengo cuando la luz que entra por las ventanas se vuelve anaranjada.

Ya está atardeciendo, y la recepcionista me ha dejado abierta el aula fuera del horario permitido como una excepción, así que no quiero abusar de su confianza.

La academia está vacía. O casi vacía. Apoyado en una pared antes de llegar a recepción, está Adrián. Al oír mis pasos, alza sus ojos marrones hacia mí y mi corazón se salta un latido.

—¿Qué haces aquí, Adrián?

—Esperarte.

Entreabro los labios, sorprendida, y él se pasa una mano por el pelo. Lo tiene húmedo y ligeramente despeinado, como si acabara de ducharse.

—Siento haber sido un poco borde contigo, Emma.

—¿Un poco?

Le arranco media sonrisa con dos hoyuelos bien marcados. Qué rabia que le queden tan bien…

—Mucho —rectifica—. Perdóname, por favor.

La sinceridad y el arrepentimiento con que lo dice me pilla algo desprevenida. Tampoco ha sido para tanto, pero le contesto:

—Perdonado.

—¿Y ya está? —Parpadea.

—Sí. Estoy casi segura de que no te apetece nada explicarme por qué lo has sido, ni mucho menos inventarte una excusa terrible.

—No me gusta mentir.

—Ya somos dos, así que… —Encojo un hombro—. Es difícil abrirse, sobre todo con desconocidos. Puedes haber tenido un mal día, por ejemplo. O varios. Da igual. Sea lo que sea, decido confiar en tu disculpa y en que eres buena persona. —Y añado en broma—: Muy muuuuuuy en el fondo.

—Vale, me lo merezco. —Ríe quedamente—. Gracias, Emma.

De nuevo, sus ojos vuelven a clavarse en los míos y la intensidad de su mirada me corta la respiración. Parece estar debatiéndose internamente hasta que me pregunta:

—¿Vendrías conmigo?

—¿Adónde?

—Lo descubrirás… si decides confiar en mí del todo.

He aprendido que la confianza no es algo que se regale así como así, pero Adrián no me la ha exigido: ha dejado la posibilidad por completo en mis manos. Por eso se gira y cruza las puertas hacia recepción sin esperar mi respuesta. Y yo… lo sigo en un impulso.

Mientras salimos de la academia y recorremos las primeras calles, el ruido de la ciudad nos envuelve. El barullo de las terrazas, los ladridos de los perros, los cláxones de los coches. Pero nada nos atraviesa del todo. Es como si Adrián y yo estuviésemos dentro de una burbuja que nos aísla del resto del mundo.

Lo observo de reojo. Adrián camina con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Lo hace de forma tranquila, confiada, porque sabe perfectamente adónde me está llevando. Me pica demasiado la curiosidad.

—Todo ese aire misterioso… ¿Es real o lo fuerzas? —le pregunto, divertida.

—¿Qué? —Frunce el ceño—. No soy así para nada.

—Nooo, ¡qué va! Eres el alma de la fiesta. Siempre rodeado de gente, hablando por los codos, sonriendo sin parar…

—Vale, vale, lo pillo —me corta, pero soltando por fin una carcajada a pleno pulmón que me deja clavada en el suelo. Suena grave, como su voz, y es inesperadamente bonita. En serio, Adrián debería sonreír a todas horas porque se le ve más relajado. Más y más guapo—. ¿Qué pasa?

—¿Eh? —El calor me sube hasta las puntas de las orejas al darme cuenta de todo lo que acabo de pensar sobre él—. Nada.

Adrián me sostiene la mirada durante unos segundos que se me hacen eternos. Después retomamos la marcha poniendo un poquito

más de distancia entre nosotros, porque el ambiente parece cargado de electricidad.

Este silencio me ahoga, por eso intento llenarlo preguntándole:

—¿Por qué das clase a niños?

—Porque son honestos.

—¿Y ya está?

—Te gusta demasiado hablar, Emma.

—Y a ti demasiado poco.

—No vamos a poder ser amigos, entonces. —No lo dice en serio, lo noto.

—Creo que te quejas precisamente por lo contrario. —Sonrío, siguiéndole el juego—. ¿Nunca has escuchado que los polos opuestos se atraen?

Al instante, me arrepiento de cómo ha sonado. Parece una indirecta, y a mí Adrián no me gusta. Ni me gustará. No *puede* pasar. Además, tampoco creo que yo sea su tipo… ¡Cosa que no me importa en absoluto porque, efectivamente, no seremos otra cosa que amigos!

Por desgracia, Adrián decide ponérmelo un poquito difícil al contestarme sin una pizca de burla en su tono:

—No te preocupes. Me esforzaré para que no me atraigas, Emma.

Pero ¡claro que me preocupa! Adrián tiene algo magnético, y yo… Aprieto el paso para que no vea que ha conseguido desestabilizarme, aunque solo necesite un par de zancadas para volver a ponerse a mi altura. Creo que se piensa que me ha molestado, porque retoma la conversación anterior:

—Si algo les gusta a los niños, lo notas. Si algo les emociona, también. Si se frustran, se enfadan cinco minutos y luego vuelven a

intentarlo. En definitiva, no fingen.

—Eso ha sonado muy a profe de Educación Infantil —le digo, intentando recuperar la normalidad, y Adrián alza las cejas, curioso por mi respuesta—. Ah, es lo que estudio en la uni.

—Te pega y a la vez… —Ha recuperado el tonito juguetón, y eso me alivia y también me da alas.

—¿Y a la vez?

—Y a la vez eres muy impaciente. Algo que no funciona con los niños.

—¡Ey! —finjo que me ofendo—. Sí soy paciente.

—Dijo la que lleva casi veinticuatro horas insistiéndome para que le dé clases de baile.

—Eso no es impaciencia. Es cabezonería.

Esta vez nos reímos los dos. Resulta tan desconcertante lo fácil que es hablar con él cuando baja la guardia… Tampoco puedo darle muchas vueltas, porque llegamos a un parque y el eco de una canción puesta a todo volumen capta toda mi atención. No tardo en comprobar de dónde proviene: en una pequeña pista despejada, un grupo de personas baila bajo la luz de las farolas. Algunos están sentados en bancos, otros apoyados en árboles y, en el centro de un corro, varios improvisan mientras el resto los anima.

—Esta es tu respuesta, Emma.

—¿Mi respuesta a qué?

Se acerca a mí, apenas un paso, pero lo suficiente para que me llegue el olor a limpio de su detergente y note el calor que desprende su cuerpo. Sus ojos marrones me atrapan enseguida cuando dice:

—A cómo se aprende a ser valiente.

—¿Quieres…? ¿Quieres que me una a ellos? No.

—¿Ves?

—No me da miedo. Simplemente, no sé en qué va a ayudarme hacer *freestyle*. Ya he bailado frente a otras personas. En la discoteca, por ejemplo.

Sus labios se curvan con suavidad al confesarme:

—Y se te da increíble, pero…

—¿Pero?

—Pero lo que te aterra no es que otras personas te miren, sino no estar a la altura de las expectativas porque hace tiempo que no «bailas en serio». Reconozco esa mirada, Emma.

—¿Cuál?

—La de alguien que cree que perdió su momento.

El pecho se me encoge con una sacudida dolorosa, porque es exactamente lo que me pasa. En la Academia de Artes, siento que llevo años de retraso. Que cada paso que doy es una carrera absurda por alcanzar una vida que dejé escapar.

—A veces me siento una intrusa —le confieso.

—No lo eres.

—Es fácil decirlo.

—No. Fácil sería dejarte que siguieras creyéndolo. —Adrián se acerca un poco más y nuestras manos se rozan—. Da igual cuánto hayas tardado en volver a bailar. Lo has hecho, y eso ya te pone por delante de toda la gente que se ha pasado la vida deseando algo, pero nunca se ha atrevido a intentarlo.

No sé qué contestar, porque nadie nunca me ha dicho algo así. ¿Cómo es posible que Adrián me vea con tanta claridad? «Porque

nos parecemos. Aún no tengo claro en qué, pero nos parecemos mucho», pienso.

De repente, el ritmo de la canción que está sonando cambia y un chico sale del corro entre silbidos y ovaciones mientras otra chica se coloca en el centro. Adrián se encorva hacia mí y me susurra a escasos milímetros:

—Ocupa tu espacio en el mundo, Emma.

Lo que siempre he querido. Lo que tantas veces he escrito en mi diario. Y entonces algo dentro de mí encaja y el dolor se disipa. Como una pieza que llevara años fuera de su sitio.

La valentía.

—¿Y si sale mal? —dudo una última vez.

—Si sale mal —la sonrisa de Adrián se hace tan grande que no voy a olvidarla jamás—, puedes echarme la culpa a mí.

Me río, destensándome del todo. Respiro hondo para armarme de valor y, sin pensarlo más, me saco el móvil y las llaves de los bolsillos del vaquero para que no me molesten. Le pido a Adrián que me lo guarde todo y me dirijo a la pista.

Al principio, me tiembla el pulso. Siento todas las miradas puestas en mí y esa voz que siempre me repite que llego tarde, que no pertenezco aquí, vuelve a resonar en mi cabeza. Pero miro hacia atrás. A Adrián. Sigue ahí, observándome tranquilamente, como si no dudara de que voy a ser capaz.

Y decido creerle.

Bailo.

Bailo junto a la otra chica que, claramente, es mejor que yo. Bailo rodeada de personas que parece que nunca han abandonado este

arte. Bailo con todo lo que soy, sin vergüenza, solo para impresionarme a mí misma.

No existen los errores, ni las comparaciones, ni versiones rotas.

Solo movimiento. Solo presente. Solo yo.

Cuando la canción termina, el corro arranca a aplaudir entre nuevos silbidos. La chica y yo nos felicitamos por haberlo hecho tan bien y regreso junto a Adrián con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Te lo has pasado bien?

—¿Bien? ¡Ha sido brutal! —grito, repleta de adrenalina—. Menudo nivel tienen, pero ¡no me ha importado nada!

—Por cierto —Adrián me da mi móvil y mis llaves—, alguien te ha enviado unos quinientos audios mientras tanto. A lo mejor es urgente.

No lo es. Son Victoria y Miriam, diciéndome que me echan de menos. Sin embargo, me doy cuenta de otra cosa: mi fondo de pantalla es una foto con Gael en la plaza del pueblo. Levanto la cabeza y Adrián aparta la mirada, claramente avergonzado por haberlo visto sin querer.

Es normal que lo haya hecho, si la pantalla no ha dejado de iluminarse con cada mensaje. Ese no es el problema. El problema es… ¿por qué no he cambiado la foto en todo este tiempo? Guardé las fotos con Gael en una carpeta aparte, que archivé, además de borrar todos nuestros mensajes. ¿Cómo es posible que esta se me pasara por alto?

Por costumbre.

Por nostalgia.

Por am…

—Emma, lo haré.

La voz de Adrián me trae de vuelta al presente y me distrae enseguida del dolor que estaba volviéndose a arremolinar en mi pecho.

—¿Qué harás?

—Darte clases extra.

—¿De verdad? —me emociono.

—Con una condición.

—La que sea.

Sus ojos brillan fugazmente.

—Nunca más vuelvas a esconderte cuando bailes. ¿Trato?

La sonrisa regresa a mi cara.

—Trato.

Capítulo 13

La alarma suena a las seis de la mañana y, por un momento, me planteo muy seriamente fingir mi propia muerte.

—Esto es culpa tuya —me digo a mí misma.

Porque, si estoy despierta a estas horas, es por mí y mi empeño en que Adrián me dé clases extra de baile.

Me arrastro hasta el baño en modo zombi y me ducho tan rápido que ni siquiera sé si me he quitado las legañas o no. Después me visto con los *leggins* negros que mis amigas me convencieron de que me quedaban genial, otro de los tops nuevos que me compré y una sudadera enorme. Me recojo el pelo oscuro en una coleta alta y salgo de la residencia esperando que el café para llevar me espabile de golpe.

Mientras me dirijo a la Academia de Artes, repaso mentalmente todo lo que tengo que hacer hoy: practicar con Adrián, clase de Didáctica a las diez, seminario a las doce, trabajo grupal después de comer, danza por la tarde y, si sobrevivo, escribir en mi diario antes de dormir. Y, a la mañana siguiente, vuelta a empezar.

Ahora mismo no tengo ni idea de cómo voy a sobrevivir a semejante planificación, pero lo acabaré averiguando. Todo sea por bailar.

Llego a la academia cinco minutos antes de la hora que pactamos. La recepcionista me indica el aula donde Adrián está esperándome: justo en la que hice la audición para acceder a la academia.

En cuanto entro en el pasillo vacío, escucho las notas de un piano. Suave y melódico. La puerta del aula está entreabierta y asomo la cabeza antes de avisar de que ya he llegado…

Adrián está bailando.

Se mueve a través del aula con una naturalidad que quita el aliento. Me cuesta unos segundos procesar lo que estoy viendo, porque eso… Eso no es hip-hop. Es danza contemporánea. Sus movimientos son preciosos, fluidos, amplios, limpios. Me hipnotizan. Y solo por eso descubro algo: hay cierta tensión en varios de sus pasos. Hay momentos en que parece a punto de soltarse del todo y, justo entonces, frena con una rigidez apenas perceptible.

De repente, falla al apoyarse, se tambalea y se detiene en seco. Me fijo en cómo aprieta la mandíbula, cómo baja la cabeza con frustración, cómo un peso invisible cae sobre sus hombros. Se pasa una mano por el pelo y resopla.

Entonces levanta la vista hacia la puerta y me pilla. Creo que se va a enfadar, porque no logro distinguir la emoción que le cruza el semblante, pero… sonríe. Toda dureza desaparece cuando me pregunta:

—¿Cuánto rato llevas espiándome?

—Acabo de llegar.

—Mentirosa.

Entro en el aula intentando disimular que no me he quedado embobada observándolo.

—Me dijiste que no bailas contemporáneo —comento mientras dejo mis cosas en un rincón.

—Te dije que el hip-hop y el contemporáneo no tienen nada que ver. —Adrián recoge una botella del suelo y bebe.

—¿Y vas a explicarme por qué sabes bailar ambos estilos?

—Tendrás que ganártelo.

Suelto una risa y el ambiente se aligera, a pesar de que no dejo de pensar en lo que acabo de ver. En ese lapso en que Adrián parecía algo roto por dentro y, sobre todo, por fuera. Pero esta vez no insisto. Él tampoco bromea con que lo haya dejado en paz. Simplemente, aparta la botella y da una sonora palmada.

—Enséñame la coreo de la exhibición.

—¿Ahora?

—No, Emma. La semana que viene.

—Qué simpático eres a estas horas. —Pongo los ojos en blanco.

—Baila —me ordena.

Le enseño la lengua como, segurísimo, hacen sus alumnas. Luego saco el móvil, pongo la canción de la actuación grupal en bucle y me coloco en posición.

Los primeros movimientos me salen bien, pero luego llega una secuencia rápida y me equivoco en la transición.

—Otra vez. Desde el principio.

Repito.

Vuelvo a fallar. En esta ocasión, un poco antes.

—Otra vez.

Y otra, y otra… A la quinta, estoy jadeando. A la octava, quiero tirarle una zapatilla a la cabeza. A la décima, estoy a punto de echarme a llorar.

—No me sale entera. ¿Para qué me haces repetirla tanto?

—Para comprobar tu nivel en todas esas cosas que dices que te faltan: resistencia, fuerza, práctica. Es una coreografía compleja.

—¿SÍ? No me había dado cuenta —suelto con ironía y frustración. Me arrepiento enseguida—. Lo siento.

Adrián se aproxima, pero yo no puedo mirarlo a los ojos sin morirme de la vergüenza.

—Emma, mírame —me pide con delicadeza. No le hago caso—. Mírame, por favor.

Levanto la mirada en un impulso y… Error. Error gravísimo. Adrián está tan cerca de mí como la noche del parque. Puedo distinguir la sombra de sus hoyuelos. También que tiene las pestañas largas y que, pese a que ha estado bailando, sigue oliendo a limpio. Un perfume que empieza a resultarme peligrosamente familiar.

—Entiendo que quieras clavar cada paso y demostrar que eres buena. La técnica es importante, por supuesto. Pero debes sentirte igual que cuando bailaste en el parque. Feliz y libre.

Retrocede medio paso para que pueda observarlo de arriba abajo.

—Vamos a hacerlo juntos.

—¿Has memorizado el baile entero?

—Sígueme, Emma.

La canción vuelve a empezar y Adrián ejecuta el primer paso de la coreografía a la perfección. No sé qué pretende, pero no lo descubriré si me quedo quieta, así que lo imito. Persigo las formas que dibuja su cuerpo: sus hombros curvándose, su cadera girando, sus pies deslizándose…

Al comienzo, voy detrás de él. Después, a la vez. Y, muy al final, dejo de copiarlo. Simplemente, fluimos e incluso improvisamos entre

paso y paso. Encajamos demasiado bien, como si ya hubiésemos bailado juntos mil veces.

Saltamos.

Giramos.

Retrocedemos.

Volvemos a encontrarnos.

La canción llega a sus notas finales y Adrián me sujeta por la cintura para pegarme a él en un último movimiento. Mis manos aterrizan en su pecho y nuestras narices se quedan a centímetros de rozarse.

El tiempo se detiene. Lo noto primero en el estómago. Ese hormigueo. Ese calor. Esa electricidad súbita que reconozco de sobra y que va invadiendo cada fibra de mi ser.

Adrián no me suelta. No deja de mirarme con intensidad. Nuestras respiraciones chocan entre nuestras bocas y, por un instante, pienso que va a besarme. Mi corazón se desboca, pero en ese momento él me suelta despacio y da un paso atrás.

El hechizo se rompe.

—Mejor —dice con la voz un poco ronca.

Yo asiento varias veces y muy deprisa.

—Sí. Total. Sí.

El ambiente vuelve a enrarecerse. Quizá por eso Adrián añade:

—Tienes que ir a la universidad en una hora, ¿no?

—Ajá.

—Será mejor que te vayas poniendo en marcha.

—Claro.

Recojo mi mochila tan deprisa que casi se me resbala de entre los dedos y me dirijo hacia la puerta. No soy tan inmadura para

marcharme sin despedirme, así que me giro antes de salir. Adrián continúa ahí plantado, observándome. Estoy segura de que él también ha sentido el hormigueo, el calor, la electricidad, y tampoco ha sabido qué hacer con ello.

—Vamos hablando, ¿vale?

—Cuando quieras, Emma.

Todas estas emociones me asustan, porque la respuesta está clarísima: Adrián podría llegar a gustarme. Quizá demasiado. Y no puedo permitírmelo. No ahora, justo cuando estoy volviendo a encontrarme.

He aprendido a las malas cómo empiezan y acaban este tipo de historias. No voy a volver a enamorarme. Nunca más.

Aunque, mientras salgo del aula con el corazón disparado y la mirada de Adrián todavía clavada en mi espalda, una parte pequeña y traicionera de mí se pregunta cuánto tiempo duraré así.

Tercera parte

MIENTRAS VUELVO A SENTIR

Capítulo 14

Las agujetas ya forman parte de mi personalidad. Sin exagerar. Hay días en los que me levanto de la cama gruñendo como una señora de ciento cincuenta años y otros en los que bajar las escaleras de la residencia parece una misión extrema diseñada específicamente para humillarme.

Y, aun así, lo hago todo con una sonrisa. Porque, sí, estoy cansada, ¡destrozada física y mentalmente! Pero creo que nunca me he sentido tan viva.

Con mi horario de locos, las semanas me pasan a la velocidad de la luz. La universidad me absorbe por las mañanas entre trabajos, exposiciones y profesores convencidos de que sus asignaturas son las únicas que existen en el planeta Tierra. Después me voy corriendo a la Academia de Artes y ensayo con mis compañeros durante horas. Ah, y no olvidemos los madrugones que me pego para asistir a las clases extra con Adrián.

Estoy mejorando. Lo noto en cosas pequeñas. En que ya no necesito mirar continuamente al espejo para comprobar si estoy haciendo bien los pasos. En que mi cuerpo resiste mejor la presión. En que empiezo a reconocerme otra vez cuando bailo.

Y también lo noto en Adrián. Sus correcciones ya no son tan constantes. Asiente todo el rato y sus silencios están cargados de

aprobación. Algo que, viniendo de él, equivale prácticamente a una declaración oficial de orgullo.

En definitiva, no tengo tiempo para pensar demasiado. Y quizá eso también me esté salvando un poco.

—¡De nuevo! ¡Desde el principio! —nos ordena Carmen.

Toda la clase resopla al mismo tiempo y Victoria se deja caer dramáticamente sobre Miriam.

—No puedo más. Si muero aquí, mantened activas mis redes sociales.

—¿También heredaremos todo tu vestidor? —bromea Miriam.

—Finge un poquito, ¿no, guapa? ¡Estamos hablando de mi funeral!

Yo me río mientras me seco el sudor de la frente con una toalla. Cuando la profesora nos pide que volvamos a ocupar nuestras posiciones, la lanzo sobre mi mochila, en un rincón, y me concentro.

La música vuelve a sonar y empezamos otra vez.

Nuestra técnica grupal ha mejorado muchísimo desde las primeras semanas. Ahora los cambios de formación nos salen bastante limpios y la mayoría conseguimos seguir el ritmo sin parecer una manada de ciervos recién nacidos.

O, al menos, eso creía, porque, cuando terminamos la coreografía, Carmen nos observa negando con la cabeza. Los silencios que se alargan nunca traen nada bueno, y si encima los acompaña una negación como la de nuestra profesora… Estamos en un aprieto. Segurísimo.

—En efecto, habéis evolucionado técnicamente.

¿Con sinceridad? No suena a piropo. Suena a que ahora viene el mazazo que ha estado fraguando mientras estaba callada. Ahí va:

—Pero no funcionáis como grupo. Os falta confianza entre vosotros. Bailáis pendientes de no equivocaros. De cómo os veis. De quién destaca más. No conectáis.

Es un jarro de agua fría y, por desgracia, la más absoluta verdad. Hay tensión entre nosotros. No por nada malo, sino por inseguridad. Todos queremos hacerlo tan impoluto que terminamos encerrándonos en nuestra propia cabeza y dejamos de observar alrededor.

Además, no es que tengamos que ser amigos, pero tampoco nos hemos esforzado por conocernos todos. Estamos divididos en grupitos, como Victoria, Miriam y yo, y no nos relacionamos más allá de lo estrictamente necesario.

—Si vosotros no sentís la coreografía como un todo, el público tampoco lo sentirá. —Carmen suspira y, de repente, nos damos cuenta de que no ha terminado con las malas noticias—. Algunos continuáis muy por debajo del nivel exigido para la exhibición.

El estómago me da un vuelco y me preparo para ser la primera señalada, pese a lo mucho que he estado esforzándome.

—Iván —dice Carmen, y yo experimento una mezcla de sorpresa y alivio al no escuchar mi nombre—, necesitas imprimirles más energía a tus movimientos. —Nuestro compañero asiente enseguida—. Noemí, deja de mirar al suelo. —Es la más jovencita del grupo y murmura un «sí» tembloroso que me parte el corazón. Y entonces… —. Victoria.

Mi amiga alza la cabeza tan de golpe como Miriam y yo nos giramos hacia ella. Imposible. Esto no puede estar pasando.

—¿Qué te ocurre? —le pregunta la profesora.

Victoria fuerza una sonrisa que no encaja en su rostro cuando contesta:

—Nada.

—Pues para ser «nada» está afectando totalmente a tu manera de bailar.

No lo entiendo. ¿En qué momento Victoria ha empezado a hacerlo mal? Siempre actúa con seguridad, potencia y magnetismo. Pero ahora que lo pienso mejor… Puede. Puede que haya algo frágil en ella.

Repaso mentalmente el último ensayo. No mi manera de ejecutarlo, sino la de mis amigas. Y Carmen tiene razón: Victoria es impecable a nivel técnico, pero, de pronto, le falta fuerza. Como si estuviera bailando con el piloto automático puesto. Como si tuviera la cabeza en otro sitio.

Tengo ganas de interrumpir todo este sermón para decirle a mi amiga que comprendo al cien por cien esa sensación. La sensación de bailar sin terminar de sentirte dentro.

Miriam le acaricia el brazo para reconfortarla, y, aunque Victoria sonríe para intentar no preocuparnos, agacha la mirada cuando se disculpa:

—Lo siento.

—No quiero disculpas —contesta Carmen, aunque suaviza un poco el tono. Y lo siguiente nos lo dice a todos—: Quiero que os convirtáis en un grupo de danza profesional. Unidos, centrados, disfrutando de verdad. —Y regresa al centro del aula para anunciar—: Por eso vais a asistir al Pulse&Flow.

Se escuchan algunos susurros emocionados, mientras que yo frunzo el ceño.

—¿El qué?

Victoria y Miriam me miran como si acabara de admitir que vivo debajo de una piedra.

—¿No sabes lo que es, Emma? ¿Acaso no lo leíste en el programa?

—Claramente no.

Ni siquiera les he contado que me apunté a estas clases en un impulso por dejar atrás a una Emma solitaria y destrozada. Y eso me hace volver a pensar en lo que nuestra profesora quiere de nosotros: unión.

Si ni siquiera les he confesado a mis nuevas amigas nada sobre mi pasado (Gael, el Conservatorio de Danza en Madrid…), ¿cómo voy a conectar con el resto si me limito a existir en la vida de unas pocas personas?

Anotado: abrirme más, empezando por Victoria y Miriam.

—Emma. —Miriam me saca de mis pensamientos—. El Pulse&Flow es literalmente el mejor momento del curso.

—Es un retiro organizado por la academia para los alumnos más mayores —me explica Victoria—. Una semana y media de convivencia con ensayos intensivos.

—¿Más todavía?

—También se organizan talleres especiales —continúa Miriam—, como dinámicas de grupo y excursiones. Luego te paso el Insta del lugar donde se hace. ¡Vas a flipar de lo chulísimo que es!

—O sea, que es parecido a un campamento.

—Bueno, dormimos en cabañas, así que…

Lo cierto es que no puedo evitar emocionarme, porque suena muy divertido. Faltaré una semana y media a la universidad, pero estudio día a día por algo y, además, presentaré un justificante a mis

profesores, y mis compañeras pueden pasarme los apuntes a la vuelta.

—Será vuestra última oportunidad para demostrarme que merecéis actuar como grupo en la exhibición de la academia —nos advierte Carmen—. Y una cosita más… En el Pulse&Flow también decidiré quién hará el solo.

La coreo individual. Me invade la adrenalina solo de pensar en ello, porque ojalá sea yo la elegida. Me encantaría bailar sola delante de un público enorme, por muy nerviosa que pueda ponerme.

¿Es una locura confiar en que puedo ser capaz? Hace apenas unos meses era la chica que lloraba encerrada en su habitación pensando que estaba rota, pero ahora… Ahora me arrepentiría mucho si no lo intentara con la seguridad de que puedo conseguirlo.

Quiero saber hasta dónde puedo llegar si dejo de tener miedo.

La clase termina media hora después y salimos del aula casi arrastrándonos hacia el vestuario. Una vez dentro, Victoria se deja caer en uno de los bancos.

—¿Quieres hablar de lo que ha pasado? —le pregunto.

—De momento, no —suspira—. Pero gracias, chicas.

—Estamos aquí para lo que necesites, Vicky. —Miriam le da uno de sus achuchones reparadores—. Te queremos mogollón.

—En serio, Emma —me dice Victoria mientras abro mi taquilla—, ¿cómo sigues viva si madrugas para entrenar también con Adrián?

La pregunta está clarísima y, sin embargo, mis mejillas se ponen al rojo vivo automáticamente al pensar en él. Genial. Perfecto. Muy discreta por mi parte. Porque, de golpe, Victoria me señala enseguida con un:

—¡Qué fuerte! ¡Esa cara, esa cara!

—¿Qué cara? —Meto la cabeza en la taquilla para que dejen de mirarme.

—La cara de «no puedo disimular que no me afecta escuchar el nombre de Adrián» —chilla Miriam.

—¡Estáis flipando! —las acuso, separándome de la taquilla, aunque siga roja como un tomate.

—Venga, va, fingiremos que Adrián no te hace tilín para que no te dé un ataquito.

—¿Tilín? No seas cría.

—¿«Tolón» mejor? —sigue burlándose mi amiga, que acaba partiéndose de la risa junto a Miriam.

La tontería acaba haciéndome gracia hasta a mí, y permito que sigan tronchándose porque las prefiero así y no preocupadas por su futuro en la Academia de Artes.

Nos duchamos, nos cambiamos y nos despedimos al salir del edificio. Victoria tiene cena familiar y Miriam ha quedado con unas amigas del instituto. Yo camino sola hacia la residencia mientras el atardecer cae sobre la ciudad.

En momentos como este es cuando más noto el agotamiento, pero también la satisfacción de haber bailado con todo lo que tengo y soy. Me cazo una sonrisa en el reflejo de un escaparate y sonrío mucho más.

La danza vuelve a hacerme feliz, y tengo amigas de verdad. Dos chicas que me escriben para preguntarme si he llegado bien a mi habitación. Que me esperan para ir juntas a clase. Que me apoyan cuando me ven mal sin pedirme explicaciones.

Lo tengo claro: no pienso abandonar a mis amigas por que la situación se haya complicado. Sea como sea, Victoria, Miriam y yo

actuaremos en la exhibición de danza.

¡Lo conseguiremos juntas!

Capítulo 15

El Pulse&Flow es muchísimo mejor de lo que imaginaba. Sus instalaciones están perdidas entre montañas y bosques, lejos del ajetreo continuo de la ciudad. Parece una mezcla entre campamento de verano y retiro para personas que han decidido sudar a golpe de bailes por amor al arte.

Dormimos en cabañas de madera, pero no imagines puertas que chirrían, un par de literas medio cojas y una telaraña gigante al fondo. Por dentro son muy modernas y están equipadas con camas individuales, armarios empotrados y un baño privado. Para compartir entre tres personas, ¡perfecto para Victoria, Miriam y yo!

Y, respecto a las aulas de ensayo, son una pasada. Enormes y acristaladas, junto a un pequeño lago. Solo llevamos tres días aquí y ya sueño con que haya una actividad que nos meta en el agua. Promete estar fresquita, pero también ser muy relajante.

Algo que necesito porque estoy… KO. Las piernas dejaron de responderme a la séptima hora del segundo día. Literalmente. Terminé tirada bocarriba en el suelo del aula, jadeando como si hubiese dado la vuelta al mundo corriendo.

Y, aun así, lo estoy disfrutando una barbaridad, como siempre. El ambiente aquí es distinto. Más cercano. Más humano. No somos solo un puñado de bailarines intentando aprender y destacar de manera

individual. El programa nos obliga a mezclarnos, a trabajar juntos y a participar en actividades que, con toda sinceridad, al principio me parecieron un pelín absurdas. Como construir entre todos un puente con cuerdas y palos. O atravesar un circuito por parejas con los ojos vendados. O sentarnos en círculo para compartir cuáles son nuestros sentimientos hacia la danza.

Sí, yo también pensé que iba a morirme de la vergüenza, pero poco a poco… está funcionando. Mis compañeros y yo nos soltamos más. Nos reímos y nos buscamos más allá de nuestros amigos. Y ya no solo en las actividades obligatorias, sino también en las clases de baile (para ayudarnos) y en nuestros ratos libres (para seguir conociéndonos).

Antes de que me dé cuenta, ya está en mí: la sensación de que pertenezco a este lugar.

Por desgracia, hay algo que estoy intentando evitar sin cesar. O, mejor dicho, a *alguien*. Adrián. Desde aquella primera clase extra en la que acabamos bailando muy pegados…, nuestra relación está algo tensa. No demasiado ni de forma muy evidente, pero sí lo suficiente para que me ponga nerviosa cada vez que lo tengo cerca. En todos los ensayos posteriores a aquel día he conseguido mantener el tipo, pero por eso mismo también trato de mantener la distancia cuando no estamos practicando.

Tarea que, por cierto, se me ha complicado un montón porque, contra todo pronóstico, Adrián también ha venido al Pulse&Flow. Según él, «para ayudar con las dinámicas y apoyar en los ensayos». Según Victoria y Miriam, «porque claramente está coladísimo por ti». Y según yo… Bueno, prefiero no pensar demasiado en él y sus razones.

Es la mañana del cuarto día y, al contrario que los tres anteriores, hoy vamos a empezar con una excursión por el monte. Nos hacen desayunar deprisa y ponernos en marcha tan temprano que apenas ha amanecido.

—Esto es una traición al colectivo artístico —protesta Victoria mientras se hace una trenza de raíz—. Yo no he venido aquí a tocar césped, sino a bailar.

—Si es un paseíto de nada —comenta Miriam.

—Un paseíto de diez kilómetros cuesta arriba —les recuerdo entre risas, y Victoria suelta un gruñido que podría espantar a la mitad de la fauna de estos bosques.

El aire de la montaña sopla fresco cuando iniciamos la ruta. Algunos caminan medio dormidos y otros, en cambio, demasiado animados para ser las ocho de la mañana.

Yo avanzo entre mis amigas al principio, escuchando cómo saltan de un tema a otro sin sentido. Que si quién va a conseguir el solo. Que si Iván está enamorado de Noemí. Que si las barritas energéticas que nos dan en el comedor, en realidad, están hechas de alpiste para pájaros.

—¿Y el arroz? —Miriam hace una mueca—. Crujía, os lo prometo.

—Será alguna receta de esas orgánicas o yo qué sé —se queja Victoria.

—Sí, directo de la tierra a la mesa —bromeo.

—¡Emma, puaj!

Nos reímos y, cuando aparto la rama de un árbol para poder seguir avanzando, mi vista se topa con una espalda ancha. Adrián camina unos pocos pasos por delante de mí, hablando con dos chicos de mi clase. Pelo castaño y húmedo. Camiseta de manga

corta ajustada. Manos en los bolsillos de un pantalón ancho. Pasos tranquilos.

Como me quedo embobada observándolo, me meto tal resbalón con una roca incrustada en el suelo que todos los de mi alrededor se giran hacia mí para averiguar qué ha pasado. Incluido Adrián. Lo que me salva de la caída es que sigo agarrada a la rama, pero nuestras miradas se cruzan y… la aparto enseguida.

Ya, no estoy siendo la más madura emocionalmente, pero, cuando lo miro, el corazón me da tantos tumbos en el pecho que hasta duele.

La ruta continúa entre risas, fotos y quejas exageradamente dramáticas cada vez que subimos una cuesta. Al cabo de un rato, necesito aire. No aire de verdad, sino espacio. Me encanta estar con mis amigas y mis compañeros, pero a veces la batería social se me agota más rápido de lo que me gustaría.

Así que empiezo a quedarme un poco rezagada, permitiendo que los grupos me adelanten mientras disfruto de la paz del bosque. El silbido del viento. El roce de las hojas. El trino de algunos pájaros. Respiro hondo y cierro los ojos para… Me choco con un árbol. Solo que no es un árbol, sino Adrián.

—No deberías cerrar los ojos, y menos cuando antes has estado a punto de rodar montaña abajo —bromea.

—No me habría tropezado si tú no te hubieses puesto delante de repente —lo acuso, divertida—. ¿Es que te has rendido o qué?

—Pensaba que te habías perdido.

Se ha puesto la capucha de la sudadera y tiene las mejillas ligeramente sonrojadas. Está guapo incluso así. Sus manos, de pronto, me arden contra la piel. Intento deshacerme de su agarre

con cuidado, para que no lo malinterprete, pero es que mi estómago acaba de ser invadido por una bandada de mariposas eléctricas.

—No me he perdido —susurro—. ¿Es que estabas pendiente de mí?

Adrián suelta una carcajada muy suave que me pone los pelos de punta y contesta:

—Digamos que he sido consciente de que has ido desapareciendo poco a poco.

—O sea que sí.

—¿Eso quieres, Emma? ¿Que no deje de mirarte?

Las mariposas eléctricas evolucionan a mariposas de fuego y los pulmones se me llenan de nervios que no me dejan respirar.

—No… no digas tonterías —balbuceo—. Solo buscaba un poco de tranquilidad.

—¿Por mí?

—¿Qué? No, no, de todos en general. Los últimos años he estado más sola que acompañada, así que ahora me abruma pasar mucho rato rodeada de demasiados estímulos.

—Entonces ¿por qué estás tan distante conmigo?

Vale, era inevitable que Adrián también se diera cuenta. Porque, al margen de mis sentimientos, nos llevamos bien. Yo ya lo considero un amigo, incluso. Y creo que él a mí también. De modo que, una vez más, es culpa mía que no hayamos solucionado esto antes.

—Emma, por favor…

Parece una súplica, y ese puntito de desesperación al decir mi nombre me desarma un poco. Suspiro, porque no puedo confesarle la verdad. No puedo confesarle que me despierta emociones que no

sé controlar y que, desde luego, debería controlar. Que me da miedo que él pueda llegar a gustarme y, peor todavía, que me enamore.

No quiero mentirle, pero, aun así, lo hago a medias:

—Es que estoy preocupada por Victoria.

Adrián frunce el ceño ligeramente.

—¿Por la exhibición?

—Carmen le llamó la atención antes de venir al Pulse&Flow y… no sé. La noto un pelín desmotivada.

—¿Y si se une a nuestras clases extra?

—¿Harías eso por Victoria?

—Y por ti. —Su sonrisa tira de la mía—. Quizá solo necesita practicar más junto a una amiga y sin la presión de bailar frente a una profesora.

Eso me hace pensar en cuando Victoria me dijo que, en vez de pedirle ayuda a Adrián, podría habérsela pedido a Miriam y a ella. ¿Y si también era una manera de pedir ayuda para sí misma?

—Creo que es una idea buenísima —asiento—. A lo mejor se niega las primeras diez veces que se lo proponga porque le encanta ir de tía dura, pero estoy segura de que terminará aceptando. Gracias, Adrián.

—No hay de qué.

Solo entonces, retomamos la marcha, uno al lado del otro. Y, por fin, el silencio entre nosotros deja de pesar. Las mariposas siguen revoloteando y ardiendo en mi estómago, pero de una forma más suave.

—¿Tus padres irán a verte a la exhibición?

La pregunta me pilla muy desprevenida. Adrián no suele interesarse en exceso por mi vida privada. O sea, pone atención

cuando sale de mí contarle alguna cosa, pero nunca me presiona para descubrirlo antes de que yo decida contarle algo.

Así que también me sorprende bastante tener ganas de hablarle sobre mi relación con mis padres, teniendo en cuenta lo complicada que es la situación.

—No lo sé.

—Es decir, que no.

—Es que… —Inspiro hondo y confieso—: Ni siquiera saben que entré en la Academia de Artes.

—¿Cómo? —Adrián se detiene un instante, descolocado. Estoy segura de que no se esperaba que fuera esa clase de chica que no tiene informados a todos de cada uno de sus movimientos—. ¿Por qué?

Me rodeo con los brazos para sostenerme y darme fuerzas, porque decirlo en voz alta lo hace todo mucho más real:

—Mis padres siempre han pensado que la danza contemporánea solo era una distracción. A ver, les parecía genial que bailara y opinaban que lo hacía muy bien, pero les preocupaba que eso afectara a mis estudios. Y yo soñaba con entrar en el Conservatorio de Danza de Madrid, pero…

—¿Se opusieron?

—No, no. —Trago saliva—. No fui por —Gael— otra cosa. —Adrián nota que he esquivado la verdad, pero, como ya he dicho, no me presiona para averiguarla. Solo espera a que continúe—: De todas maneras, no me habrían apoyado. Creo que lo habrían considerado el mayor error de mi vida.

—Lo crees.

—Sí.

—Pero no lo sabes.

—¿Piensas que estoy exagerando?

—Para nada. Y perdón. No era mi intención sonar condescendiente. Es solo que… opino que deberías contárselo. Todo.

—Ni de broma.

—Invítalos a la exhibición.

—Que no, Adrián.

—Emma…

—No quiero decepcionarme por enésima vez, ¿vale?

La confesión me retuerce el corazón y hago un esfuerzo enorme por contener las lágrimas. Los ojos marrones de Adrián reflejan enseguida su arrepentimiento y casi… Casi creo que está a punto de abrazarme. Pero se mete las manos en los bolsillos del pantalón y me da un poquito más de espacio, quizá por lo que le he contado antes.

Avanzamos unos minutos en silencio, hasta que mi respiración se normaliza y se me pasan las ganas de llorar.

—Mis padres querían que hiciera danza contemporánea, ¿sabes? —me cuenta Adrián de repente.

Intento no quedarme boquiabierta con este arranque repentino de sinceridad por su parte. La verdad es que me muero por saber más sobre él y, además, lo que acaba de admitir parece importante, así que lo miro con la misma atención que siempre me presta a mí y asiento para animarlo a seguir.

—De joven, mi madre intentó dedicarse a ello de manera profesional, y quería lo mismo para mí. Hice pruebas en una escuela infantil de danza y resultó que tenía talento, así que mi familia se volcó en mi preparación para dedicarme a la danza.

—Pero, déjame adivinarlo, con los años descubriste que te gustaba más el hip-hop.

Adrián me mira de reojo con media sonrisa triste:

—Mucho más. —Se pasa una mano por el pelo—. Y, como tú, no les conté nada porque, como tú otra vez, estaba convencido de que se negarían en redondo. Me esforcé mucho por contentarlos. Incluso me pusieron profesores privados para que evolucionara más deprisa, pero, cuando cumplí los quince…, empecé a escaparme después de los ensayos.

—¿Escaparte? ¿Adónde?

—Al parque al que te llevé.

Donde se reúnen los bailarines que hacen *freestyle.* Sin apenas conocerme, Adrián me enseñó un lugar muy especial para él.

—Practicaba allí por mi cuenta. En secreto.

Lo dice despacio, como si el recuerdo fuese una carga. Como si no fuese bonito. Lo reconozco porque yo guardo muchos de esos. Por eso le pregunto con delicadeza:

—¿Y qué pasó?

Adrián tensa la mandíbula y no me pasa inadvertido el momento en que se lleva una mano a la pierna.

—Me lesioné la rodilla en una de esas escapadas.

Contengo el aliento, pero me mantengo firme, porque no creo que Adrián busque mi compasión. Yo tampoco la querría si le confesara todo mi historia con Gael.

—¿Y te recuperaste?

—No lo suficiente.

Su voz no solo suena más grave, sino completamente rota.

—Cuando mis padres se enteraron de cómo había sucedido, de que había estado escabulléndome a escondidas para practicar hip-hop sin supervisión…, todo explotó. Me castigaron por desobedecerlos y, poco a poco, dejaron de apoyarme. Me acusaban a diario de haber arruinado mi futuro por una tontería. —Aprieta los puños, y ahora soy yo la que debe reprimir el impulso de abrazarlo —. Como te digo, no conseguí recuperarme del todo de la lesión y, al cumplir los dieciocho e irme de casa, mi familia y yo nos distanciamos.

No puedo imaginarme cuánto sufrió (cuánto, sin duda, sigue sufriendo) y, al mismo tiempo, lo entiendo. Entiendo lo que es perder algo que amas y no saber quién eres sin ello.

—Por eso das clases a los niños, ¿no?

—Sí. Necesitaba conservar el baile en mi vida, fuera como fuese. —La brisa mueve ligeramente las ramas sobre nosotros y añade, casi en voz baja—: Te he contado todo esto porque quería, pero también… También porque a veces pienso en llamar a mis padres y contarles todo lo que he conseguido, aunque les parezca poco.

—Es muchísimo, Adrián. ¿Por qué no lo haces?

Se le escapa una risotada sin humor:

—Por la misma razón que tú no les cuentas nada a los tuyos.

Miedo, claro.

El miedo siempre regresa de una forma u otra.

Me acerco un poquito más a él, ya que no sé si aceptaría que lo abrazara. Tampoco sé hasta qué punto sería muy raro preguntarle si puedo. Y, aun así, lo único que siento es que Adrián está convirtiéndose en un lugar seguro para mí.

Un refugio. Alguien con quien puedo quitarme la armadura sin sentirme demasiado expuesta y vulnerable. Y eso… eso es peligrosísimo, porque solo hace que sienta mucho más por él. No quiero volver a pasar por eso. No quiero volver a mirar a alguien y sentir que puedo romperme otra vez.

Pero, mientras caminamos juntos entre los árboles, hablando de heridas que nadie más conoce…, la idea empieza a parecer inevitable.

Quizá el amor no muere para siempre después de una despedida.

Quizá solo espera pacientemente a la persona adecuada con la que renacer.

Capítulo 16

Al día siguiente, me arrepiento de todas las decisiones vitales que me han conducido hasta este momento exacto. Y no solo porque me caiga de sueño. Ni porque anoche mis amigas y yo nos acostáramos tardísimo después de contarnos hasta nuestro último secreto (sí, por fin les hablé de Gael). Sino porque son las seis de la mañana, me duelen músculos cuya existencia desconocía y mi cuerpo ha decidido declararse oficialmente en huelga.

Cuando intento levantarme de la cama, unos calambres terribles me atraviesan las piernas y me dejo caer de nuevo sobre el colchón. Entierro la cara en la almohada para ahogar un gemido torturado.

—Yo también estoy fatal —me susurra Victoria para no despertar a Miriam—. ¿Y si le enviamos un mensaje a Adrián diciéndole que nos ha surgido algo muy importante y no podemos ir a la clase extra?

—¿El qué? ¿Cazar mariposas? —bromeo, también bajito.

—Hum, ¿y qué te parece la opción de que nos hayan abducido los extraterrestres? —Intenta contener una carcajada.

—Me parece que Adrián vendría a buscarnos hasta Saturno para vengarse por habernos escaqueado después de haberlo hecho madrugar.

—Bien mirado.

—Además, estaría muy feo dejarlo plantado. Está esforzándose por nosotras dos…

—Para impresionarte.

—¿Qué? No. Es un buen amigo. No tiene nada que ver conmig…

—¡Tíaaaaaaaaas! —protesta Miriam de repente, medio dormida—. Enhorabuena por el episodio exprés de salseo matutino, pero son las muy pronto de la mañana, ¡callaos e id a ensayar de una vez!

Victoria y yo nos tapamos la boca para reprimir la risa, y luego le susurro:

—No sabía que tenía tan mal despertar.

Miriam nos tira varios cojines a la cabeza y, entonces sí, no podemos evitar reírnos a carcajada limpia.

Media hora más tarde, Victoria y yo estamos atravesando el recibidor del Pulse&Flow en dirección a las aulas acristaladas. El aire está frío y húmedo y todo el recinto parece suspendido en una calma absoluta. Me gusta que el mundo parezca tan tranquilo, como si todavía estuviese desperezándose.

Llegamos al aula y vemos a Adrián a través de los cristales. La música suena por un pequeño altavoz conectado a su móvil y está bailando. Me detengo de golpe, porque vuelvo a tener esa sensación. La misma de aquel primer ensayo en que lo descubrí bailando cuando él creía que nadie lo miraba.

Adrián gira sobre sí mismo con una fluidez imposible, encadenando pasos finos y metódicos. Es precioso. Y duele mirarlo. Porque da igual lo solo que esté, nunca se suelta del todo, y ahora sé que se debe a la lesión de la rodilla, que le impide moverse con total libertad.

—¿Entramos?

—¿Eh? —Me giro hacia Victoria—. Ah, sí, sí.

—Pero primero límpiate la baba —se burla de mí—. Te has quedado atontada mirándolo.

—Que no.

—¡Ya te digo yo que sí!

Mi amiga alza tanto la voz mientras cruzamos la puerta que Adrián se detiene enseguida y se gira hacia nosotras. Creo que nos va a dedicar su clásico ceño fruncido, pero en ese momento ocurre algo que últimamente no deja de pasar: sonríe al verme. No a las dos. A mí. Lo sé porque sus ojos marrones están clavados en los míos y porque su sonrisa, siempre diminuta, se vuelve algo tímida al mirar a Victoria después.

—Llegáis más pronto de lo que había apostado —bromea, dejando escapar una risa que… Madre mía, no debería gustarme tanto escucharla.

—Llegamos a una hora que debería estar prohibida por la ley. —Victoria suspira—. Pero gracias, Adrián, siento haceros perder el tiempo.

Él y yo intercambiamos una mirada preocupada antes de que yo le diga a Victoria:

—No nos haces perder el tiempo. Todos necesitamos ayuda.

Victoria baja la cabeza y, con ella, todos los escudos tras los que siempre se protege.

Parece más frágil que nunca.

—No sé qué me pasa —admite por fin—. Antes de la academia, bailar era… sencillo. Miriam y yo nos pasábamos los recreos enteros grabando tiktoks a escondidas porque lo único que queríamos era

bailar. Bailar y terminar las clases del instituto para ir a las de danza y seguir bailando. Era divertido.

—¿Y ahora ya no lo es?

—Sí y… no. Siento que todo se ha reducido a ser la mejor. Aspiro a convertirme en bailarina profesional, y sé que para llegar a serlo debo exigirme mucho, pero ya no recuerdo lo que es bailar por el simple placer de hacerlo.

—Estás más centrada en que te salga técnicamente perfecto que en disfrutar —apunta Adrián.

—Y eso hace que mi forma de bailar no transmita nada, como me advirtió Carmen.

Ambos la entendemos muchísimo y, por eso mismo, se me ocurre una idea maravillosa. Me acerco a Adrián y lo engancho de la camiseta para tirar de él y que se incline hacia mí. Le susurro al oído:

—*Freestyle.*

Veo su sonrisa, más enorme que nunca, antes de darme cuenta de lo cerca que estamos. Cuando gira la cara hacia mí para contestarme, su nariz roza la mía. La caricia (involuntaria, creo) me arde hasta en las puntas de los pies.

—Estaba pensando lo mismo —murmura, y su aliento me hace cosquillas en los labios.

—Eh, ¿¿¿hola??? —nos interrumpe Victoria—. ¿Os dejo solos un ratito?

—¡¿Qué?! —Tierra, trágame—. No, no. Solo le estaba contando el plan.

—¿El plan?

—La solución a tu problema: vamos a bailar.

—Ya. Para eso estoy sacrificando horas de sueño. —Victoria se cruza de brazos.

—Me refiero a que vamos a bailar como nos apetezca. Olvídate de la coreo de la exhibición. Olvídate de ajustarte a la danza contemporánea. Solo… baila con nosotros.

—Eso ya lo hacemos cuando salimos de fiesta.

—Pero nunca lo has hecho en un lugar donde, según tú, todo tiene que salir perfecto.

No parece muy convencida, pero yo tampoco lo estaba la noche que Adrián me llevó al parque y me animó a improvisar rodeada de desconocidos.

—Confía en mí —le digo a Victoria justo cuando Adrián pone una canción.

Los dos empezamos a bailar y, por unos segundos, Victoria nos observa como si se nos hubiese ido la pinza. Pero, igual que me pasó a mí, algo tira de ella. Su amor por el baile. Late en nuestras venas y, al final, es imposible darle la espalda.

Victoria empieza a moverse sin estructura ni pasos marcados. No comprueba si lo está haciendo bien en los espejos y se deja llevar incluso más que cuando salimos de fiesta. Y bailar sin miedo en el mismo lugar que se lo da… consigue arrebatarle todo el poder a esa emoción.

Nos soltamos tanto que terminamos saltando, cantando a pleno pulmón e incluso haciendo pasos tontos que nos hacen reír a carcajadas.

—Esto —dice Victoria intentando recuperar el aire cuando se termina la canción—. Esto es lo que echaba de menos.

—La técnica se puede pulir —comenta Adrián—, pero las emociones son algo muy difícil de falsear.

—Y tú lo tienes todo de manera natural, Vicky —añado—. Eres una bailarina increíble. Permítete serlo sin límites.

—No me vais a hacer llorar, ¿vale? —Pero, cuando nos abraza, siento sus lágrimas de alegría empapándome la mejilla—. Muchísimas gracias, chicos.



Entrenamos muchísimo. Dormimos poquísimo. Convivimos con millones de agujetas, pero también con una felicidad que no se puede explicar con palabras. Y, mientras tanto, yo preparo una coreografía individual para optar al solo de la exhibición.

Durante el cierre del Pulse&Flow, hay una actividad muy concreta: pase libre de actuaciones. Quien quiera puede subirse al escenario que hay en medio del recinto y bailar.

Los profesores han estado analizando nuestra evolución durante todos estos días y creo que una demostración como esa podría darme bastantes opciones, así que tengo que currarme una coreografía que los deje sin habla.

Sin duda alguna de que el solo debe ser para mí.

Esto se traduce en que la madrugada antes del pase libre casi no puedo dormir de lo nerviosa que estoy. Sentada en mi cama de la cabaña, repaso mentalmente cada movimiento. Me ilumina una sola lamparita, pero al momento veo que Miriam levanta la cabeza hacia mí:

—¿Sigues despierta? —me pregunta con voz amodorrada.

—Duerme —le pido con suavidad.

—Vas a bordarlo, tía.

Inspiro hondo y Victoria se remueve en su cama.

—¿Y si no? ¿Y si estoy siendo demasiado optimista, incluso demasiado creída, por confiar en que tengo una oportunidad?

—¿Tú? ¿Creída? —interviene Victoria de repente—. Emma, no me hagas reír.

—Lo digo en serio.

—Y nosotras también —dice Miriam—. Tu problema es que todavía no eres consciente de lo buena que eres.

No les doy la razón, aunque la tengan. Me quedo en silencio hasta que vuelven a quedarse dormidas, y entonces saco el diario de mi mochila.

Releo mis peores días y también los mejores, cuando aún no estaba bien del todo. La constancia, el esfuerzo, la superación. Creer en mí. Lo he estado haciendo todo este tiempo para sanar mi pasado y ahora…

Ahora no voy a parar hasta que todo mi presente brille.



El pase libre se celebra en el escenario principal del Pulse&Flow. Es a cielo descubierto y frente a todos a los alumnos y profesores. Han apagado las luces más potentes del recinto para que solo queden unos focos cálidos iluminando el centro de la tarima.

Todos estamos sentados alrededor, esperando nuestro turno o, simplemente, disfrutando de cada actuación. Pero, aun así, los nervios y la emoción flotan en el ambiente.

Muchos de mis compañeros y otros alumnos van saliendo y realizando coreografías impresionantes, valientes, intensas. Cada uno con su estilo y técnica. Es admirable. Por eso, cuando llega mi turno, siento un brote de inseguridad. Victoria y Miriam me desean suerte. Adrián solo se limita a sonreírme con la seguridad de que voy a devorar el escenario.

Ojalá mis amigos tengan razón.

Acompaso mi respiración mientras subo los peldaños y, cuando llego al centro de la tarima, estoy totalmente concentrada. Antes de que la música suene, consigo que todo a mi alrededor desaparezca.

No pienso.

No dudo.

Solo siento.

Confío en que mi cuerpo recordará cada ensayo y que mi corazón sabrá dotar a cada movimiento del sentimiento adecuado. Bailo para mí y por mí. Tanto que incluso olvido por qué estoy aquí. Incluso olvido todo lo que he ensayado e… improviso.

Me invento pasos arriesgados y que, sin embargo, empastan a la perfección con los que me he aprendido de memoria al repetirlos durante días y días, incansablemente.

Creo en mí, en todas las Emmas que me han llevado a ser quien soy ahora mismo, y lo demuestro con seguridad. A ciegas. Sin miedo.

Cuando termino, la realidad me sobreviene de golpe… con los aplausos y las ovaciones del público entero. Ni siquiera entro en pánico por haber improvisado en un momento tan importante, todo lo contrario: siento que he hecho lo correcto.

Sonrío y hago una reverencia antes de bajar del escenario. Victoria y Miriam se lanzan sobre mí para darme un abrazo. Mientras las estrecho con alegría, veo a Adrián tras ellas.

—Has estado impresionante —susurra, aunque lo escucho alto y claro.

—¡Tía! ¡Qué fuerte! —chilla Miriam—. Casi me da un patatús cuando te has salido de la coreo, pero…

—Pero ¡ese cambio ha quedado alucinante! —completa Victoria.

No pueden asegurarme que vayan a darme el solo, pero tampoco le doy demasiadas vueltas. De hecho, disfruto del resto del pase libre sin expectativas ni presiones.

Al terminar, los profesores no se hacen esperar y empiezan a anunciar las formaciones de los diferentes estilos de baile que participarán en la exhibición. Muchos de los alumnos celebran que han sido elegidos, mientras que unos pocos lamentan lo contrario.

Cuando vemos aparecer a Carmen, los de danza contemporánea inevitablemente nos tensamos. Nuestra profesora se acerca al micrófono y, igual que los demás profesores, no se alarga demasiado antes de decir:

—La formación definitiva para la actuación grupal de danza contemporánea es esta. —Y empieza a anunciar los nombres de nuestros compañeros—: Iván, Noemí… —Lleva diez cuando dice—: Emma, Miriam, Victoria…

Y termina de nombrarnos a los quince. ¡Los quince de danza lo hemos logrado!

—Estoy en la exhibición —murmura Victoria sin llegar a creérselo.

—Lo estás. ¡LO ESTAMOS!

Las tres nos ponemos a gritar de la emoción mientras el resto de nuestros compañeros celebran haberlo conseguido. Hay risas, lágrimas y más gritos. Tantos y tan eufóricos que Carmen tiene que carraspear para que nos callemos, porque, por supuesto, todavía falta algo por comunicar.

—Y el solo es para… —Hace una de sus pausas eternas—. Emma.

—¿Qué?

—Emma, ¡el solo es tuyo! —exclaman mis amigas.

Estoy tan en *shock* que tardo unos segundos en reaccionar, pero, cuando lo hago, ¡estallo de felicidad!

No me lo puedo creer: lo he conseguido todo.

La coreografía grupal con mis amigas y la coreografía individual en la exhibición de la Academia de Artes.

El esfuerzo y el sacrificio han merecido la pena, aunque sin duda alguna no habrían servido de nada sin lo más esencial: la esperanza.



En cuanto cae la noche, encendemos una fogata. Son nuestras últimas horas de Pulse&Flow, así que profesores y alumnos nos mezclamos para celebrar el cierre de un viaje que ha sido espectacular.

La música suena bajita a través de los altavoces. Las guirnaldas de luces alumbran colgadas entre los árboles. La gente charla, se divierte e incluso aún tiene ganas de bailar con sus amigos u otros compañeros, como Victoria y Miriam, que están con los alumnos de salsa aprendiendo algunos pasos.

Yo estoy sentada en uno de los troncos más alejados de la fogata, tomándome un respiro y sonriendo como una tonta por todo lo que ha sucedido hoy. Aún no termino de creerme lo del solo. Cada vez que lo pienso, una oleada de orgullo se expande por mi pecho.

Escucho pasos acercándose y no necesito girarme para saber quién es. Adrián se deja caer a mi lado, lo bastante cerca como para que su brazo roce el mío.

—¿Molesto?

—Nunca —le contesto con total sinceridad porque, después de todo lo que ha ocurrido, no me apetece mentir. Me apetece vivir sin filtros—. Necesitaba aire y comprobar que no estoy soñando.

—No lo estás. —Su voz grave me recorre, cálida, de arriba abajo.

—Gracias por ayudarme, Adrián.

—El mérito es tuyo.

—Sí, pero…

Me encojo de hombros. No sé explicarlo. No sé poner en palabras lo importante que ha sido conocerlo. Encontrarlo en este momento exacto de mi vida.

Adrián parece intuirlo de algún modo, porque su expresión se suaviza:

—Has trabajado muchísimo. Solo necesitabas que alguien te recordara de qué eres capaz.

Mis sentimientos por él se hacen mucho más grandes y me llenan el corazón. ¿Qué pasaría si se lo confesara? No quiero que nada cambie entre nosotros y, a la vez, quiero que todo cambie.

Sin saber cómo hacerlo, ni si sería buena idea, desvío la mirada hacia el fuego. No espero que sea justo él quien rompa el silencio, y menos con las siguientes palabras:

—Te pregunté si tus padres irían a la exhibición, pero no te pregunté por tu novio.

—¿Mi… qué?

—Tu fondo de pantalla. Es tu novio, ¿no?

Claro, no me acordaba: la foto que vio sin querer en el parque del *freestyle*.

Ahora es Adrián quien gira la cara hacia el fuego mientras frunce el ceño y se pasa una mano por el pelo. Le he pillado ese ademán tantas veces que ya sé identificar cuándo se le escapa: cuando está nervioso. Pero ¿por qué? ¿Por mí?

Mis latidos se multiplican bruscamente y es que… podría ser. Ha sonado cauteloso, como si estuviese tanteando el terreno. Como si la respuesta pudiese afectarlo de verdad. Adrián no ha preguntado por simple curiosidad. Ha preguntado porque también ha notado que entre nosotros está pasando algo.

—Rompimos —le confieso—. Hace meses. Se me olvidó cambiar la foto de fondo, eso es todo.

No quiero entrar en detalles. Todavía no me siento preparada y, como siempre, Adrián tampoco me presiona. No pregunta cuánto duramos, por qué cortamos o si dolió demasiado. Solo asiente, y la tensión de su ceño desaparece, como si acabara de quitarse un peso enorme de encima.

De hecho, cuando vuelve a girar la cabeza hacia mí, sonríe. Nuestras miradas se encuentran y, igual que me ha ocurrido en el escenario, el mundo a nuestro alrededor se difumina. La música, las voces, el crepitar de las llamas… Todo parece apagarse hasta convertirse en un rumor lejano.

Solo estamos él y yo.

Entonces Adrián baja la mirada un segundo. A mi boca. Después regresa a mis ojos y lo distingo: la tensión suave y eléctrica estirando de nuestros cuerpos. La certeza de que, si cualquiera de los dos se mueve hacia el otro, todo cambiará para siempre.

Hace unas semanas me habría apartado. Habría levantado uno de mis muchos muros para recordar a Gael y todo lo que supuso perderlo. Me habría repetido que enamorarme otra vez sería una imprudencia y una traición a todo lo que me he esforzado por superar.

Pero ahora solo siento su calor en la piel y la seguridad que me provoca estar a su lado. La seguridad de que, si Adrián recortara los pocos centímetros que separan nuestros labios, no me apartaría.

Capítulo 17

Regreso del Pulse&Flow sintiéndome distinta.

No es algo físico. No es que me mire en el espejo del ascensor de la residencia y descubra que otra Emma me devuelve la mirada. Sigo teniendo el mismo pelo largo y oscuro, los mismos ojos verdes y las mismas ojeras por haber dormido poquísimo durante una semana y media.

Y, aun así, se me nota por fuera que he cambiado por dentro. Como si por fin hubiese recolocado todas las piezas que llevaban demasiado tiempo desordenadas o extraviadas en mi interior.

Estoy bien.

Y no porque alguien me haya salvado. No porque otra persona me complete. Estoy bien porque he sanado y me he reconstruido yo sola. Porque he aprendido a quererme incluso cuando nadie más parecía hacerlo. Porque al fin empiezo a entender quién soy sin depender del amor ajeno.

En definitiva, ya no quiero esconderme nunca más. Lo que significa que, tal como me recomendó Adrián, debo ser honesta con mis padres. Contarles todo lo que he vivido hasta ahora, y no solo desde que Gael rompió conmigo, sino desde que comencé a notar que ellos no me apoyaban lo suficiente con la danza contemporánea.

Abro la puerta de mi habitación, me descalzo pisándome los talones de las zapatillas, dejo la maleta junto a la cama y, después de quitarme la chaqueta, cojo el móvil. Marco el número de mi madre y mis latidos imitan el ritmo de los pitidos de la llamada.

Piiiiiiiii.

Por favor, que me lo coja.

Piiiiiiiii.

Por favor, que no me lo coja.

Piiiiiiiii.

No se lo van a tomar bien.

Piiiiiiiii.

Debo ser valiente…

—¿Emma? —pregunta mi madre al descolgar.

Ha sonado sorprendida. Miro la pantalla. Ah, son las diez de la noche. Demasiado tarde para que llame un domingo sin venir a cuento.

—Hola, mamá.

—¿Ha pasado algo?

¿Algo? Han pasado tantas cosas que… ¿por dónde empezar? No me doy cuenta de que me he quedado profundamente callada hasta que escucho la voz de mi padre al otro lado:

—¿Emma? ¿Estás bien?

Mi madre habrá puesto el altavoz en su móvil. Suenan tan preocupados que se me cierra la garganta y, sin poder evitarlo, me echo a llorar. Le tengo pánico a que se enfaden, sí, pero sobre todo me aterra que me ocurra lo mismo que a Adrián con su familia.

¿Y si la danza es algo tan terrible para mis padres que prefieren distanciarse a confiar en mí?

—Oye, cariño, tranquila —dice mi madre—. Respira y cuéntanos qué te pasa, ¿vale?

Asiento, aunque no puedan verlo. Me seco la cara con la manga de la sudadera y me siento en la cama porque me tiemblan hasta las rodillas. Respiro como me ha pedido mi madre y… hablo. Se lo confieso absolutamente todo. Lo traicionada que me sentí aquel primer día de instituto cuando me sentaron con Gael, porque ellos lo habían pactado con nuestra tutora. Los años intentando demostrarles que la danza no solo era una afición que se me diera bien, sino mi pasión. El miedo a que no me apoyaran en mi sueño de entrar en el Conservatorio de Danza de Madrid. Cómo abandoné ese sueño porque los creí a ellos en vez de mí. La mudanza de Helena. La separación con Gael. Lo sola que me sentía antes de la ruptura y lo infinitamente más sola que me sentí después. Lo perdida que he estado hasta que…

Hasta que volví a contactar con Helena, y empecé a escribir mis pensamientos en un diario, y me relacioné con algunas compañeras de la uni, y entré en la Academia de Artes, y retomé la danza contemporánea sin desatender mis estudios, y conocí a mis nuevas mejores amigas, y me topé con Adrián, y me encontré conmigo misma.

Cuando me callo, el silencio se hace tan largo que, por un momento, pienso que me han colgado a mitad discurso. Pero no.

—Emma… —La voz de mi madre está trémula—. ¿De verdad te has sentido así durante todos estos años?

—Sí —susurro.

—Hija —interviene mi padre—, nosotros jamás habríamos dejado de apoyarte.

Frunzo el ceño y niego con la cabeza, porque sé que eso no es cierto.

Si me lo hubiesen demostrado como tocaba, la situación ahora sería muy diferente…, ¿o no?

—Decíais que la danza no podía ser mi prioridad. Que siempre debía anteponer mis estudios.

—Queríamos que tuvieses opciones —contesta mi padre—. Todas las posibles.

—No porque pensáramos que no valías para la danza.

—Entonces ¿por qué me sentía así?

—Porque no supimos transmitirte bien cuánto confiábamos en ti.

Aprieto con fuerza el móvil, pero no logro detener las lágrimas.

—Emma, sentimos mucho que abandonaras la danza en parte por nuestra culpa. Eras… y eres una bailarina excepcional. —Noto que mi madre también se ha puesto a llorar—. ¿Sabes? Nos enorgullecía mucho que hubiese algo que te apasionara tanto desde pequeña, pero…

—Pero, a veces —continúa mi padre—, nos preocupaba precisamente eso, que quisieras crecer demasiado deprisa persiguiendo un sueño tan exigente.

—Bueno, he terminado haciendo justo lo contrario.

Los tres nos reímos con torpeza, pero me siento algo más relajada. Aliviada. La ansiedad que llevaba toda la vida apretándome el pecho empieza a diluirse con las lágrimas.

—Antes de las vacaciones, voy a participar en una exhibición grupal de danza en la academia —les digo—. Y también tengo un solo.

—¿Un solo?

—Sí, una coreo individual…

—Recordamos lo que es, Emma —comenta mi madre con suavidad.

—Y es importantísimo —apunta mi padre.

—Mucho. —Me armo de valor y añado—: ¿Vendríais?

—¡Por supuesto que sí, cariño!

Seguimos riendo y llorando y celebrando. Cuando cuelgo, sigo temblando, pero ahora es de felicidad. De esa que te deja un poco inquieta, porque no sabes qué hacer con tanta emoción acumulada.

Y al momento pienso en la primera persona a la que quiero contárselo: Adrián. No hace ni una hora que hemos bajado del bus del Pulse&Flow, pero… tampoco me lo planteo demasiado.

Adrián, ¿puedes quedar?

No tarda ni diez segundos en responderme.

Adrián

Sí. ¿En el parque?

Obvio.

Salgo corriendo de la residencia sin fijarme en las pintas que llevo después de un viaje de cuatro horas en autobús. Sigo corriendo por la calle, aunque eso me hará llegar infinitamente más rápido que Adrián.

Pero, cuando me planto frente a la entrada principal del parque…, Adrián está llegando a la vez que yo. Derrapa antes de chocar conmigo, porque también venía corriendo. Respira a trompicones y me mira sin una emoción clara en el rostro.¿Preocupación? ¿Alegría? ¿Miedo?

Ni siquiera le he dado una pista de por qué quería verlo con tanta urgencia y él tampoco ha preguntado. Simplemente, no ha dudado ni un segundo en acudir a mí.

—He hablado con mis padres —suelto sin más.

Adrián parpadea y le cuesta un poquito pillar a qué me refiero, pero, cuando lo hace, sonríe como si le hubiesen dado la mejor noticia del mundo y me da un abrazo tan fuerte que incluso me levanta del suelo.

—¡Emma, eso es genial! —Aunque enseguida me baja para preguntar—: Porque ha ido genial, ¿no?

—Eh, sí, sí —contesto, algo desubicada, porque aún siento sus brazos firmes alrededor de mi cintura y su calor por todas partes.

Nos miramos a los ojos con la misma intensidad que la pasada noche, frente a la fogata. Estamos tan cerca que…

—¿Damos un paseo y me lo cuentas? —murmura.

—Claro.

Entramos en el parque y, mientras caminamos entre las flores, los árboles y los parterres de césped, le cuento cómo ha ido la llamada con todos los detalles.

—Y vendrán a la exhibición de la academia —termino.

—Me alegro un montón por ti, Emma. Te mereces todo el apoyo de las personas que te quieren.

—Una vez más —me detengo y él también lo hace, y se coloca frente a mí para no dejar de mirarme a los ojos—, ha sido gracias a ti.

—Y, una vez más, te digo que lo has logrado por ti misma.

Me acaricia el dorso de la mano con los nudillos antes de entrelazar nuestros dedos con cuidado, como si estuviese dándome margen para decidir si quiero que lo haga o no.

Esa electricidad que siempre chisporrotea cuando estamos muy cerca se enciende. Adrián da medio paso hacia mí y tengo que doblar el cuello para seguir mirándolo a los ojos. Este sería un momento perfecto para un primer beso, pero… Hago lo único que me parece justo en estas circunstancias. Le suelto:

—Ahora te toca a ti.

—¿El qué?

—Hablar con tus padres.

Sus ojos se apagan un poquito y, cuando me suelta para alejarse y meterse las manos en los bolsillos, no me molesta. Es lógico que necesite espacio para hablar sobre un tema tan sensible para él.

—La situación con mi familia no es la misma que la tuya, Emma.

—Lo sé. Y, aun así, deberías hacerlo.

—No.

—¿Porque no sabes cómo o porque no quieres?

Me mira algo dolido, como si esta quedada fuera una encerrona. Pero, al instante, se ablanda, porque sabe que no es así. Él me ha ayudado muchísimo, y quiero hacer lo mismo por él. Cuando me habló de sus padres, no noté ni una pizca de rencor por su parte. Solo una tristeza muy profunda por estar lejos de ellos.

—No sé cómo —admite.

—Pues igual que yo: cuéntales la verdad. Tu verdad.

—No bailo, Emma. Ni hip-hop, ni danza contemporánea, ni nada. Yo no…

Cuando una lágrima le cruza la mejilla, me acerco lentamente con los brazos semiabiertos. De nuevo, no me importa si me rechaza, solo quiero que se sienta acompañado. Y Adrián me abraza con mucha más delicadeza y fragilidad que antes.

—Lo que haces en la academia importa muchísimo —le digo al oído—. Tus alumnos te adoran, Adrián. Los ayudas a confiar en ellos mismos. A amar lo que hacen tanto como lo amas tú. —Tiembla contra mi cuerpo y yo lo estrecho un poquito más—. También ayudaste a Victoria, aunque no das clases a adultos, y sobre todo me ayudaste a mí. No solo con la danza, también como persona. Estaba completamente perdida cuando te conocí y no sé cómo estaría ahora si no hubieras insistido en apoyarme cuando más miedo tenía.

Adrián se separa lo justo para poder mirarme a los ojos. Ambos los tenemos húmedos. Me suelta para apartarme unos mechones de la cara y deja las manos ahí, envolviéndome las mejillas.

—Deberías sentirte orgulloso de todo lo que has logrado. Quiero creer que tus padres también se sentirán así cuando se lo cuentes.

—¿Y si no sale bien? —susurra, vulnerable.

—Si no sale bien, lo superaremos juntos.

—¿Y eso qué significa?

—Que estoy y estaré a tu lado.

Como su… ¿amiga? Siento que la duda se queda flotando entre nosotros y también que, definitivamente, este no es un buen momento para besarnos.

Y, aunque me aterra la idea de que nuestros sentimientos se queden a medio confesar, a medio evolucionar, lo más importante ahora mismo es dejarle claro a Adrián que nunca estará solo.

—Te lo prometo.

Capítulo 18

Hoy es el día.

Me he repetido esas cuatro palabras desde que he abierto los ojos a las siete de la mañana, cuando todavía no había amanecido del todo y la residencia estaba en completo silencio.

Hoy es el día.

Lo pienso mientras me ducho. Mientras me recojo el pelo en una trenza larguísima. Mientras me obligo a desayunar, aunque tenga el estómago demasiado revuelto para digerir nada.

Hoy es el día.

El día de la exhibición de la Academia de Artes, donde todos los alumnos actuarán para un público enorme. Y, entre ellos, mi clase de danza contemporánea con una coreografía grupal y mi solo.

Hoy es el día.

Esta tarde culmina todo por lo que he trabajado tantísimo estos últimos meses. Todo por lo que he llorado, dudado, luchado, mejorado. Estoy nerviosa, obvio. Pero, por extraño que parezca, no siento ese miedo paralizante que me ha bloqueado durante años. Solo un cosquilleo de anticipación, porque hasta la última fibra de mi ser sabe que estamos a punto de vivir un momento importantísimo.



La Academia de Artes parece otro lugar cuando llego. ¡Está irreconocible! Hay focos por todas partes, técnicos corriendo de un lado a otro, profesores dando órdenes y alumnos a medio arreglar o repasando movimientos en cada rincón libre del edificio.

Huele a laca, a maquillaje, a nervios y a electricidad.

Miriam me corta el paso en cuanto cruzo las puertas de cristal:

—¡Emma, por fin! Pensaba que te habías desmayado por el camino.

—Lo he considerado, créeme. —Río.

Mi amiga me agarra del brazo y me arrastra hacia los vestuarios.

—Pues ni se te ocurra. Victoria lleva veinte minutos repitiendo la coreo delante del espejo y está empezando a pegarme los nervios. Y, cuando estoy nerviosa, me dan ganas de echar hasta la primera papilla y…

Sigue parloteando a toda velocidad hasta que, al entrar en el vestuario, nos encontramos a Victoria tal como Miriam me ha descrito: rígida frente al espejo entre nuestras taquillas, repasando cada movimiento con una concentración tan feroz que parece que vaya a atravesar su reflejo.

—Oye, Vicky —le digo, poniéndole una mano en el hombro. Mi amiga se gira hacia mí enseguida—. Respira. Has practicado mogollón. Va a salir fenomenal.

—No, no lo veo tan claro. ¿Por qué eres la única que no está hiperventilando y planeando fugarse a la otra punta del país?

—Y a punto de potar —añade Miriam, más verde que pálida.

—¿Queréis que huyamos juntas? —propongo en broma.

—¡Hecho! —exclaman las dos al unísono.

—Solo que eso no ayudaría en nada, así que, venga, ¡relax!

—¿Desde cuándo Emma se ha convertido en la voz de nuestra conciencia? —protesta Victoria.

—Chisssssss, respirad conmigo.

Las tres acompasamos nuestras inspiraciones y exhalaciones, e incluso a mí me viene bien. Que no esté desquiciada no significa que no me preocupe equivocarme ahí fuera. Pero, después de tanto tiempo luchando por recuperar mi conexión con la danza, este nuevo reto me parece más emocionante que aterrador.

Como siempre, terminamos riéndonos con una carcajada liberadora. La clase de carcajada que solo te sale cuando compartes momentos preciosos con las personas adecuadas. Y, ya más relajadas, Victoria dice:

—Vamos a petarlo ahí fuera, amigas. —Luego me mira—. Vas a petarlo en tu solo, Emma.

—Esa coreo era tuya desde el primer día —añade Miriam.

—¡Sois las mejores y os quiero un montón!



Entre atuendos brillantes, *eyeliners* y moños, se nos pasa el tiempo volando. Mis padres llegan una hora antes del inicio de la exhibición. Me avisa un técnico de la academia y enseguida me pongo una sudadera anchísima encima del maillot para salir a recibirlos.

En cuanto los diviso en la recepción, el corazón me estalla de felicidad. Mi madre sonríe al verme y mi padre sostiene un ramo de flores enorme envuelvo en papel azul. Corro hacia ellos y les doy un

abrazo que sana un poquito más a la Emma que ha crecido pensando que era una decepción constante para ellos.

—¡Mírate! —exclama mi madre, apartándose para poder observarme de arriba abajo—. ¡Estás preciosa!

—Pareces toda una profesional… —Mi padre rectifica enseguida—: Perdón. ¡Eres toda una profesional!

—Venga, venga, ¡no exageréis!

Me entregan el ramo y lo acuno entre mis brazos, sintiendo que este es el mayor premio que voy a recibir hoy.

—No exageramos, cariño.

—Estamos muy orgullosos de ti, hija.

Y, por cómo me miran, sé que es totalmente cierto. Mi madre me acaricia la mejilla con suavidad, porque ya estoy maquillada y, por eso mismo, tengo que contener las lágrimas. ¡Creo que la máscara de pestañas de Victoria no era *waterproof*!

—Gracias por venir, papás. Por todo.

—Gracias a ti por invitarnos. No nos los habríamos perdido por nada del mundo.

Y, de nuevo, sé que están siendo cien por cien sinceros. Porque, a pesar de que siempre me presionaron con el tema de elegir el futuro más estable, jamás fallaron a una sola de mis actuaciones en la escuela de danza del pueblo.

Les indico por dónde se accede al auditorio de la academia para que vayan a buscar sus sitios. Nos despedimos con un último abrazo, pero, a punto de darme la vuelta para regresar al vestuario, algo llama mi atención.

Una pareja acaba de cruzar las puertas de entrada. Él es alto, de hombros rectos y boca seria. Ella lleva el pelo recogido y tiene los

ojos grandes y marrones. Exactamente idénticos a los de Adrián.

Son sus padres.

O eso creo.

Desde que le aconsejé a Adrián lo mismo que él me había aconsejado a mí, no ha vuelto a sacar el tema y yo no le he vuelto a preguntar. Sabía que, cuando se sintiera preparado, me lo contaría al momento.

Los (supuestos) padres de Adrián parecen algo incómodos. Fuera de lugar, como si llevaran años sin ir a un sitio así. Quizá me equivoque y esa pareja no sea la familia de mi amigo, pero me lanzo como si no dudara de quiénes son.

—Perdonad —les digo al llegar hasta ellos. Ambos se giran hacia mí y la mujer me dedica una sonrisa educada—. Soy Emma, una amiga de Adrián. —La pareja intercambia una mirada rápida. Sí, son sus padres. Hay tensión entre ellos, así que continúo antes de acobardarme—: Solo quería deciros que vuestro hijo es increíble. No solo como bailarín o profesor, sino también como persona. Me ayudó muchísimo cuando más lo necesitaba. Me hizo volver a creer en la danza, en mí misma… —«Y en el amor», me callo a tiempo—. El caso es que tiene un talento impresionante, y sus alumnos lo idolatran. Imagino que os lo dirán muy a menudo…

Silencio rotundo. Discretamente, la madre se lleva una mano a la boca. Tiene los ojos relucientes, mientras que el padre aprieta los labios. Pero, cuando este habla, su voz suena temblorosa por la emoción:

—Gracias.

No es mi intención hacerles pasar un mal rato, pero Adrián se merece todo esto y mucho más. Así que asiento para zanjar la

conversación, me despido y regreso al vestuario para terminar de prepararme. Sin embargo, antes de entrar, Adrián me intercepta:

—Emma.

Va vestido todo de negro, con el pelo despeinado y esa expresión tensa que se le pone cuando intenta aparentar que está tranquilo.

—¡Ey! —Le sonrío de oreja a oreja, fingiendo que no me he cruzado con sus padres—. ¿Tus alumnos ya están preparados? Como son los más pequeños son los primeros en actuar, ¿no? ¿Y tú…?

—Están bien —me corta de golpe—. Perdón. Los nervios. —Inspira hondo con los ojos cerrados y, cuando vuelve a mirarme, el marrón de sus iris está teñido de esperanza y miedo—. Los llamé. A mis padres. Siento no habértelo dicho antes.

—Tranquilo. —Le acaricio un brazo y, de reojo, Adrián observa el recorrido de mi mano por su bíceps—. Soy plenamente consciente de lo complicado que es compartir este tipo de cosas, ¿recuerdas? Me alegro de que los llamaras. ¿Quieres contarme cómo fue?

—¿Bien? ¿Mal? —Niega con la cabeza—. No lo sé. Lo hice ayer. Quizá fue demasiado tarde… No quiero saberlo.

—¿El qué?

—Si han venido. Sea como sea, prefiero descubrirlo después de la actuación de mis alumnos. Ahora mismo ellos son los que merecen toda mi atención.

No puedo evitarlo: la preocupación por sus niños me derrite por completo. Aunque ¡claro que Adrián iba a priorizar a sus alumnos antes que su bienestar! Así es él siempre: atento, generoso, protector.

—Si es lo que necesitas, me parece estupendo —aseguro.

—Sí. —Nos sostenemos la mirada e intento no derretirme todavía más cuando a Adrián se le escapa un vistazo directo a mis labios—. Emma, tú… —Carraspea. Se pasa un mano por el pelo—. Tú concéntrate en lo tuyo, ¿vale? No tengo dudas de que vas a brillar en el escenario. Siempre lo haces.

No se espera a mi respuesta y se marcha, dejándome con unas ganas enormes de preguntarle si todas esas cosas bonitas que me dice significan que le gusto como algo más que como su amiga.



La exhibición da comienzo con los pequeños de hip-hop. Son un torbellino maravilloso de pasos torpes y adorables. El público está encantado y, desde bambalinas, también puedo ver a Adrián al otro lado del escenario, guiando a sus alumnos para que no se pierdan en ningún movimiento.

Cuando terminan, el auditorio entero aplaude. Los padres de Adrián incluso se ponen en pie y, por eso mismo, mi amigo los distingue entre el resto. Estoy segura de que lo hace, porque se queda inmóvil, mirando un punto en concreto entre los asientos mientras su sonrisa pasa de diminuta a resplandeciente.

Mientras las actuaciones continúan, me reúno con mis compañeros para recibir las últimas indicaciones de Carmen.

—Habéis trabajado duro tanto en vosotros mismos como en equipo —nos asegura—, así que os merecéis cada centímetro de ese escenario. Devoradlo.

—¡Sí! —gritamos al unísono.

Los focos del auditorio rebajan su luz casi al mínimo cuando nos toca salir. Lo hacemos en formación y nos situamos en el centro. A los pocos segundos, la música empieza a sonar y nos movemos en sincronía, tal como hemos practicado durante dos meses.

Estamos conectados: respiramos al mismo tiempo, nos ayudamos cuando alguno está a punto de fallar en un paso y destacamos en conjunto. Quizá la coreografía no nos sale técnicamente perfecta, pero está viva.

Lo sé porque, al acabar con la pose final, al auditorio le cuesta reaccionar. Los hemos dejado sin aliento, pero, cuando logran recobrarse del impacto, prorrumpen con una ovación abrumadora.

Nos cogemos de la manos, yo entre mis amigas, y saludamos al público. Victoria y Miriam lloran de la emoción y yo solo me contengo porque aún me queda una cosa por hacer: mi solo.

Los quince nos retiramos del escenario entre abrazos y felicitaciones.

—Chicas, necesito un momento a solas, ¿vale? —les digo a mis mejores amigas.

—Claro, tía. —Miriam me da un último achuchón—. Todo va a salir genial.

—Suerte, Emma —me dice Victoria—, aunque no la vas a necesitar.

Me aparto a un pasillo vacío del auditorio. Respiro hondo mientras escucho de fondo la música del resto de las actuaciones grupales.

Puedo conseguirlo.

¡Voy a conseguirlo!

Entro en el vestuario para cambiarme de maillot y retocarme el maquillaje. Todos me desean lo mejor antes de que mi profesora me

acompañe hasta la esquina derecha del escenario.

—Es tu momento, Emma.

Y yo también lo creo de todo corazón.

Oscuridad. Salgo al escenario con pasos seguros, pero ligeros, hasta situarme al fondo. Un foco se enciende sobre mí con la primera nota que retumba y… bailo. Me entrego por completo y, sobre todo, disfruto de cada segundo.

Hago una pirueta final, ruedo de manera controlada por el suelo y alzo los brazos en una última figura con la que parece que sostengo mi propia vida entras las manos. Termino mi solo con intensidad y el público responde de la misma manera.

Aplausos, silbidos, gritos. El estallido es tan fuerte que me golpea como una ola. Me incorporo con una sonrisa y me inclino varias veces hacia el auditorio para agradecerles su asistencia y entusiasmo.

Todo lo que he vivido, lo bueno y lo malo, me ha llevado a este momento…

Y no puedo ser más feliz.



La cena con mis padres tras la exhibición es un caos de risas, anécdotas y demasiados postres. Nos ponemos al día de todo: vivencias y sentimientos. Es, simplemente, un broche perfecto para un día perfecto.

De regreso a la residencia, agotada y aún flotando de felicidad, el móvil me vibra en el bolsillo. Adrián me ha enviado un mensaje:

Adrián

¿Podemos vernos ahora? En nuestro parque.

Nuestro parque.

El pulso se me acelera y, por supuesto, no dudo en contestar que sí.

Él acudió a mí enseguida cuando necesité contarle que había hablado con mis padres. ¿Cómo no voy a hacer lo mismo por él ahora?

Así que cojo aire y echo a correr a la misma velocidad que mi corazón.

Capítulo 19

De noche, la ciudad tiene una forma extraña de respirar, como si nunca terminara de dormirse del todo. Lo noto mientras cruzo las calles casi vacías con el corazón acelerado y el mensaje de Adrián todavía resonando en mi cabeza: «¿Podemos vernos ahora? En nuestro parque».

El parque donde volví a sentirme libre. El parque donde Adrián empezó a colarse bajo mi piel sin que ni siquiera me diera cuenta.

Llego con la respiración acelerada y, aunque no hemos quedado en ningún punto específico, me dirijo hacia la zona de *freestyle.* Ahora no hay música saliendo de un altavoz portátil ni gente charlando o esperando en corro a que sea su turno para bailar. Solo la pista desierta, los bancos medio iluminados por las farolas y Adrián.

Está sentado en uno de los bordillos, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza ligeramente agachada. La levanta en cuanto escucha mis pasos.

Sonríe. Ese gesto diminuto que nunca parece significar gran cosa y que, sin embargo, siempre me revoluciona por dentro.

—Gracias por venir tan rápido.

—Claro.

Me siento a su lado. Lo bastante cerca como para notar el calor de su cuerpo y lo bastante lejos como para fingir que no me pone nerviosísima.

Dejamos que el silencio se acomode entre nosotros y entonces Adrián me dice:

—Mis padres. Han ido a la exhibición.

—Lo sé —le confieso.

—¿Lo sabes? —Alza las cejas con sorpresa.

—Me encontré con ellos en la recepción, cuando fui a por mis padres.

—¿Y cómo sabías que eran ellos? Nunca te he enseñado una foto suya.

—Te pareces a ellos. Un montón. —Me río con cariño—. Pero como me dijiste que no querías saber nada… ¿Lo he fastidiado?

—¿Qué? No, no, Emma, para nada. Te lo agradezco. —Se pasa una mano por el pelo y suspira—. Me ha impactado verlos entre el público después de tanto tiempo… —Pero se le nota feliz, y eso me alivia—. Hemos ido a tomar algo después de la exhibición y hemos hablado de todo.

—¿Y?

—Nos hemos pedido perdón. Mis padres han llorado muchísimo. Sí, sí, lo dos. Y eso es buena señal porque ambos son algo… ¿fríos?

—Yo diría elegantes.

La sonrisa de Adrián se expande y, un segundo después, lo hace también mi corazón.

—Sea como sea, nunca han sabido compartir sus sentimientos. Y creo que por eso a mí tampoco se me da especialmente bien. —

Encoge los hombros y murmura—: Me dijeron que estaban orgullosos de mí.

Está conteniendo tanto su emoción que me rompe el alma, porque sé cuánto necesitaba escuchar eso por parte de su familia. Sentirlo de verdad. Y ver que lo dice como si no se atreviese a creérselo del todo, como si sus padres fuesen a arrepentirse y a distanciarse otra vez de él, me entristece un montón.

—Te lo mereces. —Le pongo una mano en la espalda y sus músculos se tensan. No la aparto, aunque me ardan hasta las venas. De hecho, le doy una caricia.

—No habría pasado sin ti.

—Por supuesto que sí.

—Fuiste tú quien me empujó a dar el paso.

—Porque tú me empujaste primero.

De repente, está muy serio. No aparta su mirada de la mía, y algo cambia. La temperatura. Nuestra respiración. La forma en que la ínfima distancia entre nuestros cuerpos se tensa.

—Quiero creer que no fue solo por eso, porque… Emma, me gustas. No sé muy bien desde cuándo. Quizá fue aquella noche, aquí mismo, cuando sonreíste como si acabaras de recordar quién eras. O quizá fue mucho antes. Cuando improvisamos y bailamos juntos por primera vez, o incluso cuando nos chocamos en aquella discoteca y me pediste que te ayudara.

—Adrián…

Él me interrumpe negando con la cabeza. Necesita confesarlo. Sacarse todos los sentimientos del corazón y dejarlos volar libres de una vez por todas.

—Me gustas por cómo logras que el mundo desaparezca para quien te mira. Me gustas porque eres valiente incluso cuando estás muerta de miedo. Me gustas porque ves la luz en todo, da igual la oscuridad que te rodee, y porque eres divertida, y generosa, y luchadora, y… tú misma.

Se acerca un poquito más a mí. Lo justo para poder apartarme. Lo justo para querer quedarme. Y me quedo. Adrián baja tanto la voz que lo siguiente que dice parece un secreto, aunque no lo sea en absoluto por la adoración con la que me mira:

—No esperaba que pasara, pero ya no puedo seguir fingiendo que no está pasando.

El corazón me late tan fuerte que estoy segura que Adrián debe estar escuchándolo también. Entreabro la boca, buscando las palabras correctas… y aire. Todo el que me falta después de su preciosa confesión.

—Dime que no me lo he imaginado, Emma.

No puedo mentirle. Jamás podría hacerlo, porque, además, este es el momento que tanto he estado soñando. La confirmación de que Adrián siente por mí lo mismo que yo siento por él. Así que le contesto en un susurro:

—No te lo has imaginado.

Sus ojos se abren apenas. En ellos hay sorpresa, alivio y una pizca de esperanza. Tan luminosa que duele. Duele porque, inconscientemente (o quizá no tanto), me aparto de él un poco.

—Entonces ¿por qué te alejas?

Eso, ¿por qué me alejo? No tiene ningún sentido. Esto es lo que deseo. Lo que deseo desde hace… Mi pasado irrumpe de sopetón, y la herida en mi interior que creía sanada se reabre con el golpe.

Gael.

La promesa rota.

Aquel «nada es para siempre».

El amor destruyéndose.

El vacío inmenso que tardé una eternidad en aprender a llenar sola.

El pacto que hice conmigo misma de no volver a enamorarme.

Todo me arrolla con una fuerza brutal, como si mi cuerpo recordara el dolor antes que mi cabeza. Y entiendo lo que pasa.

Las lágrimas me nublan la vista y Adrián lo entiende al instante, porque su expresión cambia y también se aparta de mí. No como un rechazo, sino por respeto, como si no quisiera agobiarme. Y eso hace que esta situación me duela todavía más.

—Espera —susurro—. No es que no quiera esto, pero… ese es el problema.

—¿Cuál?

—Que tú también me gustas, Adrián. —La confesión me sale entre lágrimas, desnuda y temblorosa, pero real. Cierro los ojos un instante para reunir fuerzas—. Me gustas muchísimo. Contigo siempre me siento bien. Feliz. Segura. Me haces querer cosas que juré que no volvería a querer y… —Se me escapa un sollozo—. Y eso me da un pánico horrible.

Adrián vuelve a acercarse, pero se detiene a nada de tocarme, esperando mi permiso. Como siempre, es atento y cuidadoso con cada centímetro de mi ser. Asiento para concedérselo, y Adrián termina de acercarse, pegando su costado al mío.

—No sé si sabré hacerlo otra vez —sigo—. Querer sin miedo. Entregarme sin pensar que todo puede romperse en mil pedazos.

Pensaba que sí, que ya había superado todo lo de Gael, pero… no es verdad. Toda mi vida era él, y he tardado muchísimo en reconstruirme. En volver a saber quién soy sin depender de nadie. Y tú no te mereces algo a medias, Adrián. Te mereces a alguien que te quiera sin miedo, sin dudas, sin la sombra del pasado siempre interfiriendo.

Yo quiero ser esa persona, pero todavía no lo soy del todo. Él guarda silencio antes de sonreír. Muy suave. Muy suyo. Cuando me mira, sus ojos están cargados de una ternura infinita. Me limpia una lágrima de la mejilla con delicadeza y el simple roce de sus dedos me hace temblar.

—Gracias por contármelo, Emma.

—Lo siento…

—No tienes que disculparte ni tampoco debes hacer nada para lo que no te sientas preparada.

—¿Y si nunca lo estoy?

—En ese caso tendré la suerte de seguir contando con una amiga como tú.

Asiento, aunque la idea me resulte insoportable, porque quiero más que su amistad. Muchísimo más. Pero siento que esto es lo correcto para los dos.

—Solo… prométeme una cosa —añade, bajito.

—Lo que sea.

Sus ojos buscan los míos. Intensos. Cálidos. Pacientes.

—Si algún día tus sentimientos cambian, dímelo enseguida, por favor.

—Adrián, no me esperes…

—Eso solo depende de mí. Así que ¿me lo prometes?

—Te lo prometo.

Su sonrisa está llena de una confianza que no comprendo. Volvemos a estar tan cerca que, si se inclinara un poco más, nos besaríamos, a pesar de lo que acabamos de hablar. Lo sé con una certeza absoluta, y creo que él también. Pero yo no lo hago porque sería injusto y él no lo hace porque me está cuidando incluso de mí misma.

Cuarta parte

AHORA QUE YA NO DUELE

Capítulo 20

Los días transcurren con una normalidad algo frágil. Esa fragilidad que parece que vaya a romperse con solo rozarla. Y, aun así, funciona. Adrián no cambia su actitud respecto a mí. No se distancia de mí. No se vuelve frío. No empieza a tratarme como si, de pronto, hubiera aparecido una barrera gigantesca e incómoda entre nosotros por culpa de que… lo rechacé.

Porque, aunque la posibilidad se quedó en el aire, la realidad es que Adrián me confesó sus sentimientos y yo no los correspondí totalmente.

Sigue sonriéndome al verme llegar a la academia. Sigue esperándome al acabar las clases de danza para hablar conmigo mientras me acompaña a la residencia. Sigue preguntándome qué tal me ha ido en la universidad y si por fin he conseguido dormir más de seis horas seguidas.

Y quizá por eso me cuesta todavía más dejar de pensar en él, porque cada mirada, cada gesto, cada roce accidental al cruzarnos por el pasillo o al corregirme una postura cuando bailo…, todo grita que nos gustamos demasiado, y yo no puedo dejar de preguntarme si estoy siendo una cobarde.

—Le estás dando muchas vueltas, Emma. —Victoria me lanza una patata frita desde el otro lado de la mesa de la cafetería de la

academia.

La cojo al vuelo de milagro y me la como después de sacarle la lengua a mi amiga.

—No estoy dándole vueltas. Ni una sola —refunfuño, pero Victoria y Miriam alzan las cejas con incredulidad—. Vale. Sí. Muchísimas.

—Es mejor admitirlo que mentirse a una misma —asegura Miriam antes de sorber por la pajita su zumo de mango.

Las vacaciones empiezan mañana, y las ganas de no tener obligaciones ya se respiran en cada rincón. La gente está eufórica, planeando escapadas, despidiéndose porque no se verán hasta la vuelta… Yo voy a pasarlas en el pueblo, junto a mi familia. La verdad es que, aunque sean dos semanas, echaré de menos a Victoria, a Miriam y, sí, también a Adrián.

—No quiero perder a Adrián —murmuro.

—Emma, estás haciendo lo correcto, ¿vale? —me dice Victoria—. Después de todo lo que pasaste con Gael, lanzarte a otra relación solo porque alguien te gusta sería una locura.

—Y también muy injusto para los dos. —Miriam pone una mano sobre la mía para reconfortarme.

—De verdad que me gusta mucho…

—Lo sabemos. —Victoria asiente y añade con una sonrisa ladeada —: Por eso mismo, cuando estés preparada, da el paso.

—Porque, si al final es lo que quieres, sería una tragedia que no lo hicieses. ¡Pegáis un montón! —chilla Miriam, como si Adrián y yo fuésemos los protagonistas de una comedia romántica.

—Eso solo me pone más nerviosa.

—Y eso solo confirma nuestra teoría —canturrea Victoria con ese gestito que ya me conozco de sobra: el de soltar alguna barbaridad.

—¿Qué teoría?

Ambas se inclinan hacia mí, muy serias. Ni que fueran a revelarme un secreto inconfesable.

—La de que Adrián puede ser el amor de tu vida.

Casi me atraganto con mi propia saliva al gritar:

—¡¿Qué decís?!

Victoria se encoge de hombros como si no fuera una idea descabellada, mientras que Miriam se emociona tanto que solo falta que le salgan corazones por los ojos.

—Lo de Adrián es distinto, Emma.

—¿Distinto cómo?

—Tu relación con Gael giraba alrededor de él o de lo que construíais juntos. —Aunque trata el tema con delicadeza, la ansiedad me pincha entre las costillas al recordarlo—. En cambio, con Adrián… eres tú.

—¡Totaaaaaal! —continúa Miriam—. Tus sueños son tuyos y no algo que encajar en los planes de otra persona. Adrián no te completa, ni pretende hacerlo, solo acompañarte.

—Y eso es… ¿bueno?

—¡Es lo mejor que puede pasarte, tía! —Miriam entrelaza nuestros dedos para transmitirme la intensidad de su ilusión—. Adrián no te gusta porque te haga sentir completa. Te gusta y lo eliges estando completa, ¿pillas la diferencia?

—¿Nunca te has fijado en cómo te mira, Emma? —me pregunta Victoria con una ternura muy rara en ella—. Adrián te ha visto en tus mejores momentos y también en los peores… Y, aun así, se nota lo mucho que admira cada parte de ti. No te encuentras con alguien así todos los días.

Gael fue mi primer romance, mi primera promesa y mi primera herida. Adrián podría llegar a convertirse en otra forma de amor. Uno escogido, libre, maduro, real y, por todo ello, profundamente bonito y sano. ¿Eterno?

Mis mejores amigas demuestran una vez más por qué lo son: parecen leerme la mente cuando vuelven a hablar.

—A veces el primer amor te enseña lo que significa querer a alguien —empieza Victoria.

—Pero el amor de tu vida… —Miriam se da unos toquecitos en la barbilla, pensativa—. Ese te enseña lo que significa quererte a ti misma mientras alguien más lo hace también.

—Chicas, gracias. —Es lo único que soy capaz de susurrar, porque los ojos se me llenan de lágrimas—. Sois las mejores.

—Sí que lo somos —asiente Miriam, toda orgullosa.

—Por eso siempre tenemos la razón. Sobre todo yo —ríe Victoria.

Sí que la tienen. Y ahora quiero recuperarme y no dejar escapar a un chico que me hace crecer en lugar de empequeñecerme.

Estoy tan metida en mis sentimientos que no me entero de la conversación de mis amigas, ni tampoco de lo que me dice un compañero de clase cuando se acerca a nuestra mesa.

—¿Qué? —le contesto para que me lo repita.

—Carmen quiere verte en el aula.

—¿Por? —Frunzo el ceño.

—No me lo ha dicho. Solo ha insistido en que no tardes.

Intercambio una mirada confundida con Victoria y Miriam, pero ambas me animan a ir ya y me aseguran que me esperarán.

Me dirijo al aula de ensayo con paso rápido. Espero que nuestra profesora no quiera reunirse conmigo para darme una mala noticia.

La exhibición fue un éxito total. No me quedé con la sensación de que algo no saliera como esperábamos.

Estoy tan nerviosa que incluso llamo a la puerta.

—Adelante.

Cuando entro, no puedo ocultar mi sorpresa. Adrián también está ahí, junto a Carmen. Al verme, me dedica media sonrisa y el calor me sube a las mejillas. ¡Contrólate!

—Acércate, Emma.

Obedezco, intentando ignorar que los ojos de Adrián siguen cada uno de mis pasos, como si no quisiese perderme de vista, aunque eso sea imposible, porque los dos estamos encerrados aquí dentro.

Carmen me observa con una de sus pausas largas y silenciosas… justo antes de sonreír. Lo cual me desconcierta todavía más, porque las sonrisas no están entre sus gestos favoritos.

—Antes de nada, enhorabuena a los dos. Ya os lo dije, pero lo repito: vuestras actuaciones en la exhibición fueron excelentes. Adrián, tus alumnos estuvieron magníficos. Y, Emma, brillaste tanto en la grupal como en el solo.

—Gracias —contestamos Adrián y yo al unísono.

—Y precisamente por eso os he hecho llamar. La academia quiere poner en marcha un taller infantil de estilos mixtos para el tercer trimestre.

—¿Estilos mixtos? —pregunta él, entre sorprendido e interesado.

—Hip-hop y contemporáneo.

La sonrisa de Carmen crece al ver la cara que se me queda. La elección de Adrián tiene sentido, porque ya es profesor, pero ¿en serio quiere que yo imparta clases de danza? ¿Por qué?

—Un pajarito me ha contado que has estado ayudando a Emma, Adrián —comenta la profesora. Él y yo nos esforzamos por no mirarnos. ¿Nos hemos metido en problemas?—. Y también que os compenetráis a las mil maravillas, así que he estado fijándome y… es cierto. Creo que la combinación de vuestros perfiles podría funcionar muy bien. Ambos sois buenos bailarines. Además, Adrián tiene experiencia y una capacidad excepcional para conectar con los niños, mientras que tú, Emma, tienes una sensibilidad poco común.

Ambos nos hemos quedado mudos con el giro que han dado los acontecimientos, de modo que Carmen tiene vía libre para seguir explicándonos la situación:

—Ya os he dicho que he estado prestando atención y…, Emma, vi cómo ayudaste a Victoria durante el Pulse&Flow. También cómo trabajaste codo con codo junto a otros compañeros y, sobre todo, en ti misma. Estudias Educación Infantil, ¿verdad? —Asiento—. Se nota que tienes madera para enseñar.

¿Sí? ¿La tengo? Y, de repente, una nueva perspectiva de futuro brota en mi cabeza: la oportunidad de mezclar la educación y la danza. Lo que me motiva y lo que me apasiona. No ser solo profesora o solo bailarina, sino las dos a la vez.

Un sueño inesperado y diferente, pero uno que no deja fuera nada de lo me gusta.

—O sea, ¿Adrián y yo dirigiríamos juntos el taller? —pregunto para que Carmen nos lo confirme cien por cien.

—Exacto.

Solo entonces, miro a Adrián. Él ya está haciéndolo, y sus ojos están repletos de una emoción muy cálida. Afecto, eso seguro. Y

orgullo, quizá. Como si se alegrara más por mí que por él, porque sabe lo importante que todo esto es para mí.

—Acepto —accede él sin dejar de mirarme.

—¿Y tú, Emma?

—Sí —contesto, también mirando a Adrián. Su sonrisa me pellizca el corazón y tira de la mía, tan grande que hasta me duelen las mejillas—. ¡Claro que sí! —Me giro hacia Carmen, muy agradecida.

—Perfecto —dice ella con satisfacción—. Como os he comentado, el taller se realizará en el último trimestre, así que tenéis los próximos meses para decidir el enfoque de las clases y organizar las coreografías.

Le agradecemos la confianza depositada en nosotros y los dos salimos del aula. No hablamos hasta que hemos atravesado medio pasillo, totalmente vacío.

—¿Te has dado cuenta? —me pregunta Adrián de repente. ¿De que el taller nos va a hacer pasar mucho más tiempo juntos? Desde luego—. Esto te dará la oportunidad de comprobar si te gusta enseñar danza. Podrías tenerlo todo.

«Todo no. ¿Qué hay de ti?», pienso, pero no lo digo. Solo asiento y cambio de tema:

—Mañana me voy al pueblo a pasar las vacaciones.

—Me lo imaginaba. Te echaré de menos, Emma.

Adrián lo confiesa con una naturalidad que me enternece y me altera por igual. Ni siquiera disimula lo que siente por mí y, contra todo pronóstico, eso no me hace sentir incómoda.

—Yo también —admito—. Por suerte, solo son dos semanas. Tampoco es tanto tiempo.

—Para mí sí… —Volvemos a mirarnos a los ojos, y nuestros sentimientos pendientes se intensifican—. Aún no te has ido de mi lado y ya tengo ganas de volver a verte.

No sé si sería justo contestarle que la idea de irme me apetece poquísimo solo por él. Porque yo también preferiría quedarme y aprovechar todo este tiempo libre a su lado haciendo mil planes distintos. Pero Adrián se da cuenta de mi debate interno y, una vez más, decide ponérmelo fácil:

—¿Me avisarás cuando vuelvas?

—Serás el primero —susurro.

Siento que, después de mí, él siempre lo será.

Capítulo 21

Volver al pueblo siempre me genera esa sensación de que el tiempo no ha pasado. Las calles siguen oliendo a pan recién hecho por las mañanas. La plaza continúa llena de niños pequeños corriendo detrás de una pelota, mientras que las vecinas más mayores se sientan cada tarde en el mismo banco frente a la farmacia para cotillear (in)discretamente sobre cualquiera que pase por su lado.

Todo parece exactamente igual que siempre. En cambio, yo no. Desde que pongo un pie en mi casa, me noto muy diferente a la Emma del pasado: mi dormitorio no me hace sentir atrapada, no espero encontrarme con nadie conocido y tampoco me entristece hacer planes a solas. De hecho, los disfruto muchísimo.

Además, duermo mejor, le doy menos vueltas a las cosas que me ocurren y, aun así, escribo más en mi diario, porque no me quito a Adrián de la cabeza. Ni del corazón. En cuanto creo que he dejado de pensar en él, algo a mi alrededor hace que lo recuerde de inmediato: cuando bailo en la ducha, cuando paseo por el parque del pueblo… y, evidentemente, cuando me encuentro un mensaje suyo en el móvil: «¿Se te ha ocurrido ya alguna idea para nuestro taller? Yo tengo un par. Bueno, vale, decenas», «Mis padres no paran de hablar de ti. ¿Eres famosa y me estoy enterando ahora?»,

«He escuchado una canción y me he acordado de ti. Todo me recuerda a ti».

Y yo sonrío. Sonrío con cada mínimo detalle.

El caso es que ese último mensaje de Adrián me hizo escribir tanto en el diario que lo he terminado. He llenado todas las hojas con todo tipo de sentimientos, tanto malos como buenos, pero no me da vértigo echarle un vistazo al principio: frases inacabadas, un rastro de lágrimas… Están marcadas por el dolor. Aunque, página a página, también puedo ver cómo las heridas han ido sanando. Cómo, pese a los momentos más terribles, cada instante rebosa vida.

Mi vida.

Una que ahora abrazo con sus alegrías y sus cicatrices.

Ya me había dado cuenta de que Helena tenía razón con el tema del diario, pero se ha acabado convirtiendo en algo más que en una herramienta para sanar. Es un espejo en el que ya no temo mirarme, porque al fin me quiero en todas mis formas: feliz, aburrida, agotada, esperanzada, nostálgica, ¿enamorada?

¡En fin! Que necesito otra libreta para inaugurar de forma oficial mi segundo diario, así que me arreglo y salgo de casa. El plan me hace una ilusión tremenda. Siento este segundo diario como un nuevo capítulo de mi vida, quizá más emocionante y sorprendente.

Paseo tranquilamente por las calles serpenteantes, escuchando música por los auriculares, hasta que llego a la única papelería del pueblo. La misma donde Helena y yo arrasábamos con todos los bolígrafos de purpurina antes de empezar cada curso.

La puerta se abre con un leve tintineo que me devuelve de golpe a mis doce años. No puedo evitar sonreír e inspirar hondo el aroma

de los cuadernos, de la tinta, de las gomas de borrar…

Me acerco a la sección de las libretas y, al instante, una me llama la atención: azul oscuro con estrellitas plateadas y brillantes. Parece una noche estrellada, de esas que solo te encuentras en plena naturaleza, alejada de todos. Es simplemente perfecta.

—Sabía que te engancharías a los diarios —dice alguien a mi espalda.

Me quito los auriculares mientras me giro para… No puede ser.

—¿Helena?

Efectivamente, tengo a mi mejor amiga de la infancia a medio paso de mí. Nos lanzamos sobre la otra con un abrazo que concentra toda la alegría de reencontrarnos y los años que hemos pasado sin vernos en persona.

—¡No me lo creo! —digo, apartándome para verla bien—. Cuando te dije que vendría por vacaciones, ¿por qué no me contaste que tú también?

—Porque quería darte una sorpresa. ¡Sorpresa! —repite entre risas.

—¡Objetivo cumplidísimo!

En ese momento Helena baja la mirada hasta la libreta que aún sujeto entre las manos y su sonrisa se suaviza con afecto.

—Te prometí que funcionaría.

—Este ya es el segundo —le confirmo—. Escribir me está ayudando un montón, pero se ha convertido en algo más que eso. Es… como un mapa de mis recuerdos. Hay capítulos bonitos, otros no tanto, pero todos son importantes. Todos son míos.

—Exacto. —Helena se cruza de brazos, orgullosa, y luego me pregunta—: ¿Tienes planes? ¿Te apetece compartir una pizza

familiar de carbonara —mi sabor preferido, ¡aún se acuerda!— y una buena actualización de nuestras vidas?

—¡Hecho!

Compro la libreta y, diez minutos después, estamos sentadas en una terraza cerca de la plaza principal, comiéndonos una pizza gigante y hablando por los codos. En serio, los años y la distancia no han pasado entre nosotras.

¿Quizá, poco a poco, sí podamos volver a ser las mejores amigas que éramos? Cuando pensé que no, quizá solo hablara mi miedo a que Helena no lo deseara tanto como yo, pero está tan feliz a mi lado que… ¿y si ella está pensando lo mismo?

Bueno, no me presiono sobre el asunto. He aprendido que las cosas deben fluir, porque, si tienen que pasar, acabarán pasando.

—Es tan guay que hayas encontrado algo que mezcle justo las dos cosas que más te realizan… —comenta Helena acerca del taller de estilos mixtos que Adrián y yo dirigiremos durante el tercer trimestre.

—Todavía me cuesta creer que mi profesora me lo propusiera.

—Te has estado esforzando un montón por mejorar y clavaste la exhibición de la academia. Tiene mucho más sentido del que crees.

Helena le da un mordisco a su porción sin saber dónde dejar quieta la mirada. Uy, quiere preguntarme algo, pero está conteniéndose.

—Venga, dime —la animo a hablar.

—Pasarás mucho tiempo con Adrián —suelta con un gesto travieso que me recuerda mogollón a los de Victoria y Miriam cuando sacamos este tema.

—¿Y?

—Emma.

—¿Helena?

—No te imaginas la cara de enamorada que se te pone cuando hablas de él.

—¡No estoy enamorada!

—Todavía.

Lo intento, ¿vale? Esconder la sonrisa boba que sin duda se me escapa al pensar en Adrián.

—No es justo hablar contigo —protesto en broma.

—Voy a ser psicóloga. Destapar emociones es mi obligación profesional.

Sé que a Helena le interesa mi historia con Adrián precisamente porque vivió muy de cerca la mía con Gael. Solo está preocupada, por eso suspiro y le digo, más seria:

—Adrián me hace sentir tranquila. Con él, puedo ser yo misma y, a la vez, estar con él. Pero ¿y si vuelvo a equivocarme?

—Es posible…

—Vaya, ¿gracias?

—¡Déjame terminar, dramática! También puede pasar todo lo contrario, ¿no? Puede salir muy bien. Creo que el problema es que, después de Gael, volcaste todos tus esfuerzos en protegerte para que nadie más pudiese volver a romperte el corazón. Y eso ha impedido que te hieran de nuevo, claro, pero también sentir con total libertad. Además, Adrián no parece alguien que quiera romperte nada…

Esa verdad me deja callada unos minutos, porque solo refuerza lo que siento: con Adrián sigo siendo yo. No dejo de bailar. No dejo de escribir. No dejo de soñar. Por eso me da tanto miedo, porque ahora

el amor no se siente como perderme dentro de alguien, sino como existir por completo junto a alguien.

Cuando nos terminamos la pizza, seguimos hablando mientras regresamos a casa. Teníamos tanto que contarnos que empieza a atardecer sin que nos demos cuenta y, solo entonces, me fijo en que Helena está algo rara. Creo que es porque, aunque se nos han agotado los temas, parece que ella aún tiene algo más que decir.

—¿Estás bien?

—Sí, a ver… —Suspira—. Emma, quería contártelo desde el principio, pero no sabía cómo.

—¿El qué?

Helena se detiene a pocos metros de llegar a mi casa para mirarme a los ojos y confiesa:

—Gael también está aquí.

Todo dentro de mí colapsa, y Helena se arrepiente de inmediato:

—Lo siento, tía, yo…

Pero ya no la escucho, porque justo entonces alguien aparece al final de la calle. Lo reconozco incluso antes de distinguir su cara. Gael. Él también nos ve, y se detiene de sopetón.

El pasado, el presente y el futuro se quedan suspendidos entre nosotros.

Frente a frente.

Por última vez.

Capítulo 22

Helena reacciona antes que yo: en cuanto distingue a Gael al final de mi calle, con los brazos cruzados y una expresión culpable, me agarra con suavidad del brazo en actitud protectora.

—Emma…

—No puedo —le confirmo a mi amiga.

Este encuentro es demasiado inesperado. Aunque, si lo pienso bien, no habría estado preparada para cruzarme con Gael… nunca. Lo que era algo del todo imposible porque vivimos en un pueblo y, como es evidente, en algún momento él habría venido a visitar a sus padres y amigos. Entre los que yo ya no me encuentro, porque, antes que novios, eso es lo que éramos.

Mejores amigos.

Todo mi cuerpo se tensa de golpe, como si el simple hecho de verlo hubiera tumbado una compuerta que llevaba demasiado tiempo intentando mantener cerrada. Y lo que irrumpe a raudales en mi corazón no es tristeza ni rabia, sino algo similar a la… nada.

Es sorprendente cómo el vacío puede llenar tanto.

Gael avanza hacia nosotras, pero yo me quedo clavada en el suelo. Soy incapaz de moverme. De huir.

—Hola, chicas —nos saluda.

Han pasado meses desde la última vez que nos vimos, así que Gael tampoco ha podido cambiar tanto, y sin embargo… Su voz sigue siendo la misma, pero no noto ni un ligero hormigueo al escucharla.

Durante años, ese chico de ahí fue mi lugar seguro. La primera persona a la que acudía cuando algo me salía bien o cuando sentía que el mundo pesaba demasiado. Ahora ni siquiera me remueve el pecho de una forma incómoda.

Como ya he dicho, solo hay vacío.

Helena me mira de reojo y me dice:

—Si lo necesitas, nos vamos.

No lo hace lo bastante bajito para que Gael no la escuche, y este baja la mirada al suelo.

—Emma, me gustaría que hablásemos —me pide—, aunque sean cinco minutos. —Y se apresura a añadir—: Si tú quieres, claro.

No quiero discutir. No quiero gritar. No quiero revivir aquella última conversación junto a su piscina, cuando me rompió en mil pedazos antes de darme la espalda y dejarme sola. Creo que Helena lo nota, porque tira un poquito de mí hacia atrás, pero…, precisamente por cómo fue nuestra ruptura, necesitamos hablar.

De hecho, quizá sigo arrastrándola porque no supimos cerrarla como debíamos.

—Cinco minutos —acepto.

Helena me da un apretoncito reconfortante en el brazo y, antes de soltarme, me asegura:

—Estaré por aquí cerca, ¿vale?

Asiento, agradecida, y por fin soy yo la que da un paso al frente. Un paso hacia Gael. Empezamos a andar para alejarnos de mi casa e

internarnos entre las calles, que a estas horas de la noche ya están muy tranquilas. Se escucha el rumor de los bares y el motor de algún coche, pero apenas hay gente paseando.

Pasamos cerca de nuestro instituto y nos sentamos en un banco, dejando espacio entre los dos. Qué raro es regresar a lugares que han significado tanto para ambos y que ahora ya ni siquiera parecen recuerdos valiosos.

Gael suelta el aire lentamente y dice:

—No ha sido casualidad. Estaba en tu calle con toda la intención de encontrarte para hablar. Si no te he avisado es porque no sabía si querrías verme.

—Deberías haber avisado —le suelto más bruscamente de lo que pretendía—. Perdón, es que…

—Es complicado.

—Mucho.

—Lo siento, Emma.

Sigue cabizbajo, así que me atrevo a fijarme más en él. Pelo negro y despeinado. Ojos azules que ahora no se distinguen entre la oscuridad y las luces de las farolas. Está como siempre y, al mismo tiempo, apagado.Me pregunto si él también sufrió con la ruptura. Jamás dudé de lo contrario, pero ahora…

Ahora Gael se muestra derrotado y más inseguro que nunca.

—Le he dado un montón de vueltas a aquella última discusión —murmura. Luego inspira hondo y, por fin, tiene la valentía de mirarme a los ojos—. Emma, siento muchísimo haberte hecho tanto daño.

La disculpa llega demasiado tarde. Eso es lo primero que siento, pero, unos segundos después…, también percibo que es sincera.

Además, aunque Gael se equivocó, soy consciente de que no fue el único.

—Yo tampoco fui muy madura chillándote y echándote en cara decisiones que solo dependían de mí —admito.

—Porque estabas dolida.

—No es excusa.

—Imagino que no llegaste a entender por qué no te conté antes lo de Madrid.

—Desde luego que no.

—Normal. —Se le escapa una risa, pero no está bromeando. Solo es otro gesto que intenta enmascarar lo nervioso y arrepentido que está—. En su momento, yo tampoco lo entendí, y por eso no supe explicártelo.

—¿Y ahora? ¿Sabrías?

Gael asiente con timidez, aunque tarda un poco en volver a hablar, como si estuviese buscando las palabras correctas:

—Tenía miedo.

Me sorprende, porque «miedo» y «Gael» jamás han sido sinónimos. Él siempre demostró estar muy seguro de cada paso que daba.

—¿Miedo de qué? —le pregunto para ayudarlo a avanzar en la conversación.

—De decepcionarte. De decepcionar a mis padres. De decepcionarme a mí mismo. En definitiva, de equivocarme hasta el punto de no poder arreglarlo.

Es confuso que Gael haya sentido algo tan parecido a lo que he estado sintiendo yo. Yo también tenía miedo a decepcionar y

equivocarme. Nuestros motivos son diferentes, pero el sentimiento es idéntico.

—Mis padres llevaban un tiempo insistiéndome en que terminara Derecho en Madrid. No sabes las veces que me negué, Emma… Y esto no justifica lo mal que me porté contigo, pero odiaría que creyeras que tomé la decisión sin pestañear. Que no te quería.

Quería. Sorprendentemente, escucharlo en pasado no me impacta tanto. Y lo poco que lo hace no es porque desee que siga queriéndome, sino porque… estoy en paz con esa realidad.

—Me presionaron una barbaridad —continúa—. Decían que era lo mejor, que, si aspiraba a convertirme en un gran abogado, debía moverme, hacer contactos, empezar cuanto antes… Tú lo sabes de sobra, Emma: les daba igual lo mucho que me apasionara el fútbol. Pero, cuando les dije que estudiaría Derecho, su actitud cambió radicalmente. Me miraban con otros ojos. Y acabé confundiendo sus exigencias con admiración, por eso…

—¿Cortaste conmigo? ¿Por contentar a tus padres? —De la misma manera que yo elegí Educación Infantil, en parte, creyendo que contentaría a los míos.

—No exactamente. No sabía cómo encajar ese futuro en nuestra relación. Pensé que encontraría una solución. Una forma de tenerlo todo. Y, de repente, me quedé sin tiempo.

—A lo mejor no tenía solución ni aunque me lo hubieses contado desde el principio, Gael, pero deberías haberlo hecho de todos modos.

—Tienes razón. Y no solo en eso. Sí que sacrificaste mucho por nosotros, Emma. Yo te animé a que te presentaras a las pruebas del conservatorio, pero admito que, en el fondo, me alegré de que

decidieras quedarte. Y, en los primeros años de universidad, me distancié. Tú lo intentabas todo para que nos viéramos, mientras que yo…

—Es agua pasada. —Y lo digo de verdad.

—Aun así, quiero disculparme.

—Acepto las disculpas, y espero que tú aceptes las mías, porque, en gran medida, no fue culpa tuya. —Me mira con los ojos muy abiertos, como si no lo comprendiera—. Lo del conservatorio. Lo de quedarme en el pueblo. Lo de convertirte en el centro absoluto de mi vida. Fui yo quien dejó de elegirse a sí misma.

—Emma…

—No, escucha. Te quise muchísimo, Gael. Pese a todo, no me arrepiento de que hayas sido mi primer amor. Hasta hace poco, pensé que nunca iba a querer a nadie como te quise a ti.

—Y yo, Emma. Ojalá me creas.

—Te creo.

La forma de recordar nuestro pasado ha cambiado después de conocer su versión. Sí, lo que siento por Gael ya no es amor. Es cariño por haber sido una parte importante de mi adolescencia. Y, aunque no sé qué pensará él, porque me observa con cierta tristeza, también noto su felicidad cuando me dice:

—Te veo increíblemente bien, Emma.

—Lo estoy. Por fin.

No cambiamos de tema ni nos quedamos hablando del pasado. Ambos sentimos que ya está. Aquí termina de manera oficial nuestra historia. Cuando nos levantamos del banco, Gael me sonríe y abre los brazos con timidez. Yo no dudo en aceptar su abrazo. Es breve y contiene una pizca de nostalgia.

Esto es, sin duda alguna, una despedida.

Aun así, nos separamos con un «hasta luego» y lo observo alejarse calle abajo. No siento que me arranquen nada, al revés: siento que, de una vez por todas, puedo avanzar sin mirar atrás.

Lista para correr hacia todo lo bueno que me espera.

Capítulo 23

No aguanto ni tres días más en el pueblo. Un récord total, teniendo en cuenta que el corazón lleva gritándome que regresemos a la ciudad desde el mismo instante en que me despedí de Gael.

Tengo algo importante que confesarle a Adrián.

Así que, aunque las vacaciones todavía no han terminado, hago la maleta y me subo al tren con el cuerpo tan inquieto que apenas consigo quedarme quieta en el asiento.

Cuando llego a la ciudad, dejo la maleta en la residencia del campus y le envío un mensaje a Adrián:

¿Dónde estás?

Su respuesta instantánea es una ubicación. No reconozco el lugar, pero no está muy lejos de la Academia de Artes, así que cojo el bus que siempre me lleva hasta allí. ¡Puntualísimo, por cierto!

No dejo de sonreír mientras paso por delante de la academia y recorro un par de calles más hasta llegar a la ubicación de Adrián. Por lo que parece, es un bloque de casas.

Ya estoy aquí.

¿Y tú?

Adrián

Piso 6, puerta 23.

Y el portal se abre con un zumbido metálico. No puede ser. Es su piso. Los nervios me explotan en el pecho como fuegos artificiales, pero intento mantenerme serena porque no he llegado hasta aquí para dudar.

Cruzo al interior del portal y ni siquiera me espero al ascensor. Subo los seis pisos a pie y, cuando me planto frente a la puerta 23, intento recobrar el aliento. Una, dos, tres, cuatro, cinco inspiraciones. Quizá debería haber tenido más paciencia y…

La puerta 23 se abre de repente y Adrián aparece bajo el dintel con una sonrisa preciosa. Sus hoyuelos destacan más que nunca, y me habría parecido adorable de no ser porque… tiene el pelo húmedo y algunas gotitas le caen desde el flequillo desordenado. Debe de estar recién salido de la ducha. Además, lleva una de sus camisetas negras de manga corta y puedo ver perfectamente cómo se le tensa hasta el último músculo al cruzarse de brazos. Desprende ese aroma limpio de su detergente y también uno mentolado, quizá de su champú.

Está tan absurdamente guapo que, de repente, su sonrisa ya no me parece tan inocente.

—Hola —digo, aún resollando y al borde de entrar en pánico.

—Hola —contesta con un tonito divertido.

Y, por muy histérica que esté por lo que estoy a punto de hacer, sonrío al escucharlo. Adrián siempre me ha hecho sentir segura en

cualquier circunstancia, por eso me gusta tanto. Por eso y por más cosas, como la forma en que me mira. Como si siempre intentara entenderme, incluso cuando ni yo misma me entiendo. Como si me considerara perfecta, aunque está claro que no lo soy.

—Pensaba que te quedarías en el pueblo hasta el final de las vacaciones —comenta—. ¿Desde cuándo estás en la ciudad?

—Desde hace… ¿veinte minutos?

La pose traviesa de Adrián se rompe cuando parpadea, sorprendido.

—He dejado la maleta en la residencia y… quería verte —le explico, y sus ojos marrones empiezan a llenarse de calidez—. He vuelto antes porque quería verte —especifico, esperando que capte el matiz—. ¿Puedo pasar?

—Adelante.

Adrián se aparta enseguida y entro en el piso. Es un *loft* muy pequeño y silencioso. Tiene los muebles justos y apenas hay decoración, pero la luz irrumpe a raudales y se siente acogedor.

—Perdón. Está un poco desordenado —dice, recogiendo una toalla de la barra americana de su minicocina. Se la pasa por el pelo para terminar de secárselo antes de lanzarla dentro de lo que, supongo, es el baño y cerrar la puerta—. Me has pillado a medio… todo.

Asiento repetidamente mientras me doy la vuelta para que no vea lo roja que estoy poniéndome. ¡Para de imaginarte tonterías y al lío, Emma!

—Tu piso está genial. Es bonito… —Suspiro—. Eso no es lo que quiero decirte. —Giro sobre los talones para mirarlo otra vez y trastabillo porque, mientras le daba la espalda, Adrián se ha acercado a mí. Mucho. Así que casi nos chocamos… por enésima

vez. Me agarra por los codos para estabilizarme, aunque no haga falta. Antes de que el aire en mis pulmones amenace con colapsar, le suelto de carrerilla—: Había preparado un discurso precioso, y en mi cabeza sonaba increíble y, obvio, no tenía nada que ver con lo ordenado o no que estuviese tu piso.

—Me lo imaginaba. —Ríe.

Y a mí también se me escapa media carcajada. Es ridículo. Parecemos un par de críos que no saben qué hacer delante de la persona que les gusta.

—Emma, solo… sé tú —me pide mientras sus pulgares se mueven arriba y abajo con suavidad, acariciándome los brazos.

—En el pueblo, me encontré con Gael —le cuento. Su expresión vacila un pelín, aunque no interviene. Como siempre, me escucha con atención—. No estaba previsto para nada, pero hablamos. Y la verdad es que, aunque creía que no, lo necesitaba. Necesitaba cerrar bien todo lo que fuimos para poder avanzar.

—¿Y cómo estás?

La pregunta me desarma completamente, porque la inseguridad ya está frunciéndole el ceño y, aun así, decide preocuparse por mi bienestar.

—Estoy bien. Más que bien. —Vuelvo a sonreír, y un rayito de esperanza cruza por la expresión de Adrián—. He estado tanto tiempo pensando en… en todo. En quién era antes. En quién intentaba ser. En quién soy ahora. Pero ya no me apetece seguir pensando: quiero vivir mi vida, y quiero hacerlo a tu lado.

Adrián contiene la respiración, pillando al fin lo que estoy intentando confesarle.

—Ya no tengo miedo. O quizá sí, no importa, porque voy a hacerlo de todas formas.

—¿El qué?

—Repetirte que me gustas muchísimo. ¿Aún tengo una oportunidad?

—¿Una? Siempre las has tenido todas. —La sonrisa de Adrián vuelve a expandirse de esa manera que tanto me chifla. Se acerca más a mí y sus manos pasan de agarrarme por los codos a rodearme la cintura. Estamos tan pegados que debo alzar la cabeza para poder seguir mirándolo a los ojos y él, inclinarse hasta que nuestras narices se tocan—. No sabes cuánto he deseado esto.

—En realidad, sí lo sé. Ya me lo dijiste.

—¿Aquella noche en el parque? Me quedé corto. —Su voz baja dos o tres tonos, tan profunda que me vibra por dentro—. Porque, si te lo hubiera explicado bien, si lo supieras de verdad, entenderías lo difícil que ha sido no besarte cada vez que me mirabas como estás mirándome ahora mismo.

Madre mía. El calor me chisporrotea en las mejillas, y Adrián sonríe satisfecho antes de añadir:

—Y, sinceramente, se me está acabando la paciencia.

—Pues qué mal profesor —bromeo, aludiendo a aquella vez que me dijo que mi impaciencia no funcionaría con sus alumnos.

—Terrible.

Adrián sube las manos a mi cara para ponerme un índice bajo la barbilla y levantármela hasta que nuestros labios se quedan a centímetros de rozarse.

—¿Puedo besarte ya o seguimos poniendo a prueba lo poco paciente que puedo llegar a ser cuando quiero?

—Creo que ya has esperado suficiente.

Adrián obedece y me besa. Sus labios encajan con los míos tan despacio, tan cálido, tan totalmente distinto a todo lo que recuerdo haber sentido antes… Me derrite, y eso que es un beso delicado… hasta que deja de serlo. Las ganas nos pueden y, al segundo, nos aferramos al otro con la misma urgencia con la que nos buscamos.

Por eso mismo, nuestras bocas terminan chocando.

—¡Ay!

—¿Te has hecho daño? —Adrián me acaricia los labios con el pulgar.

—¿Y tú?

—Qué va. Ya me he acostumbrado a encontrarme así contigo.

Nos reímos antes de besarnos otra vez y por fin entiendo que así es como debe sentirse. Sencillo, divertido, bonito, sano y emocionante.

Epílogo

La sala de ensayo rebosa energía y música mientras nuestros pequeños alumnos intentan aprenderse la primera coreografía de nuestro taller infantil de estilos mixtos de la Academia de Artes.

Hip-hop y danza contemporánea.

Adrián y yo.

¿Quién me iba a decir hace unos meses que terminaríamos así?

—Emma, ¡mira, mira, mira! —me pide una de mis alumnas, girando sobre sí misma tan rápido que acaba mareada.

La sujeto antes de que tropiece y la niña se ríe sin vergüenza alguna.

—Eso ha sido alucinante.

—Pero casi me caigo.

—¿Te cuento un secreto? —Me inclino para ponerme a su altura y decirle bajito—: Mientras vayas con cuidado, atrévete a todo.

Mi alumna asiente, más emocionada que antes, y vuelve a intentarlo con ganas, pero con tiento.

—Eres una mala influencia —susurra Adrián detrás de mí.

—No me dejas ser impaciente —bromeo—, así que…

Encojo un hombro y entonces me giro hacia él. Reímos, yo en alto y él marcando sus hoyuelos. Ni te imaginas lo que me cuesta no besarlo aquí mismo.

Ahora mis días están llenos de todo lo que me hace feliz. De universidad, de danza, de amigas, de familia, de diarios, de sueños, de retos, de Adrián y, sobre todo, de mí misma.

—¿En qué piensas? —me pregunta para aguantarse también las ganas de besarme. Lo noto.

—En que, al final, todo ha salido distinto a como imaginaba.

—¿Mejor?

—Infinitamente mejor.

Porque mi vida nunca trató de seguir el plan perfecto, sino de encontrar aquello que me hacía sentir viva… y de atreverme a abrazarlo de todo corazón.

¿Puede un corazón roto volver a enamorarse?



Emma estaba convencida de que Gael era
su «para siempre». Desde los doce años fue su refugio,
su mejor amigo y el amor de su vida.

Hasta que él decide marcharse a Madrid sin
contarle toda la verdad.

Emma se queda con el corazón roto y una vida
que ya no reconoce.

Pero, entonces, llega a la Academia de Artes, un lugar
que la ayuda a reconstruirse y encontrarse consigo
misma. Será allí donde se tropiece con Adrián, uno de los
profesores, reservado, magnético y difícil de descifrar.

Y, cuando él empiece a derribar todos sus muros,
Emma deberá tomar la decisión que más miedo le da:
dejarse llevar por lo que siente… o huir antes
de que sea demasiado tarde.

NOELIA DOPAZO es creadora de contenido y profesora. En redes, bajo el usuario de @noelia_dopazo, comparte vídeos de lifestyle, moda y humor, siempre con un tono cercano, natural y muy reconocible. En su primera novela juvenil, Noelia habla de amor, rupturas, sueños pendientes y segundas oportunidades en una historia intensa, romántica y llena de verdad.



© 2026, Noelia Dopazo
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Imágenes de los interiores: Shutterstock

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Angie Izquierdo Herrera
Ilustración de portada: ©Laura Morcap

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87972-47-9

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos

X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Cuando fuimos todo

Prólogo

Primera parte. Antes de rompernos

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

Segunda parte. Después de nosotros

- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Tercera parte. Mientras vuelvo a sentir

- Capítulo 14
- Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Cuarta parte. Ahora que ya no duele

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Noelia Dopazo

Créditos